

DE NUEVO LOS ROBOTS

Isaac A. Asimov



GALAXIA

Ciencia-Ficción

Esta recopilación representa una de las ediciones más disparatadas de Vértice. No sólo se le asigna en la portada una autoría falsa a Isaac Asimov, lo cual podría haber sido un error, sino que el autor del prólogo insiste en dicha autoría presentando estas narraciones sobre robots como escritas en «los llamados años treinta» y previas a la época positrónica de las tres leyes. Para rematar, firma dicho prólogo como el propio Isaac Asimov. Además, el presunto título original, ROBOT AGAIN, no se corresponde con ninguna antología ni recopilación conocida de esta época.

En realidad, el contenido de este libro es, en su mayor parte, obra de John Wyndham y lo componen varias de sus narraciones sobre robots escritas en los años cincuenta y recogidas en diversas publicaciones, a excepción del cuento «Summae Roboticae», cuyo original no ha sido identificado hasta la fecha.



John Wyndham

De nuevo los robots

Galaxia - 21

ePub r1.1

Titivillus 22.05.16

John Wyndham, 1963
Traducción: Fernando M. Sesén
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



PRÓLOGO

«De nuevo los robots» es un título ambiguo y puramente comercial en el que se compilan varios relatos de Fantasía Científica que aparecieron desperdigados en diversos periódicos y revistas durante el segundo lustro de la década de los llamados años treinta.

Hemos elegido este título tan sugestivo, porque varios de los relatos de este volumen se refieren a esas máquinas utópicas que dentro de unos cuantos años —pocos, seguramente— se convertirán en los liberadores de la humanidad con respecto a los trabajos mecánicos y corporales.

Sin embargo, todavía el autor, cuando escribió estas narraciones, no había pergeñado su fabuloso mundo de la cibernética ni establecido las tres leyes fundamentales que de común acuerdo todos los fabricantes del mundo grabaron indeleblemente en los cerebros electrónicos para salvaguardar a los seres humanos de cualquier eventual rebelión de las perfectas máquinas por ellos construidas.

Esto no quiere decir que la calidad intrínseca de las presentes narraciones quede por debajo de otras obras que conocemos del autor. Ni mucho menos. Aquí nos enfrentamos con un mundo bastante inestable, como es lógico que suceda nada más aparecer los robots y las grandes compañías fabricantes enzarzarse en una feroz competencia para colocar sus productos. Luego, sin género de dudas, llegará el momento de legislar, de manera que se eviten los problemas inherentes a esta invasión robótica en la sociedad humana y recopilar las experiencias habidas para establecer las bases de un mundo nuevo y más feliz que el anterior.

No se sorprendan los amables lectores al hallar diferencias más sutiles que perceptibles en el estilo de nuestro admirado autor,

porque su calidad, su sorprendente calidad, aflora desde los comienzos de este volumen y no pierde un ápice de su valor en ninguno de los relatos aquí incluidos.

POR ISAAC ASIMOV

SOLO POR COMPASIÓN

Cuando Janet llevaba ya unos cinco días en el hospital se reconcilió con la idea de tener un robot doméstico. Había tardado dos días en darse cuenta de que la enfermera James era un robot, un día para reponerse de la sorpresa y dos más para percatarse de lo cómodo que podía resultar un robot como auxiliar.

Aquella reconciliación era un alivio. Prácticamente todas las casas que visitaba tenían un robot doméstico y estaba en segundo o tercer lugar entre las posesiones más preciadas de la familia; las mujeres tendían a valorarlo ligeramente más que el coche y los hombres algo menos. Janet estaba segura de que sus amistades la encontraban medio tonta o algo peor por reventarse cuidando de una casa que un robot podría dejar en perfecto orden en algunas horas de trabajo diario. Sabía también que a George le irritaba el llegar a casa todas las noches sólo para encontrarse con que su mujer se había agotado realizando trabajos innecesarios. Pero el prejuicio estaba firmemente asentado. No se trataba de la negativa pétrea de la gente que no quería que les sirvieran camareros robot, o que los llevaran conductores robot (que, a propósito, resultaban mucho más de fiar que los de carne y hueso), que los guiasen empleados robot en los almacenes o ver maniquíes robot exhibiendo vestidos. Simplemente la hacían sentirse inquieta, le desagradaba que la dejaran a solas con un robot y no tenía ganas de sentir esta inquietud en su propia casa.

Personalmente, atribuía la mayor parte de la responsabilidad por esta sensación al conservadurismo de su propio hogar en el que no se habían empleado sirvientes robots. Otras personas que habían crecido en hogares atendidos por robots, incluso los de tipos primitivos como los que se podían conseguir durante la generación

anterior, no sentían en absoluto nada en contra. La irritaba saber que su marido creía que ella les tenía una especie de *miedo* infantil. No era así, como le había explicado innumerables veces a George; no era esa la cuestión, lo que le molestaba era la idea de que un robot se entremetiese en su vida doméstica.

El robot que se llamaba enfermera James era el primero con el que había tenido contacto personalmente y fue él o ella lo que ocasionó la revelación.

Janet le habló al doctor de su satisfacción y éste pareció tranquilizarse; se lo dijo también a George cuando llegó a verla al anochecer y su marido se quedó encantado. Ambos conferenciaron antes de que éste abandonase el hospital.

—Es excelente —le dijo el médico—. A decir verdad, me temía que este caso fuera una verdadera neurosis, que además resultaría un inconveniente considerable. Su mujer nunca ha sido muy fuerte y en los últimos años se ha agotado ocupándose de la casa.

—Ya lo sé —convino George—. He tratado de persuadirla por todos los medios durante nuestros dos primeros años de matrimonio, pero como siempre acabábamos discutiendo tuve que dejarlo. En realidad esta ha sido la gota final; quiero decir cuando descubrió que tenía que venir al hospital porque en casa no había ningún robot para atenderla.

—Puedo asegurarle una casa y es que así no puede continuar, pues en otro caso volverá a estar aquí dentro de un par de meses —le dijo el médico.

—No, ahora no. Verdaderamente ha cambiado de manera de pensar —le aseguró George—. Parte de las dificultades provenían de que nunca había estado en contacto con uno verdaderamente moderno, excepto de forma muy superficial. El más nuevo que tienen nuestros amigos es por lo menos de hace diez años y la mayoría todavía son más antiguos. Nunca ha visto algo tan adelantado como la enfermera James. La única cuestión es ¿qué modelo elijo?

El doctor se quedó pensativo.

—Con toda franqueza, míster Shand, su esposa va a necesitar mucho descanso y gran cantidad de cuidados. Lo único que le puedo recomendar es el modelo que tenemos aquí. Este modelo de enfermera James es de lo más moderno. Es un tipo con elevada

sensibilidad, especialmente desarrollada y con un nuevo circuito compasivo de protección equilibrado, es un verdadero trabajo de artista, una orden que un robot cualquiera obedecería inmediatamente es ponderada por el circuito sobre si resulta beneficiosa o perjudicial para el paciente, y a menos que sea beneficiosa o por lo menos inofensiva, no se obedece. Resultan maravillosos para utilizarlos como enfermeras y para cuidar niños, pero hay una gran demanda y me temo que son bastante caros.

—¿Cuánto? —preguntó George.

La cifra que mencionó el médico hizo que frunciera el ceño, pero después dijo:

—Va a hacer un buen agujero, pero al fin y al cabo en su mayor parte son las economías y vida sencilla de Janet lo que nos ha permitido llegar a ahorrar. ¿Dónde puedo conseguirlo?

—De esta forma no podría —le dijo el doctor—. Tendré que ejercer un poco de influencia para que le den prioridad, pero en este caso estará justificada. Ahora lo que tiene que hacer es fijar los detalles del aspecto con su esposa. Dígame lo que ella quiere y me ocuparé en ello.

—Una que vaya bien —dijo Janet—, quiero decir una que no desentone en la casa. No podría soportar uno de esos trastos de plástico con palancas que le miran a uno con lentes. Como tiene que cuidar de la casa prefiero que parezca una camarera.

—O un criado, si lo prefieres.

Ella denegó con la cabeza.

—No, tendrá que cuidarme a mí también, de manera que prefiero que sea una camarera. Puede llevar un vestido de seda negro, un delantal con encajes y una cofia. Preferiría que sea rubia, de cabello un poco oscuro, de un metro sesenta de alto y de buen aspecto, pero no *demasiado* guapa. No quiero tener celos de ella...

El médico tuvo diez días más en el hospital a Janet mientras se arreglaba todo. Había tenido suerte pues hacía poco que en la fábrica habían recibido la cancelación de un pedido, pero inevitablemente hubo alguna demora mientras lo adoptaban a las exigencias de Janet. Además, también había sido necesario añadirle circuitos de seudomemoria doméstica para hacerla útil en el trabajo de la casa.

Se lo entregaron al día siguiente de su salida del hospital. Dos

robots, de aspecto funcional serio, llevaron la caja hasta la entrada y preguntaron si querían que la desembalasen. Janet prefirió que no lo hiciesen y les dijo que la dejaran en el cobertizo.

Cuando llegó George quiso desembalarlo en seguida, pero Janet se negó a ello.

—Primero es la cena —decidió—. A un robot no le importa esperar.

Sin embargo fue una comida rápida. En cuanto hubo terminado George cogió los platos y los metió en la fregadera.

—Se ha acabado lo de lavar platos —dijo satisfecho.

Fue a pedir prestado el robot de los vecinos para que le ayudase a entrarla en casa. Después se encontró con que su extremo pesaba demasiado para él y tuvo que ir a pedir también el de los vecinos del otro lado. Seguidamente entre los dos la transportaron hasta la cocina como si fuera una pluma y se marcharon.

George sacó con un destornillador los seis grandes tirafondos que sujetaban la tapadera de la caja. En el interior había una masa de virutas y las tiró al suelo.

Janet protestó.

—No importa; *nosotros* no lo tendremos que limpiar —dijo alegremente.

Había una caja interior de pulpa de madera con una capa de relleno blanco como la nieve bajo la tapadera. George lo enrolló y lo quitó de en medio, y allí, ya vestida con una falda negra y un delantal blanco estaba el robot.

Lo contemplaron en silencio durante un instante.

Tenía un aspecto sorprendentemente vivo. Por alguna razón, Janet tuvo una sensación extraña al darse cuenta de que era su robot; estaba un poco nerviosa y se sentía en cierto modo culpable...

—La bella durmiente —observó George alcanzando el libro de instrucciones que tenía sobre el tórax.

De hecho el robot no era ninguna belleza, habían tenido en cuenta las preferencias de Janet. Era agradable y tenía buen aspecto, sin ser llamativo, pero los detalles estaban bien. El cabello de color oro viejo era envidiable, aunque probablemente no eran más que hebras de plástico con ondas marcadas permanentemente. La piel, otra especie de recubrimiento plástico que diseñaba

cuidadosamente los contornos, sólo se podía diferenciar de la verdadera piel por su perfección.

Janet se arrodilló junto a la caja y se aventuró a tocar con el índice aquélla perfección sin mácula. Estaba completamente fría.

Se senté sobre los talones contemplándola. «No es más que una muñeca grande», se dijo a sí misma; un artificio maravilloso de metal, plásticos y circuitos electrónicos, pero que a pesar de todo no dejaba de ser un artificio y que se había fabricado con este aspecto simplemente porque la gente como ella lo encontrarían grotesco si no fuera así. Y sin embargo, desasosegaba un poco que tuviera aquel aspecto: era imposible considerarlo como un objeto y no como a una persona, que como tal tendría que tener un nombre.

—«Un modelo accionado por baterías —leyó George— normalmente precisará que se le coloque una nueva batería cada cuatro días. Sin embargo otros modelos están diseñados para recargarse a sí mismos enchufándolos a la línea principal cuando sea necesario». Vamos a sacarla.

Colocó las manos bajo los hombros del robot e intentó levantarlo.

—¡Uf! —exclamó—. Pesa tres veces más que yo. Probó de nuevo.

—Cuernos —dijo, y consultó nuevamente el libro.

—«Los interruptores de control están situados en la espalda algo más arriba de la cintura». Perfectamente, vamos a ver si le puedo dar la vuelta.

Haciendo un esfuerzo consiguió que la figura quedase de costado y empezó a desabrochar los botones de su vestido. De pronto Janet lo consideró como una falta de delicadeza.

—Ya lo haré yo —dijo.

Su marido se la quedó mirando.

—Perfectamente, es tuyo —le contestó.

—Como es lo mismo que si tuviese una sirvienta, le llamaré Hester.

—Perfectamente —convino su marido.

Janet desabrochó los botones y estuvo buscando por debajo del vestido.

—No encuentro ningún interruptor —dijo.

—Parece ser que hay un panel pequeño que se abre —observó

él.

—¡Oh, no! —protestó ligeramente escandalizada.

Él la miró de nuevo.

—Cariño, sólo es un robot, un mecanismo.

—Ya lo sé —dijo Janet secamente.

Volvió a palpar, encontró el panel y lo abrió.

—Dale media vuelta hacia la derecha al botón superior, y cierra el panel para completar el circuito —la instruyó George de acuerdo con el libro.

Janet lo hizo así y rápidamente se volvió a sentar sobre los talones, observando.

El robot se agitó y dio la vuelta; se sentó y después se puso en pie permaneciendo ante ellos como la verdadera estampa de una camarera.

—Buenos días, señora —dijo—; buenos días, señor. Tendré mucho gusto en servirles.

—Gracias, Hester —dijo Janet reclinándose en la almohada que tenía a la espalda.

No es que fuera necesario darle las gracias a un robot, pero ella tenía la teoría de que si no se practicaba la cortesía con los robots, pronto se olvidaría de hacerlo con el resto de la gente.

Además, Hester no era un robot corriente. Ni siquiera iba vestida ya de camarera. Al cabo de cuatro meses se había convertido en una amiga incansable y atenta. Desde un principio Janet había encontrado dificultades en creer que solamente era un mecanismo, y cuanto más tiempo pasaba más le parecía un ser humano. El hecho de que consumía electricidad en lugar de comida, no tenía más importancia que una flaqueza. La vez que no pudo dejar de andar en círculo y en la otra ocasión en que se estropeó algo de su sistema visual y lo hacía todo a un palmo a la derecha del lugar en donde tenía que hacerlo, no eran más que indisposiciones como las que cualquiera puede tener y el mecánico de robots que vino a reajustarla hizo su visita como cualquier otro médico. Hester no era sólo una persona, su compañía resultaba preferible a la de otras muchas.

—Supongo —dijo Janet recostándose en la silla— que me debes considerar una debilucha.

Lo que no se podía esperar de Hester eran eufemismos.

—Sí —dijo directamente, pero luego añadió—: Creo que todos los seres humanos son debiluchos, son dignos de compasión porque esto se debe a su constitución.

Janet había dejado de pensar hacía mucho tiempo cosas como: «Esto debe ser el circuito compasivo en funcionamiento», o tratando de imaginarse la tarea de computar, seleccionar, asociar y relacionar que era necesaria para llegar a pronunciar aquella frase. La tomó como si procediese de un extraño.

—En comparación con los robots, supongo que tenemos que parecerlo. Vosotros sois fuertes e incansables, Hester. Si supieses cómo te envidio...

Hester dijo con sencillez:

—A nosotros nos han diseñado, y vosotros sois accidentales. Esta es vuestra desgracia y por tanto no es culpa vuestra.

—¿Prefieres ser lo que eres, a cambiarte por mí? —preguntó Janet.

—Desde luego —contestó Hester—. Somos más fuertes. No tenemos que dormir con frecuencia para recuperar nuestras fuerzas. No tenemos ninguna necesidad de llevar en nuestro interior una fábrica de productos químicos de poca precisión. No tenemos que envejecer y estropearnos. Los seres humanos son desmañados y frágiles y con frecuencia se encuentra mal porque hay algo que les falla. Si a nosotros se nos estropea o se nos rompe algo, no duele y es fácil de reemplazar. Además, vosotros tenéis toda una serie de palabras como dolor, sufrimiento, infelicidad y cansancio, que nos tienen que enseñar para que las comprendamos, y que nosotros consideramos completamente inútiles. Me sabe mal que a ti te pasen todas estas cosas y que seas tan insegura y frágil. Esto perturba mi circuito compasivo.

—Insegura y frágil —repitió Janet—; sí, así es como me siento.

—Los seres humanos tienen una vida muy precaria —continuó diciendo Hester—. Si a mí se me rompe un brazo o una pierna pueden cambiármelo en corto tiempo, pero los seres humanos padecen durante mucho tiempo y al final no tienen un miembro nuevo sino sólo uno defectuoso y esto si tienen suerte. La situación ahora no está tan mal como antes, porque al diseñarnos a nosotros habéis aprendido a hacer brazos y piernas de buena calidad, mucho mejores y más fuertes que los antiguos. La gente tendría mucho más

sentido común si se cambiasen los brazos y piernas débiles inmediatamente, pero parece ser que no lo desean si pueden conservar los antiguos.

—¿Quieres decir que se pueden injertar? No lo sabía —observó Janet—. Me gustaría que fueran solamente los miembros los que tengo mal. No creo que llegase a dudar... —Ella suspiró—. Esta mañana el doctor no me ha dado muchas esperanzas, Hester. ¿Has oído lo que dijo? He continuado perdiendo, y tengo que descansar más. Me parece que no tiene ninguna esperanza de que me llegue a poner fuerte. Al principio trataba de animarme, pero... en cuanto lo hubo hecho le noté algo extraño en la mirada... y todo lo que dijo fue que necesitaba descanso. ¿De qué sirve vivir, sólo para descansar, descansar, descansar...?Y además está el pobre George. Vaya una vida que lleva, y a pesar de todo continúa siendo tan paciente y cariñoso conmigo... Preferiría cualquier cosa queirme debilitando de esta manera. Preferiría morir...

Janet continuó hablando, más para sí que para que la escuchase la paciente Hester que estaba a su lado. Habló hasta romper a llorar. Después levantó la mirada.

—Oh, Hester, si fueses humana no lo podría soportar; creo que te odiaría por ser tan fuerte y sana, pero no lo haré, Hester. Eses tan amable y paciente cuando me comporto como una tonta como ahora. Tengo la sensación de que llorarías para hacerme compañía si pudieras.

—Si pudiera lo haría —intervino el robot—. Mi circuito compasivo...

—¡Oh, no! —protestó Janet—. No puede ser, tienes que tener un corazón en algún lado, tienes que tenerlo, Hester.

—Creo que es más de fiar que un corazón —dijo Hester. Se acercó un poco más, e inclinándose levantó a Janet como si no pesase nada.

—Te has cansado, Janet querida —le dijo—, te voy a llevar arriba y podrás dormir un poco antes de que él regrese.

Janet sentía el frío de los brazos del robot a través de su vestido, pero ya no le importaba y sólo notaba que en derredor de ella tenía brazos fuertes y protectores.

—Oh, Hester, eres un gran apoyo; tú *sabes* lo que más me conviene.

Hizo una pausa y luego añadió condoliéndose:

—Ya sé lo que piensa el doctor, lo noto. Cree que me voy a ir debilitando más y más hasta que un día moriré... Antes he dicho que preferiría morir..., pero no quiero, Hester.

El robot la acunó un poco como si fuera un niño.

—Bueno, bueno, la cosa no es tan grave, nada de eso —le dijo—. No tienes que pensar en morir, y no tienes que lloras más, ya sabes que no te hace ningún bien. Además, no quieres que él sepa que has estado llorando.

—Intentaré no llorar —convino Janet obediente cuando Hester la sacaba de la habitación y la subía por las escaleras.

El robot encargado de la recepción en el hospital levantó la vista desde su mesa.

—¿Mi esposa —dijo George— les ha llamado por teléfono hará una hora?

La cara del robot adoptó una expresión impecable de simpatía profesional.

—Sí, míster Shand. Me sabe mal que esto le haya sobresaltado, pero tal como le dije, el robot de su casa hizo lo que convenía al enviárnosla sin pérdida de tiempo.

—He tratado de hablar con el médico de ella, pero no está —le dijo George.

—No hacía falta que se preocupase por esto, míster Shand. Ya la han examinado y tenemos todos los informes del hospital en que ha estado anteriormente. Provisionalmente, se ha decidido que la operación sea mañana, pero, naturalmente, necesitamos su consentimiento.

George dudó.

—¿Puedo ver al doctor que se ocupa de este caso?

—Lo siento, pero en este momento no está en el hospital.

—¿Es... absolutamente necesario? —preguntó George después de hacer una pausa.

El robot le miró con fijeza y asintió.

—Debe haber estado debilitándose desde hace varios meses —le dijo.

George asintió.

—La única alternativa, es que continuará debilitándose y que padecerá más antes de morir —le dijo.

George se quedó pensativo durante un rato.

—Ya veo —dijo con tristeza.

Cogió una pluma con mano temblorosa y firmó el formulario que le habían colocado delante. Se quedó mirándolo fijamente sin verlo.

—¿Hay probabilidades de éxito? —preguntó.

—Sí —le dijo el robot—. Desde luego nunca se tiene seguridad absoluta, como es natural, pero en su caso hay más de un 75% de probabilidades de éxito.

George suspiró y asintió.

—Me gustaría verla —dijo.

El robot oprimió un timbre.

—Podrá *verla* —dijo—. Pero tengo que rogarle que no la moleste. Ahora esta dormida y es preferible que no la despierte.

George tuvo que contentarse con esto, pero abandonó el hospital sintiéndose un poco mejor que al entrar gracias a la tranquila sonrisa que vio en los labios de Janet dormida.

Al día siguiente, por la tarde, le llamaron a la oficina desde el hospital. Le tranquilizaron diciéndole que la operación había sido un éxito, y todos estaban seguros de que no habría contratiempos. No había necesidad de preocuparse, pues los médicos estaban completamente satisfechos. No, sería preferible que no tuviera visitas durante unos cuantos días, pero no había motivo para preocuparse. En absoluto.

George llamaba cada día antes de marcharse con la esperanza de que le permitieran visitarla. La empleada del hospital era amable y la tranquilizaba, pero se negaban a dejarle visitar a su mujer. Al quinto día le dijeron de pronto que ya había salido para ir a casa. George estaba sorprendido: estaba preparado para esperar algunas semanas. Salió corriendo, compró un ramo de rosas y en el trayecto hasta su casa le pusieron media docena de multas por violaciones de tránsito.

—¿Dónde está? —le preguntó a Hester en cuanto le abrió la puerta.

—Está en cama. He pensado que sería mejor si... —empezó a decir Hester, pero él subió corriendo las escaleras y no oyó el resto

de la frase.

Janet yacía en su cama y solamente se le veía la cabeza, quedando el resto del cuerpo oculto por las sábanas y el vendaje que tenía en torno al cuello. George dejó las flores en la mesita que había al lado de la cama. Se inclinó sobre Janet y la besó suavemente. Ella le miró con ansiedad.

—Oh, George, cariño. ¿Ya te lo ha dicho ella?

—¿Quién me tenía que decir algo? —preguntó sentándose en el borde de la cama.

—Hester. Me dijo que lo haría. Oh, George, yo no tenía intención de hacerlo, o por lo menos creo que no la tenía... Ella me envió, George. Me sentía tan débil y desgraciada... Yo quería sentirme fuerte. No creo que ella me comprendiese del todo. Hester me dijo...

—Tómatelo con calma, cariño, cálmate —sugirió George sonriendo—. ¿De qué se trata?

Buscó entre las ropas de la cama hasta que encontró su mano.

—Pero, George... —empezó a decir ella.

Pero su marido la interrumpió diciendo:

—Oye, cariño, tienes la mano terriblemente fría. Casi es como...

Sus dedos se deslizaron brazo arriba. Los ojos se le abrieron enormemente con incredulidad. De pronto saltó del lado de la cama y apartó las sábanas. Puso la mano sobre la fina camisa de noche a la altura del corazón y la apartó como si le hubiesen picado.

—¡Dios mío!... ¡NO!... —dijo mirándola.

—Pero, George, George, cariño... —dijo la cabeza de Janet desde la almohada.

—¡NO!... ¡NO!... —exclamó George gritando.

Dio la vuelta y salió corriendo de la habitación.

En la oscuridad del descansillo no acertó con el primer escalón y cayó rodando hasta abajo de todo.

Hester lo encontró tendido en el vestíbulo. Se inclinó sobre él y suavemente exploró sus heridas. La gravedad de las mismas y sobre todo la fragilidad de la estructura que las había sufrido, perturbaron enormemente su circuito compasivo. No intentó trasladarle pero fue hasta el teléfono y marcó un número.

—¿Urgencias? —preguntó y dio el nombre y la dirección—. Sí, inmediatamente —les dijo—. Quizá no haya mucho tiempo. Hay

varias fracturas compuestas y creo que la columna vertebral está rota, pobre hombre. No, al parecer en la cabeza no ha sufrido ningún daño. Sí, es mucho mejor. Hubiera quedado inválido para toda la vida aunque hubiese logrado reponerse... Sí, es mejor que envíen el formulario de consentimiento con la ambulancia para que lo puedan firmar en seguida... Oh, sí, no habrá dificultades, su mujer lo firmará...

CONSIDEREMOS SUS CAMINOS

No había nada allí, excepto yo.

Colgaba en un vacío sin tiempo, sin espacio, sin fuerza, que no era ni luz ni oscuridad. Poseía identidad, pero no forma; sensaciones, pero no sentidos; mente, pero no memoria. Me preguntaba si esta nada era... mi alma. Que me parecía que había vagado así siempre y que seguiría siendo así por toda la eternidad...

Pero, en cierto modo, la falta de tiempo cesó, Comencé a darme cuenta de que *había* una fuerza: que me movía, y que por tanto, la falta de espacio había cesado también. Y no había nada que me mostrase el movimiento; simplemente sabía que me arrastraban. Me sentí feliz porque supe que había algo o alguien hacia quien quería ser arrastrada. No tenía otro deseo que girar como la aguja de una brújula y luego caer a través del vacío...

Pero recibí un desencanto. Ninguna caída suave ni rápida se produjo. En su lugar, otras fuerzas se apoderaron de mí. Me arrastraron hacia allí y luego hacia allá. No sé cómo me di cuenta; me faltaba referencia exterior, no tenía punto fijo, ni siquiera dirección; no obstante, pude notar que me tiraban de aquí y de allá, como si estuviera bajo la resistencia de algún giróscopo interior. Era como si una fuerza se hubiese adueñado de mí para debilitarme y perderme ante la acción de otra nueva fuerza. Entonces me parecía deslizarme hacia un punto desconocido, hasta que me paraban y cambiaban mi curso. Erré de un sitio a otro con el sentido de la conciencia haciéndose continuamente más firme; y me pregunté si eran fuerzas rivales las que luchaban por mí, el bien y el mal, quizás, o la vida y la muerte...

La sensación de tira y afloja se hizo más definida hasta que casi me vi bruscamente arrancada de un rumbo a otro. Luego, de súbito

terminó la sensación de forcejeo. Noté que viajaba más y más deprisa aún, surcando el espacio como un meteorito errante que por último ha sido atrapado por alguna fuerza de atracción...

* * *

—Está bien —dijo una voz—. La resurrección quedó algo retardada, por no sé qué razón. Mejor será que efectuemos una anotación en su tarjeta. ¿Cuál es el número? O, sólo su cuarta vez; sí, tomaremos nota. Toda va bien. ¡Aquí la tenemos!

Era una voz de mujer la que hablaba, con un acento ligeramente poco familiar. La superficie en la que yo yacía se sacudió debajo de mí. Abrí los ojos, y vi cómo el techo se movía por encima y los cerré. En seguida, otra voz, de nuevo con tono nada familiar, me habló:

—Bebe esto —dijo.

Una mano alzó mi cabeza y un vaso fue llevado a mis labios. Después de haber bebido el líquido permanecí acostada de nuevo con los ojos cerrados. Dormité un ratito y desperté notándome más fuerte. Durante algunos minutos estuve mirando al techo y preguntándome con vaguedad dónde me hallaba. No podía recordar ningún techo pintado con aquel tono rosado y crema. Luego, de pronto, mientras estaba mirando al techo todavía, recibí una sacudida, como si alguien hubiese alcanzado mi cerebro con un brusco golpe. Me di cuenta descorazonadoramente de que no era sólo el techo rosado lo desconocido..., *todo* me era desconocido. Donde tenían que haber recuerdos, había sólo una gran oscuridad. No tenía idea de quién era, o de dónde estaba; no podía recordar nada, de cómo ni de dónde vine hasta aquí... en una oleada de pánico intenté sentarme, pero una mano me lo impidió y al poco volvió a llevarme a los labios un vaso.

—Estás muy bien. Descansa. —Me dijo la misma voz con tono tranquilizador.

Yo quería formular preguntas, pero en cierto modo me sentía inmensamente cansada y todo resultaba demasiado molesto. La primera oleada de pánico amainó, dejándome casi letárgica. Me preguntaba qué podía haberme ocurrido..., ¿quizá fue un accidente? ¿Eran estas clases de cosas que suceden cuando una

persona está malherida? No lo sabía y por el momento no me importaba: Me estaban cuidando. Me noté tan soñolienta que comprendí que las preguntas podían esperar.

Supongo que dormité y quizás lo hiciese durante unos cuantos minutos o por toda una hora. Sólo sé, que cuando abrí uno de los ojos me noté más tranquila —más turbada que alarmada— y estuve algún tiempo sin moverme. Ahora había recobrado la suficiente presencia de ánimo para controlarme con el pensamiento, de que si había habido un accidente, por lo menos no sentía el menor dolor.

Al poco recuperé una porción más de energía, y con ella la curiosidad de saber dónde estaba. Giré la cabeza en mi almohada para ver algo más de lo que me rodeaba...

A pocos palmos vi una especie de artillugio con ruedas, algo como si a la vez tuviera la cualidad de una cama y de una vagoneta. En aquel chisme, durmiendo con la boca abierta estaba la mujer más enorme que vi jamás. La miré con fijeza, preguntándome si sobre ella habría alguna especie de jaula que soportase el peso de las sábanas y le diera su enorme apariencia, pero los movimientos de su respirar demostraron pronto que no había tal jaula. Entonces miró más allá y vi dos vagonetas más con ambas mujeres enormes.

Estudí con más atención a la más próxima y descubrí para mi sorpresa que era jovencísima... no tendría más allá de 22 o 23 años, deduje. Su rostro, quizás, era un poco regordete, pero de ningún modo en exceso; en realidad, con su color fresco y saludable y sus dorados rizos cortos, era muy bonita. Empecé a preguntarme qué curioso desorden glandular había causado tal grado de anomalía a su edad.

Pasados unos minutos, oí unos vigorosos e indiferente pasos que se acercaban. Una voz preguntó:

—¿Cómo te encuentras ahora?

Giré mi cabeza y me encontré mirando un rostro casi a nivel del mío. Durante algún tiempo pensé que su propietaria debía ser una criatura, luego vi que los rasgos bajo la toca blanca representaban unos treinta años de edad. Sin esperar respuesta palpó por debajo de las sábanas y me tomó el pulso. Debió parecerle satisfactorio porque asintió confiada.

—Te encuentras bien ahora, Madre.

La miré inexpresiva.

—El coche está precisamente más allá de esa puerta. ¿Crees que puedes caminar? —prosiguió.

Divertida, le pregunté:

—¿Qué coche?

—¡Oh!, el que ha de llevarte a casa, claro —contestó, con paciencia profesional—. Vamos ya. —Y retiró las sábanas. Comencé a moverme y me miré. Lo que vi me dejó paralizada. Alcé el brazo. Era algo más que una masa regordeta, era una especie de saco con una ridícula manita a un extremo. La miré horrorizada. Después percibí un grito lejano mientras me desmayaba...

Cuando tomé a abrir los ojos, había una mujer —una mujer de tamaño normal— con una bata blanca y un estetoscopio en tomo a su cuello mirándome ceñuda y perpleja. La mujer de la toca blanca que yo tomé por una niña, estaba plantada a su lado, alcanzando su altura, un poco por encima del codo de la otra.

—No sé, doctora —decía—. De pronto gritó y se desmayó.

—¿Qué pasa? ¿Qué me ha ocurrido a mí? Sé que no soy así... no lo soy, no —exclamé, y pude darme cuenta de que mi voz sonaba quebrada.

La doctora continuó mirándome turbada.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

—No tengo idea, doctora —contestó la pequeña—. Fue muy repentino, como si hubiese recibido alguna especie de impresión... pero no sé el porqué.

—Bueno, ha sido reconocida y dada de alta, y de todas maneras no puede quedarse. Necesitamos la habitación —y dirigiéndose a la doctora terminó—: Será mejor que le dé un sedante.

—¿Pero qué ha pasado? ¿Quién soy? Hay algo terriblemente equivocado. Sé que mi esposo no es éste. Por favor... dígame... —le imploré, y entonces sin saber cómo, me perdí en una serie de balbuceos e incoherencias.

Los modales de la doctora se hicieron tranquilizadores. Con suavidad, puso una de sus manos sobre mi hombro.

—Toda va bien, madre. No hay nada de qué preocuparse. Tómate las cosas con calma. Pronto estarás de nuevo en tu casa.

Otra ayudante con toca blanca, no más alta que la primera, se acercó con una jeringuilla y se la entregó a la doctora.

—¡No! —protesté—. Quiero saber quién soy. ¿Quién soy?

¿Quiénes son ustedes? ¿Qué me ha pasado? —Traté de quitarle la jeringa de la mano de un manotazo, pero las dos pequeñas asistentas se colgaron de mí y me lo impidieron, mientras que la doctora clavaba en mi carne la aguja.

Era un sedante. No me hizo perder el conocimiento, pero sí sentirme indiferente a todo. Una rara sensación: Me pareció flotar a unos palmos de mí misma y considerarme con una tranquilidad antinatural. Era capaz, o me pareció ser capaz, de evaluar las cosas con inteligente claridad...

Era obvio que sufría amnesia. Una impresión de cualquier clase originó la «pérdida de la memoria», como se suele decir. Evidentemente me fallaba una pequeñísima parte de dicha memoria —sólo la parte personal, quién era yo, dónde estaba, dónde vivía— todo el mecanismo cotidiano parecía haber quedado intacto: no se me había olvidado el hablar, ni el pensar, y me parecía tener un cerebro bien ordenado para las cuestiones intelectivas.

Por otra parte, había una acuciante convicción de que todo era un *error*. *Sabía*, de alguna manera, que jamás había visto aquel lugar en donde me hallaba; *sabía*, también, que veía algo raro en la presencia de las dos pequeñas enfermeras; sobre todo, *sabía* con certeza absoluta que aquella forma masiva que allí estaba acostada no era la mía. No me era posible recordar qué rostro debía ver al mirarme al espejo, ni siquiera si era rubia o morena, vieja o joven, pero en mi mente no había la menor duda de que fuese lo que fuese jamás tendría la forma que ahora poseía yo.

... Y habían las otras enormes mujeres jóvenes también. Con toda evidencia, no podía ser cuestión de desorden glandular en todas nosotras, no se había hablado de enviarme a «casa», estuviera donde estuviese...

Todavía estaba discutiendo conmigo misma la situación, sin duda gracias al sedante, de una de las maneras más razonables, aunque sin lograr el menor progreso, en absoluto, cuando el techo por encima de mi cabeza comenzó a moverse de nuevo y me di cuenta de que me transportaban sobre ruedas. Las puertas se abrieron al extremo de la habitación y la vagoneta o camilla osciló un poco bajo mí, cuando me bajaron por una suave rampa.

Al pie de la rampa un coche como una ambulancia, con una cabina rosa bruñida, hasta relucir, estaba esperando con las puertas

traseras abiertas. Observé interesada, que formaba parte de un proceder rutinario. Un equipo de ocho auxiliares diminutas llevaba a cabo la tarea de transferirme de la vagoneta o camilla hacia una parihuela dentro de la ambulancia como si fuese una especie de piltrafa humana. Dos de ellas se quedaron, después de marcharse las demás, para arroparme y colocar otra almohada detrás de mi cabeza. Después se fueron, cerrando antes las puertas y al cabo de un minuto o dos nos pusimos en marcha.

Fue en este punto —y posiblemente también ayudada por el sedante— cuando comencé a tener un creciente sentido de balanceo y noté que empezaba a percibir la situación. Probablemente *hubo* un accidente, como sospeché, pero con toda evidencia, mi error o la falta principal de mi alarma, procedía de mi creencia de que me encontraba en un estado más allá del que en realidad era el mío. Había asumido, que después de un intervalo recobré la conciencia de aquellas abrumadoras circunstancias, donde el verdadero estado de los asuntos demostraba con toda claridad, que la realidad era que yo no había recobrado la conciencia. Seguramente estaba en un estado latente, lo más probable por efectos producidos por las lesiones, tales como la hinchazón, y esto fue la causa del sueño o de la alucinación. Al poco despertaría en buenas condiciones, que por lo menos resultarían sensatas, aunque no fueran necesariamente familiares.

Me extrañaba ahora que este consolador pensamiento no se me hubiese ocurrido antes y decidí que fue un exagerado sentido alarmante de la realidad, lo que me arrojó en brazos del pánico. Había sido sorprendentemente estúpido por mi parte llegar hasta imaginarme que realmente era una especie de Gulliver entre liliputienses bastante crecidos. Esto era muy característico en buena parte de los sueños también, lo mismo que la falta de un claro conocimiento de mi identidad, así que no debía sorprenderme. Lo que tenía que hacer era observar las cosas con un interés inteligente; lo demás debía ser un aspecto simbólico, cuyo contenido resultaría más tarde interesante de resolver.

El descubrimiento casi alteró mi actitud por completo y me miré con una nueva atención. Me parecía rarísimo la existencia de tanto detalle circunstancial y todo claramente delimitado... carecía de ese sentido indefinible de lo circundante y también de la falta de fondo

del escenario que una suele encontrar en todo sueño. Cada cosa se presentaba con la fluidez tridimensional más convincente. Mis propias sensaciones también parecían perfectamente válidas. La inyección, en particular, había sido auténtica en su agudeza. La ilusión de realidad me fascinaba hasta hacerme tomar notas mentales con sumo cuidado.

El interior de la furgoneta, ambulancia o lo que fuere, estaba acabado con el mismo tono rosa del exterior... excepto el techo que era de un azul tenue, con una serie de estrellitas de plata esparcidas por allí. En la parte que servía de separación, con la cabina del conductor, había varios cajones con asas plateadas. Mi camilla estaba situada a lo largo del costado izquierdo; en la otra parte habían dos asientos fijos, bastante pequeños y tapizados con un material transparente que hacía juego con el color de lo demás. Dos largas ventanillas a cada lado, dejaban muy poca pared sólida. Cada una de ellas estaba provista de fino encaje, retiradas hacia los lados ahora, mediante lazos rosados y con una persiana por la parte exterior. Simplemente, al volver la cabeza sobre la almohada, me fue posible observar el paisaje... en cierto modo inestable, porque los amortiguadores del vehículo eran usuales o la superficie de la calzada muy mala; fuese lo que fuese, me alegré de que mi propia camilla tuviera también sus amortiguadores independientes y resultasen estos muy confortables.

El panorama no ofrecía mucha variedad, excepto en sus matices. El camino estaba bordeado de edificios que quedaban más allá de unos veinte metros del cuidado césped. Cada manzana o bloque tenía tres pisos de altura, una longitud de unos cincuenta metros y un tejado como una vaga reminiscencia a influencias italianas. Estructuralmente las manzanas parecían idénticas, pero cada una tenía diferente color, con las ventanas y sus marcos contrastados, lo mismo que las puertas, y cuidadosamente tiradas las cortinillas que parecían uniformes. No pude ver a nadie detrás de las ventanas.

Mucho más allá de la calzada, quizás a doscientos metros, se veían bloques más altos y utilitarios en su apariencia. Algunos con chimeneas muy altas al estilo de las fábricas. Pensé que debían ser industrias de alguna clase, pero dada la distancia, y porque sólo percibía visiones fugitivas de ellas entre las manzanas del primer término, no pude estar segura.

El camino en sí, raras veces corría en línea recta más de cien metros de una tirada, y sus curvas hacían que una se preguntase si sus constructores se habían preocupado más de seguir la línea de contornos que una dirección general. Había escaso tráfico y aún ése consistía en camiones. Estaban pintados con un color primario u otro del mismo género, con sólo una combinación de letras doradas y figuras en sus laterales para su identificación. En su diseño se parecían a los camiones de cualquier lugar. Continuamos avanzando monótonamente a una velocidad modesta durante veinte minutos, hasta que llegamos a una zona donde se hallaban reparando la carretera. El vehículo disminuyó la marcha y los trabajadores se apartaron a un lado para que pasásemos. Mientras cruzábamos la irregular superficie me fue posible mirarles bien. Todos eran chicas o mujeres vestidas con pantalones, blusas sin mangas y botas tejanas de trabajo. Llevaban todas el cabello muy corto y unas pocas utilizaban sombreros. Eran altas y de amplios hombros, bronceadas y de aspecto saludable. Los bíceps de sus brazos eran masculinos y los mangos de sus picos y palas estaban empuñados por manos firmes y fuertes, perfectamente varoniles.

Ellas miraron interesadas cómo el coche cruzaba por el irregular camino, pero una vez las ventanillas estuvieron a su altura, transfirieron a mí su atención.

Sonreían con amplitud, mostrando robustos dientes blancos que destacaban en sus rostros morenos. Todas alzaron sus manos derechas, haciendo algún signo, sin dejar sus sonrisas. Su buena voluntad era tan evidente que a mi vez les sonreí. Caminaron junto al vehículo, acompasando su marcha con la lentitud del paso del coche, mirándome con expectación mientras sus sonrisas se desvanecían hasta fundirse con expresiones de turbación. Me decían algo pero no pude entender qué.

Algunas repitieron el signo. Su desencanto fue evidente demostración de que esperaban que respondiese con algo más que con una sonrisa. Lo único que se me ocurrió fue alzar mi mano derecha en una imitación de su gesto. Por lo menos fue un éxito; sus rostros me miraron aunque permaneciendo en ellos una expresión bastante confusa. Entonces el coche enfiló la nuevo el buen camino mientras sus turbados rostros quedaban atrás al aumentar nuestra velocidad hasta alcanzar el ritmo anterior. Más símbolos

naturalmente... pero ninguno de los símbolos que aparecían en los sueños que explicaban en los libros. Me pregunté: ¿Qué diablos hacía una partida de vistosas amazonas, equipadas con utensilios de reparación en lugar de arcos y flechas, asomando por mi subconsciente? Me imaginé que representaba alguna frustración. ¿Un deseo reprimido de dominar? Me pareció no haber recorrido gran trecho por aquel camino, cuando el paisaje cambió desapareciendo los monótonos bloques de casas multicolores y entrando en el campo abierto.

Los macizos florales me demostraron que estábamos en primavera, y me era posible contemplar terrenos de pasto y campos perfectamente arados en donde comenzaban a verse los verdes brotes; había una especie de bruma verdosa sobre los surcos y algunos de los árboles mostraban sus hojas jóvenes. El sol lucía benigno sobre el más regular panorama campestre que vi en mi vida; sólo el ganado esparcido por los prados introducía un pequeño desorden en las cuidadosas disposiciones. Las granjas en sí formaban parte del estilo; masas cuadradas de limpios edificios con un jardín o huerto a un lado, un invernadero a otro y un patio en el tercero de los lados. En todo parecía haber una ligera sugerencia de panorama infantil. Los edificios parecían casitas de muñecas... pero todo arreglado y racionalizado. No pude ver casitas dispuestas al azar, cobertizos independientemente emplazados, o cultivos dispuestos de manera casual, como las edificaciones de las comarcas. ¿Y qué conclusión debería sacar de aquel exhibicionismo meticuloso, casi patológico?, me pregunté. ¿Acaso era yo una persona más insegura de lo que me suponía, que ni inconscientemente añoraba la simplicidad y la simetría? Bueno, bueno...

Un camión abierto que debía haber estado viajando delante de nosotros tomó por un camino bordeado por setos maravillosamente dispuestos, en dirección a una de las granjas. Lo ocupaban media docena de jóvenes mujeres, todas provistas de herramientas; de nuevo amazonas. Una de ellas, al mirar atrás, llamó la atención de las demás sobre nosotros. Todas alzaron las manos haciendo un mismo signo que las obreras, alzando luego el brazo animosas. Las respondí del mismo modo.

Pensé que era bastante desconcertador: las amazonas

significaban dominio y este panorama no era seguridad pasiva. Las dos cosas no parecían concordar demasiado bien.

Seguimos adelante, a nuestra modesta velocidad de cuarenta kilómetros por hora, durante lo que calculé unos cuarenta y cinco minutos, cambiando poquísimos el panorama. El paisaje ondulaba suavemente y parecía continuar según se veía, hasta el pie de una línea de bajas colinas azules a muchos kilómetros de distancia. Las afeadas granjas seguían pasando casi con la regularidad de los hitos kilométricos, aunque con doble frecuencia. Ocasionalmente se veían grupos de trabajadoras en los campos; con mucha menos frecuencia podían verse individuos afanados por la la granja y otros manejando tractores, pero quedaban demasiado lejos para que pudiera percibir cualquier detalle. Al poco, sin embargo, se produjo un cambio.

Partiendo de la izquierda de la carretera, formando ángulo recto, y así durante casi dos kilómetros, apareció una fila de árboles. Al principio pensé que serían bosques, pero pronto advertí que los troncos quedaban igualmente espaciados y los árboles en sí se unían en su ramales, dando la impresión de una alta cerca.

El fin de dicha cerca quedaba a unos siete metros de la carretera, en donde ésta daba la vuelta, y así la recorrimos durante casi un kilómetro hasta que el coche disminuyó la marcha, volvió hacia la izquierda y se detuvo delante de un par de altas puertas metálicas. Por dos veces hicieron sonar el claxon.

Las puertas eran ornamentales y posiblemente de hierro forjado, bajo la pintura color rosa. La entrada que cerraban estaba cubierta de estuco y pintada también del mismo color.

¿Por qué —me pregunté a mí misma—, esa predominación del rosa, que yo consideraba un color estúpido? ¿Color carne? ¿Símbolo de un ardor hacia dicha carne al que yo me había entregado insuficientemente? Me parecía difícil de creer. No hubiese sido rosa. Hubiera sido rojo ardiente... no creo que haya nadie que pueda demostrarse realmente ardiente de una manera rosada...

Mientras esperábamos, una sensación de que allí había algo equívoco detrás de la puerta, creció en mi interior. La estructura era una construcción de un solo piso, alzándose contra el lado izquierdo interior de la arcada y de su mismo color. El trabajo de carpintería del edificio tenía un tono azul pálido, con sencillas cortinas blancas

en las ventanas. La puerta se abrió, apareciendo una mujer de mediana edad con blusa y pantalones. Llevaba la cabeza descubierta y entre su pelo moreno se veían algunos grises. Al verme alzó la mano haciendo el mismo signo que las Amazonas me hicieron, aunque de modo más indiferente y se dispuso a abrir las puertas. Sólo cuando estaba en esta tarea, me di cuenta de que era muy pequeña... Con certeza no sobrepasaría la estatura de un metro veinte centímetros. Y eso explicaba lo que tenía de equívoco el portalón: estaba construido justamente a su escala...

Continué mirándola a ella y a la casita mientras pasábamos por delante. Bueno, ¿y eso qué? En la mitología abundan los enanos y gente menuda, personajes que aparecen con demasiada frecuencia en los sueños, para que alguien, estoy segura, haya decidido que son un símbolo normal de algo, aunque de momento no recordé en qué consistía este algo. ¿Representaría una estridencia genética contenida, o era eso demasiado sutil? Seguí rumiando en ese sentido hasta decidir archivar las sensaciones para un repaso posterior y dirigí mi atención hacia lo que me rodeaba.

No era extraordinario pero sí diferente.

Caminábamos sin prisas a lo largo de un sendero, cuyos alrededores eran una especie de compromiso entre un jardín público y una granja municipal. Se veían amplios céspedes de un verde aterciopelado, con ocasionales macizos de flores y grupos delicados de álamos plateados y ocasionalmente otra clase de árboles solitarios. Entre ellos se abrían bloques de casas de tres pisos, esparcidos sin ningún plan en apariencia particular.

Un par de tipos de Amazonas, con camiseta y pantalones de color rojo caldera descolorida, se entretenían plantando un macizo muy cerca del sendero y tuvimos que entretenernos, mientras apartaban a un lado la carretilla llena de tulipanes, antes de dejamos pasar. Me dirigieron el saludo corriente y una amable sonrisa.

Un minuto más tarde tuve la sensación de que algo iba mal en mi visión, porque al pasar por delante de uno de esos bloques vimos otro. Era blanco en vez de rosa, pero por otra parte exactamente que el resto... excepto que su escala era un tercio menor que los demás...

Parpadeé primero, para mirarlo después con fijeza, pero

continuó apareciéndoseme como desde el primer momento.

Un poco más adelante, una mujer enorme grotescamente, vestida de rosa, caminaba despacio y pesadamente sobre el césped. La acompañaban tres mujercitas pequeñas, vestidas de blanco, pareciendo en contraste como niñas o muñecas animadas; involuntariamente me acordé de los remolcadores remoloneando en tomo de un trasatlántico.

Comencé a sentirme hastiada: la proliferación y combinación de los símbolos era algo exasperante.

El coche dobló hacia la derecha y al poco llegamos ante un tramo de escalera que conducía a uno de los edificios rosados... de tamaño normal, pero ni aún así libre de la irregularidad, porque los escalones estaban divididos por una barandilla central; los de la izquierda eran normales, los de la derecha más pequeños y numerosos.

Tres toques de claxon anunciaron nuestra llegada. Al cabo de uno diez segundos, media docena de chiquitinas mujercitas apareció en el umbral y comenzaron a bajar corriendo por los escalones de la derecha. Se oyó un portazo y el conductor bajó y fue al encuentro de ellas. Cuando dicho conductor quedó en mi campo de visión, advertí que era también una mujercita pequeña, pero no iba de blanco como las demás; llevaba un traje rosa brillante que concordaba perfectamente con el colorido del coche.

Hablaron juntas antes de dar la vuelta hasta la puerta de atrás y entonces escuché una voz que decía animosa:

—Bienvenida, Madre Orchis. Bienvenida a casa.

La camilla se deslizó hacia atrás sobre rodillos y entre ellas me bajaron hasta el suelo. Una mujer joven cuya blusa tenía bordada la cruz de San Andrés sobre la parte izquierda del pecho, se inclinó sobre mí. Me preguntó con consideración:

—¿Crees que puedes caminar, Madre?

No parecía el momento adecuado para hacer preguntas sobre el tratamiento. Evidentemente se dirigió hacia mí.

—¿Caminar? —repetí—. Claro que puedo andar. —Y me senté, con ocho manos extendidas para ayudarme.

Mi afirmación había sido precipitada. Me di cuenta entonces de que tenía como plomo en los pies. Incluso con toda la ayuda de mi alrededor, fue un ejercicio que por poco me sofoca. Miré hacia

abajo, a las monstruosas formas que aparecieron debajo de mi vestido rosa, con angustia, sintiéndome grandes arcadas que nacían en mi estómago, y notando que fuese cual fuese el simbolismo que amparasen aquellas formas, resultaría ser una revelación posterior desagradable, probé a dar un paso. «Caminar» apenas es la palabra que pudiese definir mi progreso. Las mujeres, cuya altura no sobrepasaba la de mi codo, revoloteaban en mi torno como un grupo de ansiosas gallinas. Pese a la dificultad, estaba decidida a seguir andando, y lo pude hacer con una especie de movimiento ondulante; primero cruzamos unos cuantos metros de suelo cubierto de grava y luego subiendo por la parte izquierda de la escalera.

Cuando llegué arriba tuve un perceptible sentido de alivio y triunfo. Nos detuvimos allí unos momentos para que recuperase el aliento y luego, penetramos en el edificio. Un corredor se extendía recto delante, con tres o cuatro puertas cerradas a cada lado, dividiéndose en el extremo por dos ramas, que tomaban la dirección derecha e izquierda respectivamente. Tomamos la de la izquierda y, a su extremo, por primera vez desde que se aposentó en mi la alucinación, me di de bruces con un espejo, es decir, con una imagen como la mía.

Me costó toda mi energía dominarme para no verme arrastrada nuevamente por el pánico ante lo que estaba viendo. Los primeros pocos segundos de mi mirar, fueron consumidos en reprimir la creciente histeria.

Delante había un figura fantasmal; una forma femenina elefantina, que parecía mayor aún por sus ropajes rosados. Piadosamente iba con el cuerpo cubierto por entero excepto la cabeza y manos, pero lo que se veía, ya causaba por sí bastante impresión, porque las manos, aunque suaves y regordetas y faltas de toda proporción no encajaban con el cuerpo. Y la cabeza y el rostro eran como los de una niña.

Era bonita. No podía tener más de veintiún años, si es que los tenía. Su pelo rubio rizado reflejaba luces doradas y formaba una especie de melenita. La configuración del rostro era rosado y crema, su boca linda, sin ningún artificio. Mientras las mujercitas ansiosas se apiñaban en un corro, los ojos de aquella niña deforme, me miraban, con su tono verde azulado debajo de una cejas suavemente arqueadas. Y aquel rostro delicado, aquella imagen

sacada de un cuadro de Fragonard, era todavía más horripilante porque emergía de un cuerpo monstruoso. Cuando moví los labios, ella los movió también; cuando moví los brazos, los suyos se doblaron igualmente; y sin embargo, una vez conseguí dominar aquel pánico agobiante, ella dejó de ser una mera imagen. No tenía nada parecido a mí, así que, debió ser una desconocida a quien vi por casualidad, aunque del modo más confuso que pueda una imaginarse. Mi pánico y repulsión dieron paso a la tristeza, a una ardiente compasión hacia ella. Sentí ganas de llorar de vergüenza y lo hice. Vi cómo ella lloraba también con sus lágrimas bañándole toda la cara.

Una de las mujercitas a mi lado me tomó una de mis manos.

—Madre Orchis, querida ¿qué te pasa? —preguntó, llena de interés.

Yo sólo pude decir: yo misma no tenía una idea clara. La imagen del espejo sacudió la cabeza, con lágrimas brillantes en sus mejillas. Manitas pequeñas me palmetearon por todo el cuerpo; voces infantiles me animaron para seguir hacia adelante. La puerta siguiente se abrió y me condujeron dentro de la habitación, en medio de un ajeteo atrevido.

Entramos en un lugar que nos sorprendió por su aspecto, mezcla de un saloncito íntimo y un cuarto de hospital. La impresión del saloncito la daban los abundantes tonos rosas... en la alfombra, crubre-camas, cojines, pantallas de las lámparas y los visillos finísimos; la sensación de la sala de hospital la daban seis camas o divanes uno de los cuales estaba sin ocupar.

Había sitio suficiente para tres camas, separadas por un armario, silla y mesa individual a cada lado sin dar la sensación de que la estancia estuviese atestada, y el espacio abierto era suficientemente grande para contener varios sillones lujosos y una mesa central donde lucía un florero cubierto hasta los bordes de flores distintas. Un aroma débil y nada desagradable dominaba el ambiente y de alguna parte provenía la música sentimental de un cuarteto de cuerda. Cinco de las camas estaban ocupadas por mujeres de aspecto montañoso. Dos de las ayudantes que nos escoltaron se adelantaron y prepararon la rosada cama que ocupaba el sexto lugar.

Los otros cinco rostros se volvieron hacia mí. Tres me sonrieron

dándome la bienvenida y los otros dos se mostraron más indiferentes.

—Hola, Orchis —me saludó amistosa una de ellas. Luego, con una pizca de interés añadió—: ¿Qué te pasa querida? ¿Lo has pasado mal?

La miré. Tenía un rostro agradable y regordete, enmarcado por un pelo moreno claro, mientras su cabeza quedaba apoyada contra el cojín. Por su expresión tendría uno veintitrés o veinticuatro años. El resto de ella era una mola enorme de satén rosa. Me fue imposible responder, pero hice cuanto pude por dirigirle una sonrisa, al pasar ante ella.

Nuestra comitiva rodeó la cama vacía. Después de algunos preparativos y ensayos me ayudaron todas a entrar, colocando luego un cojín debajo de mi cabeza.

El cansancio del viaje desde el coche había sido considerable y agradecida me dediqué al descanso. Mientras dos de las mujercitas subían el embozo y lo arreglaban sobre mí, otra sacó un pañuelo y con suavidad me secó las mejillas y me habló impartíendome ánimos.

—Ya estás bien, querida. De nuevo sana y salva en casa. Luego de que hayas descansado un rato te encontrarás perfectamente. Trata de dormir.

—¿Qué le pasa? —inquirió una voz potente desde una de las otras camas—. ¿Salió mal el asunto?

La mujercita del pañuelo —una de las que llevaban bordada la cruz de San Andrés y parecía estar al frente de la operación— volvió la cabeza con vivacidad.

—No tiene necesidad de hablar con ese tono, Madre Hazel. Naturalmente que la Madre Orchis tuvo cuatro hermosos pequeños... ¿verdad, querida? —me preguntó—. Se encuentra un poco cansada después del viaje. Eso es todo.

—¡Vaya! —exclamó la otra chica, con un tono algo impertinente, pero no hizo más comentarios.

Prosiguió una cierta agitación. Al poco la mujercita me entregó un cazo de algo que parecía agua, pero que tenía una fortaleza insospechada. Tosí al dar el primer sorbo, pero no tardé en notar una mejoría. Después de algo más de aseo y orden, mi séquito partió dejándome reclinada en el cojín con los ojos de las otras

cinco monstruosas mujeres fijos en mí especulativamente.

El torpe silencio fue roto por la chica que me saludó al entrar.

—¿Dónde te enviaron para tus vacaciones, Orchis?

—¿Vacaciones? —pregunté inexpresiva.

Ella y el resto se me quedaron mirando asustadas.

—No sé de lo que estáis hablando —les dije.

Siguieron mirándome, con estupidez, con estoicismo.

—No se saca mucho de unas vacaciones ahora —observó una de las mujeres, con evidente turbación—. No olvidaré las últimas que pasé. Me enviaron al mar, me dieron un cochecito para que pudiese llegar a todas partes. La gente se portaba con nosotras amablemente. Y eso que éramos solamente seis Madres allí, incluyéndome yo. ¿Fuiste al mar, o a la montaña?

Estaban decididas a hacer preguntas y no tendría más remedio que responder quisiera o no. Escogí lo que me pareció la manera más sencilla de aplazar aquel momento.

—No me acuerdo —dije—. No recuerdo nada. Parece que he perdido la memoria.

Tampoco recibieron complacidas mi afirmación.

—Oh —exclamó la llamada Hazel con cierto grado de satisfacción—. Ya me imaginé que pasaba algo. ¿Y verdad que ni siquiera puedes recordar de seguro si tus niños fueron del Grado Uno, esta vez, Orchis?

—No seas estúpida, Hazel —le respondió una de ellas—. Naturalmente que fueron Grado Uno. De no haberlo sido, Orchis no estaría aquí de vuelta... la habrían enviado como Madre de la Clase Dos a Whitewich —y en un tono más amable le preguntó—. ¿Cuándo ocurrió, Orchis?

No entendía aquellas preguntas.

—No... no lo sé —contesté—. Me es imposible recordar nada de lo ocurrido esta mañana en el hospital. Todo se me fue por entero.

—¡Hospital! —repitió Hazel, desdeñosa.

—Tiene que referirse al Centro —dijo la otra—. ¿Pero, acaso quieres decir que ni siquiera nos recuerdas a nosotras, Orchis?

—No —admití, sacudiendo la cabeza—. Lo siento.

—Es raro —exclamó Hazel, con un tono carente de simpatía—. ¿Lo saben ellas?

Una se puso de mi parte.

—Claro que tienen que saberlo. Confío en que el recordar o no, nada tenga que ver con el dar a luz niños del Grado Uno. Y de todas maneras, ¿por qué iba a tener que ver? Pero, mira Orchis...

—¿Por qué no la dejamos descansar un ratito? —intervino otra—. Supongo que no se encontrará muy bien después de salir del Centro. Y del viaje, y llegar hasta aquí. Yo no me sentía mal. No les hagas caso. Orchis, querida. Duerme un ratito. Probablemente todo lo encontrarás bien cuando hayas despertado.

Acepté la sugerencia, agradecida. Todo el asunto era demasiado asombroso para captarlo de momento; además, en realidad me sentía exhausta. Le di las gracias por su consejo y me arrellané en la almohada, cerrando los ojos. Lo más sorprendente fue, que si alguien puede dormir dentro de una alucinación o sueño, yo lo hice...

En el momento de despertar, antes de abrir los ojos, tuve un fogonazo de esperanza de que la visión se hubiese desvanecido. Por desgracia, no había tal. Una mano me sacudió por el hombro con suavidad y lo primero que vi fue el rostro de la mujercita jefe, cerca del mío.

Al estilo de las enfermeras dijo:

—Vamos, Madre Orchis, querida. Supongo que te encuentras mucho mejor después de haber dormido, ¿verdad?

Más allá de ella, dos mujercitas estaban portando una bandeja de cortas patas, de las que se emplean en los hospitales para comer en la cama, hacia mí. La colocaron de manera que formaba puente por encima de mí y llegara a mi alcance. Miré lo que contenía. Era sin excepción la comida más enorme y nutritiva que vi jamás. De primer momento me repugnó, pero... percibí cierto impulso interior que no repugnaba a la forma física ocupada por mí: que de hecho, la bocase me hacía agua y que tenía ganas de empezar a comer. Una parte muy íntima mía quedaba maravillada en una especie de alejamiento de la carne mientras el resto consumía dos o tres pescados, un pollo entero, unos filetes de carne, un platode verduras, fruta oculta bajo montañitas de nata, y más de medio litro de leche, sin ningún sentido de hartazgo. Miradas ocasionales me demostraron que las demás Madres estaban haciendo lo mismo con los contenidos de sus similares bandejas.

Capté un par de miradas de reojo de curiosidad por parte de

ellas, pero estaban demasiado ocupadas en su comida para reanudar la inquisición momentáneamente. Me pregunté cómo mantenerlas a raya y más tarde se me ocurrió que si al menos tuviese un libro o una revista lograría enterrarme en la lectura efectivamente, aunque no fuese eso una muestra de buena educación.

Cuando regresaron las sirvientas, preferí la de la insignia para pedirle me trajera algo para leer. El efecto de tan simple petición fue algo asombroso: las dos que estaban llevándose la bandeja por poco la dejan caer al suelo. La que se hallaba a mi lado carraspeó sorprendida un momento antes de recuperar el dominio de sí misma. Me miró, primero con recelo y luego con interés.

—¿No te sientes bien del todo, querida? —sugirió.

—Pues sí que lo estoy —contesté—. Me siento perfectamente ya. Sin embargo, la mirada de interés persistió.

—Yo de ti trataría de dormir un poco más —aconsejó.

—Pero es que no quiero hacerlo, deseo leer con tranquilidad —objeté.

Me palmoteó el hombro con cierta inseguridad.

—Me temo que has pasado unos días agotadores, Madre. No importa, estoy convencida de que pronto pasará.

No pude reprimir mi impaciencia.

—¿Qué hay de malo con querer leer? —pregunté.

Me dirigió una mimosa sonrisa.

—Vamos, vamos, querida. Trata de descansar algo más. ¡Oh! Dios le bendiga, ¿qué diablos sacaría Madre si supiese leer?

Con eso me arregló el embozo y se fue, dejándome con los ojos abiertos de asombro y con la mirada fija de mis cinco compañeras. Hazel emitió una especie de suspiro desdeñoso; por otra parte, durante varios minutos no hubo ningún comentario audible.

* * *

Había llegado a una etapa donde la persistencia de la alucinación comenzaba a desgastar mi resistencia. Pude advertir que con un poco más de presión, perdería mi confianza y comenzaría a dudar de su irrealidad. No podría conservar continuamente esta calma. Las exageraciones ilógicas y saltos, las percepciones locas, además de las usuales características del sueño,

deberían haber sido tranquilizadoras, pero, en su lugar, todo continuaba presentándose bajo una capa de clara tontería, con un aire alarmante de convicción y de consecuencia. Los efectos, por ejemplo, seguían inconfundiblemente a las causas. Comencé a tener una sensación incómoda de que si ahondaba lo bastante, podía comenzar a hallar esas lógicas también para aquellas cosas absurdas. La integración era demasiado buena para un consuelo mental... incluso el hecho de que hubiera disfrutado de la comida como si me hallase por entero despierta, y que comenzaba a sentirme mucho mejor, animaba la conturbadora continuidad de realismo.

* * *

—¡Leer! —exclamó de pronto Hazel, con una risa de desdén—. Y supongo que también escribir...

—Bueno, ¿por qué no? —repuse.

Todas me contemplaron con más atención que nunca, y luego intercambiaron miradas significativas entre sí. Dos sonrieron. Yo pregunté:

—¿Qué diablos hay de malo en eso? ¿Acaso se supone que no sea capaz de leer y escribir?

Una contestó con amabilidad y tono tranquilizador.

—Orchis, querida. ¿No te parece mejor que llamas a la doctora?... ¿Aunque sólo sea para que te dé una revisión?

—No —contesté con energía—. No hay nada malo en mí. Estoy tratando de comprender. Simplemente pido un libro y todas me miráis como si estuviese loca. ¿Por qué?

Después de una pausa corta y densa, la misma dijo con buen humor y casi utilizando las palabras de la mujercita sirvienta:

—Orchis, querida, trata de reanimarte. ¿Qué nos daría saber leer y escribir a una Madre? ¿Acaso ibas a tener mejores niños?

—Hay otras cosas en la vida además de tener niños —repuse con sequedad.

Si antes se habían mostrado sorprendidas, ahora pareció como si un trueno las hubiese abatido. Incluso Hazel pareció incapaz del menor comentario. Su asombro estúpido me exasperó y me dio asco de pronto aquel asunto sin pies ni cabeza. Temporalmente se me

olvidó ser la indiferente observadora de todo un sueño.

—Maldición —grité—. ¿A qué viene toda esta tontería? ¡Orchis! ¡Madre Orchis!..., ¡santo cielo! ¿Dónde estoy? ¿Acaso es éste alguna especie de manicomio?

Las miré, furiosa, odiándolas simplemente al verlas, preguntándome si habían formado una especie de intriga en mi contra. En cierto modo estaba convencida de que cualquier cosa que fuese yo, no era Madre de nada. Así lo dije, decidida, y entonces, para mi enojo me puso a llorar.

A falta de otra cosa que utilizar, me sequé los ojos con la manga. Cuando pude volver a ver con claridad, descubrí que cuatro de las chicas me miraban con amable interés. Hazel sin embargo no era de estas.

—Ya dije que la encontraba algo rara —explicó a las otras, con aire de triunfo—. Está loca, perdió el juicio.

La que antes se había mostrado más amable conmigo, probó de nuevo:

—Pero, Orchis, *naturalmente* que eres una Madre de la Clase Uno... con tres nacimientos registrados. Doce estupendos niños del Grado Uno, querida. ¡NO puedes haberte olvidado de eso!

Por no sé qué motivo me puse a llorar de nuevo.

Tenía la sensación de que algo trataba de romper a través de la negrura de mi mente; pero no sabía lo que era, sólo que me hacía sentir una inmensa tristeza.

—¡Oh, esto es cruel! ¿Por qué no puedo detenerlo? ¿Por qué no se va y me deja en paz? —supliqué— hay una burla implacable en todo esto... pero no lo entiendo. ¿Qué hay de malo en mí? No soy obsesionada... No lo soy... Oh, ¿es que nadie puede ayudarme?

Mantuve los ojos apretadamente cerrados durante cierto tiempo, deseando con toda mi inteligencia que la citada alucinación se borrara y desapareciese.

Pero no lo hizo. Cuando volví a mirar de nuevo, allí estaba inmóvil, los rostros estúpidos y bonitos a la vez de mis compañeras mirándome por encima de las repugnantes montañas de satén color rosa.

—Podré salir de todo esto —dije.

Me costó un esfuerzo tremendo adelantarme y sentarme. Me di cuenta de que las demás me miraban con ojos desorbitados.

Forcejeé para dar la vuelta a mis pies y colocarlos al otro lado de la cama, pero estaban enredados con las sábanas satinadas y no pude liberarme de ellas. Era la desesperada y sincera frustración de un sueño. Oí que mi voz suplicaba:

—¡Socorro! ¡Oh. Donald, cariño, por favor...!

De pronto, como si la palabra «Donald» hubiese puesto en libertad algún muelle, algo chasqueó en mi cabeza. El cerrojo de mi cerebro se abrió, no del todo, pero lo bastante como para dejarme saber quién era. Comprendí, de súbito, dónde residía la libertad.

Torné a mirar a las otras. Estaban aún contemplándome medio azoradas, medio alarmadas. Abandoné el intento de moverme y me recosté en la almohada.

—Ya no podéis seguir engañándome —les dije—. Ahora sé quién soy.

—Pero, Madre Orchis... —comenzó una.

—Basta —la interrumpí. Parecí haber salido de la compasión por mí misma para entrar en una especie de malignidad masoquista—. No soy madre. Soy una mujer que, por breve tiempo tuve un esposo, y que esperaba... pero solamente esperaba... tener hijos de él.

Siguió una pausa, una pausa bastante larga, en donde por lo menos debió haber un murmullo. Lo que acababa de decir no lo habían entendido. Los rostros no mostraban comprensión; eran tan inexpresivos como los de una muñeca.

Al poco, la más sociable pareció sentirse en la obligación de romper el silencio. Con un alzamiento de sus cejas, dijo:

—¿Qué... qué es un marido?

Miré con dureza a cada uno de sus rostros. No había rastro de broma en ninguna de ellas; nada excepto una turbada especulación como suele haber en los ojos de los niños. Me noté cerca de la histeria durante un momento; luego conseguí dominarme. Muy bien, entonces, puesto que la alucinación me ha querido dejar en paz, seguiría el juego y vería qué es lo que sabía de todo aquello. Comencé a explicar con la máxima seriedad y palabras sencillas lo que me habían preguntado:

—Un marido es un hombre a quien una mujer toma por...

Evidentemente, por su expresión, mi aclaración de nada servía. Sin embargo, dejaron seguir tres o cuatro frases sin interrumpirse.

Entonces, cuando me detuve para respirar, la más amable de todas, insistió en un punto que evidentemente necesitaba que se le aclarase:

—Pero ¿qué es... qué es un hombre? —preguntó, ávidamente perpleja.

* * *

Un frío silencio cundió por la estancia después de mi relato y tuve la impresión de haber sido enviada a Coventry, o a SemiCoventry por ellas, pero no me molesté en comprobarlo. Estaba demasiado ocupada tratando de forzar la puerta de mi memoria; forzándola más para descubrir lo que había más allá de cierto punto y si tenía algún significado.

Supe ahora que mi nombre era Jane. Que había sido siempre Jane Summers y que me convertí en Jane Waterleigh cuando me casé con Donald.

Tenia —había tenido—, veinticuatro años cuando mi matrimonio; precisamente veinticinco cuando murió Donald, seis meses después. Y allí se detenía lodo. La cosa parecía ocurrida ayer, pero me era imposible precisarlo...

Antes de eso, todo quedaba perfectamente claro. Mis padres y amigos, mi casa, mi colegio, mi enseñanza, mi trabajo, como doctora Summers en el Wraychester Hospital. Pude recordar la primera vez que vi a Donald cuando le trajeron una tarde con la pierna rota... y todo lo que siguió...

Ahora me era preciso acordarme del rostro que podría ver en cualquier espejo —y no era ni por asomo parecido al que había visto en el pasillo exterior—... debería ser más ovalado, con una tez débilmente morena por el sol con una boca más pequeña, más recortada; rodeada la cabeza con un pelo color nogal rizado por naturaleza; con ojos pardos bastante separados y quizás serios por costumbre.

Supe también, el aspecto que debería tener el resto de mí... esbelto, piernas largas, senos pequeños y firmes... un cuerpo bonito, pero en el que no reparé hasta que Donald me hizo sentir orgullo de él, amándolo...

Miré la montaña repulsiva de satén rosado y me estremecí. Un

sentido de ultraje empezó a inundarme. Añoré el consuelo de Donald, sus caricias y su amor y que me dijese que todo saldría bien; que yo no era como me estaba viendo en absoluto, y que esto *realmente era* un sueño. Al mismo tiempo me vi sacudida por el horror de la idea de que pudiera verme tan gruesa y obesa. Entonces recordé que Donald jamás me volvería a ver en absoluto... nunca jamás... me sentí rota y triste, y las lágrimas volvieron a recorrer mis mejillas.

Las otras cinco siguieron mirándome con ojos desorbitados y llenos de extrañeza. Pasé media hora, manteniendo el silencio para admitir a todo un ejército de mujercitas, vestidas de blanco. Vi cómo Hazel me miraba y luego miraba a la jefa. Pareció a punto de hablar y después cambió de idea. Las mujercitas se dividieron, dos en cada cama. De pie a ambos lados, nos despojaron del embozo y las sábanas y se arremangaron y pusiéronse a darnos masaje.

En principio no era desagradable, sino del todo tranquilizador. Una no tenía más que dejarse hacer y relajarse. Al poco, sin embargo, me gustó menos; pronto lo encontré ofensivo.

—¡Basta! —dije a la de la derecha, con agudeza.

Ella se detuvo, me sonrió con amabilidad, aunque un poco insegura y luego continuó.

—Dije que basta —repetí, dándole un empujón.

Clavó sus ojos en los míos. Su expresión en la mirada era turbada y dolida, aunque una sonrisa profesional amaneció en su boca.

—Ya oyó lo que le dije —añadí, con sequedad.

La chica continuó dudosa y miró a su compañera del otro extremo de la cama.

—Tú, también —dije a la otra—. Basta ya.

Ni siquiera aminoró su ritmo. La de la derecha tomó una decisión y volvió a la carga. Empezó donde se había detenido. Extendí la mano y la empujé, esta vez con más dureza. Seguramente había más músculos en aquella bolsa de brazo de lo que una podría haberse supuesto. El empujón la hizo casi cruzar la habitación, tropezar y caer.

En la habitación cesó todo movimiento. Cada chica miró con fijeza primero a ella y después a mí. La pausa fue breve. Todas se pusieron a trabajar de nuevo. Aparté a la chica de la izquierda

también, aunque con más suavidad. La otra se levantó. Lloraba y parecía asustada, pero apretó las mandíbulas decidida y empezó a regresar.

—Apartaos de mí, seres horribles —les dije amenazadora.

Eso las contuvo apartadas y con expresión triste, intercambiando miradas. La de la insignia jefe se acercó.

—¿Qué ocurre Madre Orchis? —preguntó.

Se lo dije. Pareció confusa.

—Pero eso es bueno —se explicó.

—Para mí no. No me gusta y no quiero —repliqué.

Se quedó plantada, como perdida.

La voz de Hazel vino del otro lado de la habitación.

—Orchis ha perdido el juicio. Ha estado contándonos las cosas más asquerosas. Está loca de remate.

La mujercita se volvió para mirarla y luego miró inquisitivamente a las demás. Luego cuando las otras lo confirmaron con un gesto de cabeza y una expresión de disgusto, volvió a mí, dirigiéndome una mirada inquisitiva.

—Vosotras dos, a informar —dijo a mis decepcionadas masajistas.

Las chicas se fueron ahora llorando, juntas, decepcionadas. La jefa les dirigió otra larga mirada pensativa y, luego las siguió.

Minutos después las demás habían recogido sus cosas y se habían ido. Quedábamos sólo nosotras seis. Fue Hazel quien rompió el silencio subsiguiente.

Me miró con expresión reprochadora.

—Ha sido una mala pasada. Las diablillas se limitaban a cumplir con su misión —observó.

—Si ese es su trabajo, no me gusta —respondí.

—Ahora has conseguido que les den una paliza, pobrecillas. Pero supongo que es culpa de tu pérdida de memoria. No te ha sido posible recordar que una sirviente que enfade a una Madre recibe una paliza, ¿verdad? —preguntó sarcástica.

—¿Paliza? —repetí, intranquila.

—Sí, paliza —afirmó—. ¿Pero verdad que no te importa lo que sea de ellas? No sé lo que te pasó mientras estuviste fuera, pero fuese lo que fuese, ha producido unos resultados odiosos. Jamás te tuve cariño Orchis, aunque las demás me creyeran equivocada.

Bueno, ahora se habrán convencido.

Ninguna de las otras hizo el menor comentario. Era fuerte la sensación de que todas compartían la misma opinión, pero por fortuna la puerta se abrió y de esa manera me ahorré percibir en palabras tal sentimiento en mi contra.

Volvió a entrar la asistenta decana con media docena de pequeñas sirvientas, pero esta vez el grupo quedaba dominado por una guapa mujer de unos treinta años. Su apariencia me produjo un inmenso alivio. No era pequeña, ni amazoniana, ni grandota. Las que le acompañaban la hacían parecer alta con exceso, quizás, pero juzgué que tendría un metro sesenta; una joven normal, de rasgos agradables, pelo castaño, corto y una falda plisada negra, que aparecía por debajo de la bata blanca. La asistenta jefe casi trotaba para mantener el paso de ella y decía algo acerca de alucinaciones y de haber vuelto hoy mismo del Centro, doctora.

La mujer se detuvo junto a mi cama mientras las pequeñitas se agrupaban, mirándome con cierto recelo. Me puso un termómetro en la boca y me cogió la muñeca. Satisfecha de ambas cosas, preguntó:

—¿Dolor de cabeza? ¿Otros dolores o molestias?

—No —le contesté.

Me miró con atención.

—¿Qué...? —comenzó.

—Está loca —intervino Hazel desde el otro lado de la habitación —. Dice que perdió la memoria y que no nos conoce.

—Ha estado hablando de cosas horribles y asquerosas —añadió una de las otras.

—Tiene alucinaciones. Se cree capaz de leer y escribir —añadió Hazel.

La doctora sonrió.

—¿De veras? —me preguntó.

—¿Y por qué no...? ¡Pero si es fácil de demostrar! —respondí bruscamente.

Pareció asombrarse y quedarse un poco asombrada; luego recuperó su sonrisita petulante.

—Está bien —dijo siguiéndome la corriente.

Sacó del bolsillo una pequeña libretita de notas y me la ofreció junto con un lápiz. El lápiz quedaba algo raro en mi mano; los

dedos no ocupaban su lugar con facilidad, sin embargo escribí:

«Conozco demasiado bien que padezco de alucinaciones... y que vosotras sois parte de ellas».

Hazel castañeteó los dientes cuando devolví la libretita.

La doctora no se quedó boquiabierta, pero sí se borró de su rostro la sonrisa. Me miró con dureza. El resto de la habitación, viendo la cara que ponía, guardó silencio, como si yo hubiese realizado alguna proeza mágica. La doctora se volvió a Hazel.

—¿Qué clase de cosas os ha estado diciendo —preguntó.

Hazel dudaba; luego logró balbucear:

—Horribles. Nos ha hablado de dos sexos humanos. Como si fuésemos animales. ¡Resultó asqueroso!

La doctora pensó un momento; luego dijo a la asistente jefe:

—Será mejor que la llevemos a la enfermería. Allí la examinaré.

Mientras se marchaba hubo una estampida de las mujercitas para coger una camilla sobre ruedas del rincón y colocarla al lado de mi cama. Doce manos me ayudaron a subir y luego se me llevaron de allá con viveza.

* * *

—Vamos —dijo ceñuda la doctora—, empecemos. ¿Quién te habló de toda esa monserga de dos sexos humanos? Quiero que me digas su nombre.

Nos hallábamos solas en una habitación pequeña decorada con un papel color rosa con pintitas doradas. Las sirvientas, después de trasladarme de la camilla a una cama se habían ido. La doctora estaba sentada con tina libreta en su rodilla y un lápiz en la mano. Su modales eran ios de un inquisidor.

No me sentía yo propicia a demostrar tacto. Le dije que no fuese estúpida.

Se quedó abrumada, enrojeció de cólera durante un momento y luego se reprimió. Siguió adelante:

—Después de abandonar la Clínica, tuviste tus vacaciones, claro. ¿Dónde te enviaron?

—No lo sé —respondí—. Lo único que puedo decirte es que fui con todas las otras..., que estas alucinaciones, o lo que sean, comenzaron en aquel Hospital que llamáis el Centro.

Con resuelta paciencia dijo ella:

—Mira, Orchis. Eras perfectamente normal cuando te fuiste de aquí hace seis semanas. Te llevaron a la Clínica y tuviste tus hijas de la manera corriente.

Pero entre entonces y ahora alguien ha estado llenándote la cabeza de todas esas porquerías... y enseñándote a leer y escribir también. Pero ahora vas a decirme quién fue ese alguien. Te advierto que no me engañarás con la pretendida pérdida de memoria ni tonterías de esa clase. Si eres capaz de recordar esas cosas nauseabundas que contaste a las otras, entonces también serás capaz de recordar de dónde las obtuviste.

—Oh, por todos los cielos, habla cosas sensatas —contesté.

Volvió a ruborizarse.

—Puedo investigar en la Clínica donde te enviaron y también en la Casa del Descanso donde estuviste, pero no quiero perder el tiempo, así que te pido me ahorres molestias y me lo digas. Que me lo digáis por tu propia voluntad. No queremos hacerte hablar —terminó con tono de amenaza.

Sacudí la cabeza.

—Sigues un camino equivocado. En cuanto a mí concierne, toda esta alucinación, incluyendo mi relación con la tal Orchis, comenzó no sé cómo en el Centro... Te aseguro que no puedo decirte cuál fue su origen, y qué pasó a la personalidad cuyo cuerpo ocupó yo ahora antes de que ocurriese este fenómeno, porque no lo recuerdo.

Frunció el ceño, conturbada.

—¿Qué alucinación? —preguntó con cuidado.

—Oh, pero estos fantásticos decorados, y tú —agité el brazo en un gesto que lo abarcase todo—. Este repugnante cuerpo gigantesco, las mujercitas, lo demás. Con toda evidencia resulta una especie de protección del subconsciente... y el estado del subconsciente me preocupa, porque ciertamente no demuestra estar compuesto de anhelos cumplidos.

Siguió mirándome, más preocupada ahora.

—¿Quién diablos te ha estado hablando del subconsciente y de deseos frustrados? —preguntó, insegura.

—No veo por qué, incluso dentro de una alucinación, esperes de mí que sea una analfabeta —respondí.

Pero una Madre no debe ser ninguna de esas cosas. No lo

necesita.

—Escucha —dije—. Te he dicho, como dije a esas niñas pobrecillas grotescas del otro cuarto, que no soy una Madre, lo que soy es una infortunada licenciada en medicina que está padeciendo alguna especie de pesadilla.

—¿Licenciada en medicina? —preguntó con vaguedad.

—Licenciada en medicina. Practico la medicina —respondí.

Seguí mirándola con curiosidad. Sus ojos recorrieron mi forma montañosa, inseguros.

—¿Pretendes ser una doctora? —dijo con voz rara.

—Hablando en plata... sí —asentí.

Hubo indignación mezclada con azoramiento mientras protestó:

—¡Pero eso es una cabal tontería! ¡A ti te han creado para ser Madre! ¡«Eres» una Madre! ¡No tienes más que mirarte!

—Sí —dije con amargura—. ¡No tengo más que mirarme!

Hubo una pausa.

—Me parece —sugerí por fin— que, alucinación, o no, no adelantaremos mucho acusándonos mutuamente de decir tonterías. Supongo que me explicarás lo que es este lugar, y quién crees que soy. Puede que mi memoria se reanime.

Me contestó con lo siguiente:

—Supongo que es preferible que tú me digas lo que «puedes» recordar. Me dará una idea más cabal de lo que te está turbando.

—Muy bien —asentí, y me lancé a relatar la historia de mí misma en cuanto me era posible recordar... hasta el momento, es decir, desde que el avión de Donald se estrelló.

* * *

Fue una locura por mi parte caer en aquella trampa. Claro, ella no tenía intención de decirme nada. Cuando hubo escuchado cuanto le dije, se fue, dejándome furiosa en cuanto a mi impotencia.

Esperé hasta que el lugar estuvo en silencio. Habían apagado la música. Una sirvienta entró para mirar, con aire de estar terminando su jornada laboral, si es que necesitaba algo, y al poco ya no se oyó nada. Dejé un margen de media hora y luego forcejeé por levantarme... haciéndolo por etapas, fáciles en esta ocasión. La mayor parte del esfuerzo se consumió en colocar mis pies en

posición sentada, pero logré hacerlo aunque terminé jadeando. Después crucé hasta la puerta y vi que no estaba cerrada. La mantuve un poco abierta, escuchando. En el corredor no había el menor ruido de movimiento, así que terminé de abrirla y me puse a descubrir lo que pude acerca del lugar. Todas las puertas de las habitaciones estaban cerradas. Aplicando el oído a sus hojas pude percibir las respiraciones irregulares y pesadas detrás de algunos cuartos, pero ningún otro sonido más. Seguí adelante doblando varias esquinas, hasta que reconocí ante mí la puerta principal. Probé la aldaba y hallé que no estaba pasada la llave. Me detuve de nuevo, escuchando unos instantes. Después abrí y salí.

Andaba con muchísima dificultad.

El parque como el jardín se extendía hacia mí, con duras sombras bajo la luz de la luna. A través de los árboles, a la derecha, relucía el agua; a la izquierda había una casa similar a la que quedaba a mis espaldas, sin ninguna luz en sus ventanas.

Me pregunté qué es lo que había. Encerrada dentro de aquel corpachón enorme, desvaída, me era posible hacer muy poco, pero decidí seguir adelante y por lo menos descubrir lo que pudiese mientras tuviera oportunidad. Llegué hasta el borde de los escalones que había subido con la camilla desde la ambulancia.

—Madre —dijo una voz incisiva y aguda detrás de mí—. ¿Qué haces?

Me volví y vi a una mujercita con su bata blanca reluciendo bajo la luna. Estaba sola. No respondí, pero me acerqué. Pude haber llorado de rabia por la pesadez de aquel cuerpo que era además de feo un insufrible estorbo; sin embargo, la precaución se adueñó de mí.

—Vuelve. Vuelve en seguida —me ordenó.

No hice caso. Vino jadeando en mi persecución y se agarró a mis ropas.

—Madre —repitió—. Tienes que volver. Cogerás un resfriado.

Comencé a dar otro paso, y ella tiró de la tela para contenerme. Me incliné hacia adelante para resistir el tirón. Hubo un desgarrón agudo cuando la tela cedió. Me balanceé y perdí el equilibrio. Lo último que vi fue el resto del tramo de escalones.

Cuando abrí los ojos, una voz dijo:

—Así es mejor, pero fuiste muy mala, Madre Orchis, y por fortuna no ha habido nada grave. Hiciste una tontería. Me avergüenzo de ti... de veras que me avergüenzo.

Me dolía la cabeza y me sentí exasperada al darme cuenta de todo aquel asunto estúpido que seguía a mi alrededor. Además, no estaba de humor para aguantar reproches. La envié al infierno. Su carita me miró risueña durante un momento y luego se quedó helada, petrificada. Aplicó un esparadrapo al costado izquierdo de mi frente, en silencio, y luego se marchó muy tiesa.

De mala gana tuve que admitir para mí que tenía toda la razón del mundo. ¿Qué diablos había esperado hacer... «qué diablos podía» hacer, arrastrando aquella horrible masa de carne? Sentí un inmenso odio hacia el cuerpo en que vivía encerrada y un sentimiento de frustración desvalida que me llevó hasta el borde mismo de las lágrimas. Ansiaba volver a ser dueña de mi cuerpo esbelto y bonito que me complacía en cuanto le ordenaba. Recordé cómo Donalddestacó una vez su parecido con un árbol joven, oscilando a influjos del viento. Y sólo un día o dos antes...

Entonces, de pronto, efectué el descubrimiento que me hizo sentarme de golpe. La parte en blanco de mi mente acababa de llenarse. Podía recordarlo todo... El esfuerzo hizo que me doliese la cabeza, así que me relajé y me acosté una vez más, recordándolo todo, hasta el punto donde retiraron la aguja y alguien me enjugó el brazo...

¿Pero qué pasó después de aquello? Sueños y alucinaciones es lo que esperaba... pero no aquel sentido de la realidad tan vívidamente enfocado... no, este estado entre la pesadilla tomaba solidez...

¿Qué, en nombre del cielo, me habían hecho?...

Debía haberme dormido otra vez porque cuando abrí los ojos era de día y un grupo de mujercitas acababa de llegar para ocuparse de mi aseo personal.

Extendieron las sábanas con destreza y me hicieron girar de un lado a otro con una técnica experta mientras me limpiaban. Sufrí su trabajo con paciencia, sintiéndome más fresca y alegrándome al descubrir que casi me había desaparecido el dolor de cabeza.

Cuando estuvieron al término de sus abluciones se oyó una

llamada perentoria en la puerta y, sin permiso alguno, dos figuras con uniforme negro y botones plateados entraron. Eran de tipo amazónico, altas, anchas, bien proporcionadas y guapas. Las mujercitas dejaron todo y huyeron con gritos de desaliento refugiándose en un lugar lejano de la habitación.

Las dos recién llegadas me obsequiaron con el saludo familiar. Con una mezcla de decisión y deferencia una de ellas preguntó:

—¿Eres Orchis... la Madre Orchis?

—Así me llaman —admití.

La chica dudaba, pero luego, en un tono más suplicante que conminativo, dijo:

—Tengo órdenes de detenerte, Madre; por favor, ven con nosotras.

Un murmullo excitado y crédulo se inició entre las mujercitas del rincón. La chica uniformada se paró con una simple mirada:

—Id a la Madre, y prepararla —ordenó.

Las mujercitas salieron de su rincón dubitativas, dirigiendo sonrisas nerviosas y propiciatorias hacia la pareja. La segunda de ellas les habló con tono brusco y nada amable.

—Vamos ya. Al trabajo.

Se afanaron en la tarea.

Estaba casi embutida en mis ropas rojas cuando entró la doctora. Frunció el ceño cuando vio a las dos de uniforme.

—¿Qué es esto? ¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó.

La jefa se lo explicó.

—¡Arresto! —exclamó la doctora—. ¡Arrestar a la Madre! Jamás oí tontería igual. ¿De qué se la acusa?

La chica de uniforme contestó con tono sumiso:

—Se la acusa de Reaccionismo.

La doctora simplemente se la quedó mirando con fijeza.

—¡Una Madre Reaccionista! ¿Qué pensará después vuestra gente? Vamos, marchaos, las dos.

La joven protestó:

—Tenemos órdenes, doctora.

La doctora replicó:

—Tonterías. No tenéis autoridad. ¿Habéis oído alguna vez, que alguna Madre haya sido arrestada?

—No, doctora.

—Bueno, pues ahora no consentiré que hagáis un precedente. Marchaos.

La chica uniformada dudaba, sintiéndose infeliz; luego se le ocurrió una idea.

—Si tú quieres firmarme un documento en el que te niegas a entregar a la Madre... —sugirió esperanzada.

Cuando las dos se hubieron marchado, satisfechas con su pedazo de papel, la doctora miró con tristeza a las mujercitas.

—No podéis evitar el temblor, vosotras, sirvientas, ¿verdad? Y, sin embargo, repetís todo cuanto oís de manera que las noticias y los chismes se propaguen como el fuego en un maizal seco. Bueno, si luego me entero de que os habéis ido de la lengua, sabréis quién soy yo. —Se volvió hacia mí—. Y tú, Madre Orchis, en lo futuro límitate a decir sí y no mientras esas diablas estén a la escucha. Dentro de poco nos volveremos a ver. Quiero hacerte unas cuantas preguntas —añadió, y se fue, dejando tras de sí un misterioso silencio.

De una fila de...

Volvió cuando me quitaban la bandeja del desayuno, descomunal. Las cuatro mujeres que la acompañaban, tan normales como ella, iban seguidas de un cierto número de mujercitas cargadas con las sillas que arreglaron junto a mi cama. Cuando las sirvientas se hubieron marchado, las cinco mujeres, todas con batas blancas me miraron como si fuese un objeto de exhibición. Una parecía tener la misma edad que la primera doctora, dos eran cincuentonas y otra debería tener unos sesenta años o más.

—Ahora, Madre Orchis —dijo la doctora, con aire de iniciar la encuesta—, resulta claro que ha ocurrido algo en extremo extraordinario. Naturalmente, tenemos interés en saber lo que es y si es posible el porqué. Es necesario que no te preocupes por las hasta aquí. Se trata de una simple encuesta... Una policías de esta mañana... Fue impropio de ellas venir encuesta científica... Para establecer lo que ha sucedido.

—Me parece que no comprenderéis más de lo que yo comprendo —respondí. Las miré, miré también la habitación y por último a la masa de mi cuerpo—. Me di cuenta de que esto es o tiene que ser una alucinación, pero lo que más me preocupa es que supuse siempre que cualquier alucinación debería encontrarse en

deficiencia por lo menos en una dimensión..., debe faltarle realidad en alguno de los sentidos, pero aquí no ocurre así. Poseo mis sentidos y puedo utilizarlos. Nada queda insustancial; me veo encerrada en la carne muy palpable, demasiado sólida. La única deficiencia sorprendente por lo que pude percibir, es la razón... incluso la razón simbólica.

Las cuatro mujeres me miraron asombradas. La doctora les dirigió una mirada de autosuficiencia y luego clavó los ojos en mí de nuevo.

—Comenzaremos con unas cuantas preguntas —dijo.

—Antes de que empecéis —intervine—, tengo que añadir algo a lo que te dije anoche. Acabo de recordarlo.

—Quizás el golpe cuando caíste —sugirió, mirando el esparadrapo—. ¿Qué tratabas de hacer?

Ignoré esa pregunta.

—Creo que será mejor que te cuente la parte que falta... quizás ayude... un poquito, por lo menos.

—Muy bien —asintió—. Me dijiste... te habías... ejem... casado, y que tu... tu marido minió poco después —miró de reojo a las demás; su falta de expresión parecía estudiada—. Era la parte que seguía a aquello, la que no pudiste contarme —añadió.

—Sí —dije—. Donald era piloto de pruebas —las expliqué—. Ocurrió seis meses después de nuestro matrimonio... sólo un mes antes de que expirase su contrato.

»Después mi tía se me llevó a pasar con ella unas semanas. Supongo que jamás lograré recordar muy bien esa parte... yo... no me fijaba mucho en las cosas...

»Pero entonces recuerdo haber despertado una mañana y empecé a ver de una manera distinta y decirme a mí misma que no podía seguir de aquel modo. Supe que tenía que trabajar, ocuparme en algo que me mantuviese activa y distraída.

»El doctor Hellyer, que está al frente del Uraychester Hospital en donde yo trabajé antes de casarme, me dijo que se alegraría teniéndome con él otra vez. Así que volví y trabajé con ahínco, para no tener mucho tiempo para pensar. Eso sería hace unos ocho meses antes de ahora.

»Luego, un día, el doctor Hellyer me habló de una droga que un amigo suyo acababa de sintetizar. No creo que pidiese en realidad

voluntarios, pero me ofrecí para probarla. Según lo que dijo, parecía como si la droga pudiese tener propiedades de mucha importancia. Se me presentaba la ocasión de hacer algo útil. Tarde o temprano alguien lo probaría, y como yo no tenía nada que me ligase, y no me importaba mucho lo que me pudiese ocurrir, pensé que era la más indicada para hacer la prueba.

La doctora que llevaba la voz cantante me interrumpió para preguntarme:

—¿Cómo se llamaba esa droga?

—Se llamaba chinjuatín —contesté—. ¿La conocéis?

Sacudió la cabeza. Una de las otras intervino:

—He oído el nombre. ¿De qué se trata?

—Un narcótico —expliqué—. En su forma original se halla en las hojas de un árbol que crece principalmente al sur de Venezuela. Una tribu de indios nativos la descubrió, como otras tribus descubrieron la quinina y drogas similares. En cierto modo la utilizaron para sus orgías. Unos cuantos se sentaban y masticaban las hojas... tenían que masticar unas seis hojas... y poco a poco entraban en una especie de estado de trance, como zombies. Les duraba este estado tres o cuatro días, durante el cual estaban como desvalidos e incapaces de hacer por sí mismos la cosa más minúscula, por lo que los demás miembros de la tribu tenían que cuidarles como si fuesen niños y vigilarlos.

»Era necesario guardarlos porque los indígenas creían que la droga chinjuatín libera el espíritu del cuerpo, dejándole en posición de emigrar a cualquier lugar dentro del espacio y el tiempo, y la tarea más importante de todo guardián era la de que ningún otro espíritu errante se metiese en el cuerpo mientras el verdadero propietario estaba fuera. Cuando se recuperaban, los individuos pretendían haber experimentado maravillosas experiencias místicas. No parecía haber efectos físicos y nocivos de ninguna clase y tampoco con frecuencias posteriores. Las experiencias místicas, sin embargo, se decía que eran intensas, y claramente recordables.

»El amigo del doctor Hallyer probó su chinjuatín sintético en cierto número de animales de laboratorio y descubrió las dosis y tolerancias y esa clase de cosas, pero lo que no podía decir, claro, era qué validez, si tenía alguna, podían ofrecer las experiencias místicas en la persona. Presumiblemente eran producto de la

influencia de la droga en el sistema nervioso... pero si ese producto producía sensación de placer, éxtasis, aprensión, miedo, horror o cualquier otra cosa, era imposible decirlo un cochinito de indias. Así que me ofrecí voluntaria.

Me detuve. Miré los rostros serios y turbados y a la masa de satén rosa que tenía delante.

(La masa de satén rosa era mi cuerpo).

—De hecho —añadí—, parece haber producido una sensación de absurdo, incomprensible y grotesco.

Eran mujeres muy serias, rígidas. Desaprobarían cualquier anomalía... si es que podían hacerlo.

—Comprendo —dijo la que hablaba en nombre de todas con un aire comprensivo, aunque evidentemente no lo decía con sinceridad. Miró un papel en el que había tomado una nota de vez en cuando.

—¿Puede darnos la fecha en que ese experimento tuvo lugar?

Pude y lo hice, y después de eso las preguntas sucedieron una tras otra...

La parte menos satisfactoria desde mi punto de vista, fue que incluso a través de mis respuestas, advertí una mayor inseguridad en ellas, aunque pudiera satisfacerlas recibir mis contestaciones; sin embargo, cada vez que yo formulaba una pregunta, o era esquivada de una manera hábil o respondida de un modo frío, como si se tratase de una digresión sin importancia.

Siguieron adelante y sólo se interrumpieron cuando llegó mi siguiente comida. Se fueron, dejándome en paz y agradecida... pero un poco más enterada que antes. Casi esperaba que volvieran, pero al no hacerlo dormí una siesta, de la que salí cuando las mujercitas del grupo hicieron una incursión. Traían consigo una camilla con ruedas, y al poco tiempo me llevaban fuera del edificio... pero no por el camino seguido al llegar. Esta vez bajamos por una rampa en la que otra ambulancia color rosa o la misma estaba esperando. Una vez a bordo, tres de las mujercitas subieron también, para hacerme compañía. Charlaban sin cesar y seguían hablando inconsecuentes de las cosas más incomprensibles la hora y media que duró el viaje.

El paisaje difería muy poco del que ya había visto.

Una vez fuera de las verjas exteriores, se veían los mismos aseados campos y granjas gemelas unas a otras. Las zonas

ocasionales construidas y edificadas no eran muy extensas, y consistían en bloques de edificios del mismo tipo, cercanos unos a otros, y recorrimos las mismas carreteras, no en muy buen estado por cierto. Veíamos grupos de tipos amazónicos, y, con menos frecuencia, individuos trabajando en los campos; el escaso tráfico estaba compuesto por escasos camiones, grandes o pequeños, y en ocasiones autobuses, pero sin ningún coche particular. Mi ilusión, según reflexioné, era notablemente consistente en tales detalles. Ni un solo grupo de amazonas, por ejemplo, dejó de levantar sus manos derechas en un saludo amistoso y lleno de respeto hacia la ambulancia rosada.

En cierta ocasión cruzamos un barranco. Al mirar abajo desde el puente, pensé al principio que cruzábamos el lecho seco de un canal, pero después advertí un poste con una sola inclinación naciendo entre hierbas y matorrales: la mayor parte de sus aditamentos habían caído, pero quedaron los bastantes para identificarlos como un semáforo del ferrocarril.

Cruzamos una concentración de bloques idénticos en su tamaño, que aunque no en otro aspecto, debía ser una ciudad o pueblo y luego, cinco o seis pueblos más adelante, cruzamos una verja labrada entrando en una especie de parque.

En cierto modo no era diferente de la hacienda que habíamos dejado, porque todo se veía cuidado con meticulosidad; el césped parecía terciopelo y los macizos florales vividos con capullos primaverales, que se difería en esencia en que los edificios no constituían bloques. Eran casas, pequeñas en su mayor parte y diverso estilo, a menudo no mayores que chaletitos de campo. El lugar tenía un efecto subyugador, de atracción especialmente para mis pequeñas compañeras; por primera vez dejaron de charlar y miraron en tomo con evidente sorpresa.

La conductora se detuvo una vez para preguntar el camino a una corpulenta amazona que daba grandes zancadas con una carga de leña en el hombro. Dio las gracias con una sonrisa agradable y respetuosa a través de la ventanilla y al poco paramos delante de un sencilla casa de dos pisos, de estilo colonial.

En esta ocasión no hubo camilla con ruedas. Las mujercitas, ayudadas por la conductora, se apresuraron a ayudarme a bajar, y luego casi me sostuvieron hasta llegar dentro de la casa, en una

especie de compacta formación.

Dentro maniobré con alguna dificultad a través de la puerta de la izquierda y me encontré en una hermosa estancia, elegantemente decorada y con muebles de estilo de época acordes al aspecto de la casa. Una mujer de pelo blanco con un vestido de seda púrpura estaba sentada en un sillón junto a una chimenea encendida. Tanto su cara como sus manos indicaban su considerable edad. Me miró con ojos agudos y vivarachos.

—Bienvenida, mi querida amiga —dijo, en una voz que no tenía rastro ninguno de temblores, cosa que yo no había previsto.

Miró una de las sillas. Luego me volvió a mirar y lo pensó mejor.

—Me parece que estarás más cómoda en el diván —sugirió.

Miré el diván... un mueble genuino de estilo georgiano, pensé... Lo miré con dudas.

—¿Lo soportará? —le pregunté.

—Oh, creo que sí —dijo, pero con tono poco seguro.

El séquito me depositó con cuidado y permaneció a mi lado con expresión ansiosa. Cuando quedó claro que pese a los crujidos probablemente resistiría, la anciana las despidió con un gesto e hizo sonar la campanilla de plata. Una figura diminuta, una perfecta doncella de servicio de unos noventa centímetros de altura, entró.

—El jerez tinto, por favor, Mildred —dijo la anciana—. ¿Tomarás jerez, querida?

—Sí... sí, gracias —contesté con debilidad. Tras una pequeña pausa, añadí—: Perdóneme, señora... ejem... señorita...

—Oh, debía haberme presentado. Me llamo Laura... no señorita, ni señor, sólo Laura. Tú, lo sé, eres Orchis... la Madre Orchis.

—Así me llaman —asentí con disgusto.

Nos examinamos mutuamente. Por primera vez desde que comencé a padecer de alucinación vi simpatía, incluso compasión, en los ojos de alguien. Volví a examinar la habitación, advirtiendo la perfección en los detalles.

—Esto es una... No estoy loca, ¿verdad? —pregunte.

Denegó con la cabeza despacio, pero antes de que pudiese responder la mujer miniatura regresó, llevando una botella de vidrio tallado y copas sobre una bandeja de plata. Mientras servía una copa para cada una de nosotras, vi cómo la mirada de la anciana iba de ella a mí una y otra vez, como si estuviese

comparándonos. Su cara era inexpresiva. Hice un esfuerzo.

—¿No debería ser Madeira? —sugerí.

Pareció sorprendida y luego sonrió y asintió.

—Creo que has cumplido el objeto de esta visita con sola una frase —dijo.

La doncella se fue y alzamos nuestras copas. La anciana bebió a sorbos de la suya y luego la colocó en una mesita junto al sillón.

—No importa —prosiguió—, será mejor que nos adentremos un poco más. ¿Te han dicho por qué te enviaron a verme, querida?

—No —sacudí la cabeza.

—Es porque soy una historiadora —me informó—. El acceso a la historia es un privilegio. No se concede a muchos de nosotros hoy en día... y aun así, a quien se les concede lo hace de mala gana. Por fortuna, existe todavía el sentimiento de que ninguna de las ramas del conocimiento deberían extinguirse... aunque algunas son perseguidas a costade cierta sospecha política —sonrió despreciativa y luego continuó—: Así que cuando se requiere una confirmación es necesario acudir al especialista. ¿Te dieron algún informe acerca del diagnóstico?

Volví a sacudir la cabeza.

—Me imaginé que no. Es muy propio de la profesión, ¿verdad? Bueno, te diré lo que me dijeron por teléfono desde la Casa de las Madres y así tendremos las dos una idea mejor de lo que se trata. Me informaron que te han entrevistado varias doctoras a quienes has dejado interesadas y turbadas (y sospecho que también penadas), muchísimo, a las pobrecitas. Ninguna de ellas tiene más que unos mínimos conocimientos de historia, compréndelo. Bueno, en resumen, dos son de la opinión de que estás sufriendo alucinaciones de naturaleza esquizofrénica; y tres se inclinan a pensar que eres un caso genuino de transferencia de personalidad. Se trata de una condición en extremo rara. No hay más que tres casos de confianza documentados, y uno sigue todavía en debate, me dijeron; pero los dos confirmados están asociados con la droga chinjuatín y el tercero con otro narcótico de propiedades similares.

»Ahora, la mayoría de las tres encontraron sus respuestas coherentes en su parte principal y advirtieron que presentaban un aspecto circunstancialmente auténtico. Es decir, que nada de lo que les dijiste contrastaba con lo que sabían. Puesto que saben tan poco

fuera de su profesión, hallaron una buena porción del resto tan difícil de creer como imposible de comprobar. Por tanto, yo con mis mejores medios de comprobación, tengo que darles mi propia opinión.

Se detuvo mirándome pensativa.

—Prefiero pensar —añadió— que va a ser uno de los casos más curiosos e interesantes que me hayan ocurrido en mi larga vida... Tienes la copa vacía, querida.

—Transferencia de personalidad —repetí maravillada, mientras le tendía mi copa—. Vamos, si eso fuese posible...

—Oh, no hay duda acerca de la «posibilidad». Esos tres casos que mencioné están debidamente autenticados.

—Quizás... puede que sea eso —reconocí—. Por lo menos, en ciertos aspectos puede ser... pero no en otros. Hay una cualidad de pesadilla, «una» cosa que parece perfectamente natural; pero mirándome a mí, a ti misma... y a su doncellita... Ciertamente, hay un elemento de alucinación. Yo «parezco» estar aquí de esta manera y hablando contigo... pero no puede ser realmente, ¿así que dónde estoy?

—Puedo comprender mejor que la mayoría de las personas, lo real que esto puede parecerte. De hecho he pasado muchísimo de mi tiempo con mis libros hasta el extremo de que algunas veces todo me parece irreal... como si no perteneciese a alguna parte. Ahora, dime, querida, ¿cuándo naciste?

Se lo dije. Meditó un momento.

—Vaya —exclamó—. Jorge VI..., ¿pero no recuerdas la segunda gran guerra?

—No —negué.

—Pero... ¿recuerdas la coronación del siguiente monarca? ¿Cómo se llamaba?

—Isabel... Isabel II. Mi madre me llevó a ver la comitiva —contesté.

—¿Te acuerdas de algo?

—En realidad, no de mucho... excepto que llovió todo el día —asentí.

Seguimos así durante un ratito, luego sonrió, tranquilizadora.

—Bueno, me parece que no necesitamos más para establecer nuestro punto. He oído cosas acerca de la coronación... de segunda

mano. Debió ser una cosa maravillosa para la abadía —murmuró un momento y suspiró—. Has sido muy paciente conmigo, querida. Me parece que ya está bien que te llegue a ti el turno... pero me temo que debes prepararte para recibir tantas sorpresas.

—Me parece que ya estoy vacunada desde mis últimas seis horas... que en realidad me han parecido treinta y seis —contesté.

—Lo dudo —dijo, mirándome muy seria.

—Dígame —le pregunté—. Por favor, explíquemelo todo... si puede.

—Tu copa, querida. Entonces, después de que hayas bebido, me adentraré en el asunto. ¿Qué es lo que más te sorprende de todo lo que te ha acontecido hasta ahora?

Pensé.

—Hay tantas cosas...

—¿Quizá no haber visto ningún solo hombre? —sugirió.

Recapacité. Recordé el tono maravillado de las otras Madres al preguntarme qué era un hombre.

Sacudió la cabeza mirándome tranquila.

—No hay ninguno, querida, ya no hay ninguno. Ninguno en absoluto.

Simplemente me quedé mirándola. Su expresión era muy seria y de simpatía. No había rastro de burla ni de decepción, mientras yo sopesaba la idea. Por último logré decir:

—¡Pero... pero eso es imposible! Puede haber alguno en cualquier lugar... tú me puedes... me refiero, ¿cómo?... quiero decir... —Mis palabras se perdieron en una plena confusión.

Sacudió la cabeza.

—Sé que puede parecerte imposible, Jane... ¿me permites que te llame Jane?, pero así es. Yo ya soy una anciana, cerca de los ochenta, y en toda mi larga vida jamás vi a un hombre... excepto en los viejos cuadros y en las fotografías. Bébetelo el madeira, querida. Te hará bien —hizo una pausa—. Me temo que esto te trastorne.

Obedecí, demasiado asombrada para hacer algún comentario de momento, protestando interiormente, aunque no del todo incrédula, porque con certeza no había visto ni un solo hombre, ni signo de ellos. La anciana siguió con calma, dándome tiempo para ordenar mis ideas.

—Comprendo algo de cómo debes sentir. Yo no aprendí sólo la

historia en unos libros, ¿comprendes? Cuando era niña, a los diecisiete o dieciocho años, solía escuchar a mi abuela. Era ya una vieja como lo soy yo ahora, pero tenía una memoria muy buena. Casi me era posible ver los lugares de que me hablaba... pero eran parte de un mundo tan diferente, que era difícil para mí comprender cómo sentía. Cuando hablaba del joven con el que estuvo prometida, las lágrimas le corrían por las mejillas, incluso entonces... no sólo por él, claro... sino por el mundo entero que conoció de joven. Yo le tenía lástima, aunque no podía comprender en absoluto sus sentimientos... ¿Cómo iba a poder? Pero ahora que soy vieja también y he leído tanto, estoy algo más cerca de comprender esa clase de sensaciones —me miró con curiosidad—. Y tú, querida, quizás también estuviste prometida en matrimonio...

—Me casé... fui casada durante un breve espacio de tiempo —dije.

Me contempló durante unos segundos, como meditando.

—Debe ser una experiencia muy extraña verse poseída —observó detenidamente.

—¿Poseída? —exclamé asombrada.

—Gobernada por un marido —se explicó con simpatía.

La miré con fijeza.

—Pero... no era así en absoluto —protesté—. Era... —Pero allí me interrumpí, las lágrimas fluían a mis ojos. Para poderlas reprimir mejor pregunté:

—¿Pero qué ocurrió? ¿Qué diablos ocurrió a los hombres?

—Todos murieron —me contestó—. Cayeron enfermos. Nadie pudo hacer nada por ellos, así que murieron. En poco más de un año habían desaparecido... casi todos.

—Pero, seguramente... seguramente el mundo se derrumbaría...

—Oh, sí. En su gran mayoría eso pasó. Fue malísimo, hubo una cantidad enorme de muertes a causa del hambre. Las partes industriales sufrieron más, claro. En los países más retrasados y en las zonas rurales, las mujeres fueron incapaces de labrar la tierra y sembrarla para mantenerse ellas y sus hijos, pero casi todas las grandes organizaciones se derrumbaron por completo. El transporte cesó prontísimo. Faltó el petróleo y no se extraía carbón de las minas. Fue un estado de cosas verdaderamente horroroso, porque aunque había muchísimas mujeres, y de hecho sobrepasaban en

número a los hombres, sólo habían sido importantes como consumidoras y gastadoras de dinero. Así que cuando vino la crisis, apenas unas cuantas sabían hacer las cosas importantes que habían sido predominio de los hombres, ya que siempre vivieron como mascotas, como muñecas mimadas, como parásitos.

Comencé a protestar, pero su débil mano me redujo al silencio.

—No fue culpa suya... no del todo —se explicó—. Se vieron atrapadas en un proceso y todo conspiró contra su escapatoria. Fue un proceso largo, que procedía del siglo XI, nacido precisamente en el sur de Francia. La concepción Romántica empezó allí como una moda elegante y divertida para las clases pudientes. Pero anualmente, al correr el tiempo, se filtró a través de la mayor parte de los niveles de la sociedad, pero no fue hasta la última década del siglo XIX que sus posibilidades comerciales fueron inteligentemente advertidas, y hasta el siglo XX en que éstas entraron en la más perfecta explotación.

»Al principio del siglo XX las mujeres empezaron a tener su posibilidad de hacerse útiles, creadoras, de labrarse vidas interesantes. Pero eso no convenía al comercio. Se deseaba a las mujeres más como consumidoras en masa que como productoras... excepto en las clases más rutinarias. Así que se adoptó el Romance y se desarrolló como un arma contra su progreso y para promover consumo, y de esta manera fue utilizado con intensidad.

»No debía dejarse ni por un momento que las mujeres se olvidasen de su sexo y compitieran como iguales al otro. Todo tenía que tener “un aspecto femenino”. Debería de ser distinto del ángulo masculino, y ser variado sin cesar. Habría sido impopular para los fabricantes de aquel tiempo promulgar el decreto de “volver a las cocinas”, pero había otros caminos. Una profesión que no se diferenciaba en nada de la anterior que tuvo la mujer, llamada “ama de casa”, se podía inventar. La cocina fue glorificada y hecha más lujosa; su aspecto la convirtió en cosa deseable y se pudo mostrarque el camino para lograr este deseo del corazón tenía una puerta magnífica, la del matrimonio. Así que las fábricas trabajaban a todo gas, produciendo millares de artículos cada semana. Las revistas que concentraban la atención de las mujeres sin cesar y la agitaban, promovieron una serie de historias en las que las mujeres, al seguir estas historias, comenzaban a venderse a algún hombre

para poder conseguir la pequeña unidad económica en su hogar, cuyo costo individual a ellas no les era posible pagar.

»Todos los comercios adoptaban la forma de atacar romántica, y el “encanto” se extendió cada vez más y más en los artículos producidos, los escritos, y la mayor parte de la publicidad. El Romance halló un lugar en todo lo que la mujer podía comprar, desde ropa interior hasta motocicletas, desde “salud” hasta alimentos sanos y cocinas para el hogar, desde desodorantes a viajes por el extranjero. Hasta que pronto se encontraron demasiado distraídas para aplicarse a otras cosas o estudios.

»El aire estaba lleno de ansias frustradas. Las mujeres se lamentaban delante de los micrófonos, añorando sólo “rendirse” y “entregarse” a la adoración y a ser adoradas. El cine, más que nada, sostenía la propaganda, convenciendo a la parte más numerosa e importante de su público, que era el de las mujeres, de que nada en la vida valía la pena excepto la loca pasividad en brazos del Romance.

»La presión duró hasta tal grado que la mayoría de las mujeres se pasaban todas sus horas libres soñando con el Romance y en los medios de conseguirlo. Elaboraron un cierto concepto de la honestidad, creyendo que con ser poseídas por un hombre e instaladas en una cajita de ladrillos, llamada casa, y comprándoles todas las cosas que los fabricantes podían venderles, alcanzarían la mayor felicidad que esta vida puede ofrecer.

—Pero... —Comencé a protestar de nuevo. La anciana estaba ahora lanzada, sin embargo, y siguió adelante sin hacerme caso.

—Todo esto, claro, no podía ayudar a descomponer la sociedad, pero la media de divorcios siguió subiendo. La vida real simplemente no podía acercarse para prever el grado de encantos románticos que estaba siendo representado, como la adecuada herencia de cada muchacha. Había probablemente en la redacción más desencanto, desilusión e insatisfacción entre las mujeres que jamás hubo con anterioridad. No obstante, con este ideal ornamentado y ridículo, creado por la propaganda, ¿qué podía hacer una idealista consciente excepto dar pasos para romper el débil matrimonio que la ligaba y buscar en otro lugar el ideal que era suyo, según comprendía por dentro?

»Fue un estado perverso de asuntos traídos por la insatisfacción

deliberadamente provocada; una especie de raza de ratas, pues en cierto modo estaba fuera del alcance, apartado de la obtención, ese ideal romántico encantador que era el cebo. Quizás excepcionalmente unas cuantas lo lograron, pero en total poquísimas, siendo así una vergüenza cruel, atormentadora, con la que se gastaban en vano a sí mismas, y claro, también su dinero.

Esta vez logré introducir mi protesta.

—Pero no era así. Algo de lo que tú dices puede ser verdad... pero todo es la parte superficial. Yo no sentí en ningún momento las cosas tal y como las explicas. Las viví. Lo *conozco*.

Sacudió la cabeza reprobadora.

—Una cosa es estar demasiado cerca del panorama para poderlo evaluar adecuadamente. Desde lejos somos capaces de ver las cosas con mayor claridad. Podemos percibir el asunto tal como era... una explotación grande e implacable de la mayoría de voluntad más débil. Algunas mujeres con educación y resueltas fueron capaces de soportarlo, claro, pero pagando un precio carísimo. Debe haber siempre un precio penoso a pagar por resistir la opinión de la mayoría... aun cuando no pudiesen siempre escapar del sentimiento de que estaban equivocadas, y de que los provocadores se estaban aprovechando de este estado de cosas.

»Mira, la gran esperanza de emancipación de la mujer que comenzó con el siglo, había sido desbordada. El poder de compras había pasado a manos de las personas poco cultas y altamente sugestionables. El deseo de Romance, es esencialmente un deseo egoísta, y cuando se ve animado para dominar todo lo demás, rompe con las lealtades a la corporación. La mujer individual separada así, y al mismo tiempo alojada dentro de la competición de las otras mujeres, quedaba casi indefensa; se convirtió en la presa de la sugestión organizada. Cuando se le representaba a ella que la falta de ciertas mercancías o diversiones sería fatal para el Romance se alarmaba y, de esta manera, se convertía en un ser eminentemente explotable. Sólo podía creer lo que se le decía, y pasaba gran cantidad de tiempo preocupándose acerca de si hacía las cosas adecuadas para animar el Romance. De esta manera se convirtió de un modo más nuevo y sutil, en el ser más explotado, más dependiente y menos creativo, de lo que lo había sido con anterioridad.

—Bueno —dije—, esto es el relato más curioso e irreconocible de mi mundo que jamás pude oír... Parece algo copiado, pero con las proporciones equivocadas. Y en cuanto al menos «creativo»... bueno, quizá las familias fuesen más pequeñas, pero las mujeres seguían teniendo hijos. La población aumentaba cada vez...

Los ojos de la anciana se fijaron en mí durante un momento.

—Eres indudablemente una criatura razonadora de tu tiempo —observó—. ¿Qué te hace pensar que hay algo creativo en lo de tener hijos? ¿Llamarías creadora a una maceta porque dentro de ella germinan las semillas? Se trata de una operación mecánica, y, como la mayor parte de las operaciones mecánicas, la realizan mejor y con más eficacia los menos inteligentes. Ahora, criar a un niño, educarlo, ayudarlo a convertirse en una persona, eso sí que es una tarea creadora. Pero por desgracia, en el tiempo de que hablamos, las mujeres tenían, en lo principal, un acondicionamiento triunfante en la tarea de convertir a sus hijas en consumidoras faltas de inteligencia, como ellas mismas lo eran.

—Pero —dije desesperada—. Conozco la época. Era mi tiempo. Todo queda distorsionado.

—La perspectiva de la historia debe ser más verdadera —me dijo de nuevo, sin impresionarse, y prosiguió—: Pero si lo que ocurrió *tenía* que suceder, entonces eligió por fortuna el tiempo más adecuado. Cien años antes, incluso cincuenta, hubiera probablemente significado la extinción. Cincuenta años más tarde pudo haberse producido con exceso de retraso... pudo haber amanecido en un mundo en el que *todas* las mujeres hubiesen quedado reducidas provechosamente a la domesticidad y al estado de consumidoras. Por fortuna, sin embargo, en mitad del siglo algunas mujeres todavía estaban penetrando en las profesiones, y la mayor parte de ellas desempeñaban la medicina en plan profesional... lo que quiere decir que eran numerosas en este arte y tenían pericia y experiencia en él, porque la medicina fue la profesión que inmediatamente se convirtió de vital importancia para supervivir.

»Yo no tengo conocimientos médicos, así que no puedo darte detalles de los pasos que dieron. Todo lo que puedo decirte es que una honda investigación intensiva se hizo en las líneas que probablemente te serán más evidentes a ti que lo son para mí.

»Unas especies, incluso nuestra especie, tienen una gran ansia de supervivencia y las doctoras vieron que esa voluntad tenía sus medios de expresión. A través de todo el hambre, y el caos y las demás privaciones, en cierto modo los niños continuaron naciendo. Tenían que nacer. La reconstrucción podía esperar: la prioridad la tenía la nueva generación, que ayudaría a reconstruir y luego heredaría lo reconstruido. Así fue, nacieron criaturas: las niñas vivieron, los niños murieron. Era acongojador, y una pérdida de tiempo también. Y así, poco a poco, las niñas empezaban... a nacer de nuevo. Los medios por los que podían conseguirse son más fáciles para que tú los comprendas que para mí misma.

»Esto es, me dijeron, no tan notable como pueda parecer a primera vista. La langosta, según parece, continúa produciendo langostas hembras sin macho, sin ninguna otra clase de ayuda; los afis son capaces de seguir reproduciéndose a solas y de manera individual, durante ocho generaciones, quizá más. Así que nosotros seríamos unas criaturas muy pobres, con todo nuestro conocimiento y facultades de investigación, pero inferiores a la langosta y al afis en este aspecto, de no haber alcanzado lo mismo que ellas, ¿verdad?

Se detuvo, mirándome de forma interrogativa, en espera de mi respuesta. Quizás esperaba sorprendida... y posiblemente impresionada... que mostrase incredulidad. Si es así, la desencanté: los progresos técnicos habían dejado de maravillarme desde que los físicos atómicos mostraron cómo caían las barreras ante un equipo de cerebros. Uno puede aceptar muchas cosas como posibles: y que sean deseables y valga la pena hacerlas, pero eso es diferente... y lo que me parecía impertinente fue la siguiente pregunta:

—¿Y qué es lo que habéis logrado vosotras?

—La supervivencia —me contestó con sencillez.

—Cuando se ha pasado por el amor, el arte, la poesía, la emoción y la alegría física y se sacrifica todo a una mera prolongación de la existencia, —¿qué queda sino una aridez infinita? Y entonces, ¿qué razón hay para ansiar la supervivencia?

—En cuanto a la razón, no lo sé... excepto que la supervivencia es deseo común en todas las especies. Yo estoy completamente segura de que la *razón* para ese deseo no fue más clara en el siglo xx de lo que lo es ahora. Pero, en cuanto al resto, ¿por qué presumes

que todo ha desaparecido? ¿Es que Safo no escribió poesía? Y tus presunciones que la posesión de un alma depende de la dualidad de sexos, me sorprende. ¿No es verdad que con frecuencia se ha oído decir que las parejas están continuamente discutiendo?

—Como historiadora que debe haber estudiado a los hombres, a las mujeres, y a los motivos, tal como tú has hecho, debiste haber captado mejor el significado de todo —le dije.

Sacudió la cabeza, con reproche.

—Eres el resultado del acondicionamiento producido por tu época, querida. Me dijeron, en todos los tonos, desde las obras de Freud hasta las revistas más exclusivas para mujeres, que lo importante era el sexo, la civilización, el amor romántico, que todo esto conseguía que el mundo siguiera dando vueltas... y creíste en estas afirmaciones. Pero el mundo sigue dando vueltas por otras razones también... da vueltas para los insectos, para los peces, para los pájaros y los animales... ¿Y supones que estas especies de seres vivos conocen mucho acerca del amor romántico, incluso en sus breves épocas de celo? Te engañaron, te taparon los ojos, querida. Entre ellos canalizaron tus intereses y ambiciones a lo largo de todos los rumbos que eran socialmente convenientes, económicamente beneficiosos y casi inofensivos.

Sacudí la cabeza.

—No lo creo. Oh, sí, sí, conoces algo de mi mundo... desde el exterior. Pero no lo entiendes, ni lo sientes.

—Es tu acondicionamiento, querida —me contestó, tranquila.

Su repetida creencia me irritó. Le pregunté:

—Supongamos que creo en lo que dices. Entonces, ¿qué es lo que hace que el mundo dé vueltas?

—Pues es sencillo, querida. Es la voluntad de alcanzar el poder. Tenemos eso cuando niñas; lo tenemos, es decir, poseemos esa voluntad, cuando ancianas aún. Ocurre tanto en los hombres como en las mujeres. Y es más fundamental y más deseable que el sexo; te digo que te guiaron mal... que te explotaron, te sublimaron siguiendo una conveniencia económica.

»Después del desastre, las mujeres cesaron, por primera vez en la historia, de ser una clase explotada. Sin machos gobernantes para confundirlas y despistarlas, empezaron a percibir que el verdadero poder reside en el principio de la hembra. El macho ha servido a un

breve y útil propósito; durante el resto de su vida es un parásito penoso y caro.

»Cuando se dieron cuenta del poder, las doctoras se apoderaron de él. En veinte años tenían perdido el control. Con ellas habían unas cuantas mujeres ingenieros, arquitectos, abogados, administradoras, maestras, etc., pero fueron las doctoras quienes guardaron las llaves de la vida y de la muerte. El futuro estaba en sus manos, cuando las cosas empezaron gradualmente a dividirse, ellas, junto con las de otras profesiones, se quedaron en la clase dominante y llegaron a ser conocidas como el Doctorado. Eso presumía autoridad; dictaba las leyes; obligaba a su cumplimiento.

»Hubo oposición, claro. Ni el recuerdo de los otros días, ni el efecto de veinte años sin ley, podía ser barrido de golpe, pero las doctoras tenían el látigo en las manos... cualquier mujer que quisiese tener un hijo tenía que recurrir a ellas, y vieron y procuraron que esa mujer fuese instalada satisfactoriamente dentro de una comunidad. Las bandas errantes fueron disminuyendo y alejándose, y gradualmente el orden quedó restaurado.

»Más tarde, se enfrentaron con una oposición mejor organizada. Hubo un partido que luchó diciendo que la enfermedad que había abatido a los hombres había desaparecido, y que podía restablecerse, y se debía, el equilibrio entre los sexos... Se las conoció como Reaccionistas y se convirtieron en un estorbo.

»La mayor parte del Consejo del Doctorado tenía aún claros recuerdos de un sistema que utilizó cada debilidad de las mujeres y que no fue más que una culminación más civilizada de su explotación a través de las épocas. Recordaban ahora cómo se les permitió de mala gana alcanzar la graduación en sus carreras. Estaban ya en el mando. No se sentían obligadas a rendir su poder y autoridad, y, sin duda, su libertad a una criatura de quien habían demostrado ser, biológicamente y en todos los caminos, independientes. Rehusaron unánimemente dar un paso que las conduciría a un suicidio corporativo, y las Reaccionistas fueron proscritas como una organización criminal subversiva.

La anciana continuaba, incansable.

»Eso, sin embargo, fue sólo un paliativo. Rápidamente se hizo evidente que atacaban un síntoma y descuidaban la causa. El Consejo fue arrastrado al comprender que tenía entre las manos una

sociedad sin equilibrio... una sociedad que era capaz de la continuidad, pero en su estructura podría decirse que resultaba algo más que el residuo de una forma desaparecida: No podría continuar en aquella forma truncada, y mientras lo intentase aumentaría la desafección. Por tanto, si el poder tenía que convertirse en cosa estable, debía hallarse una nueva forma conveniente a las circunstancias.

»Al decidir la forma que tomaría, las tendencias naturales de las mujeres poco educadas o sin educación alguna, fueron consideradas con cuidado —tales cualidades como sus sentimientos por los principios enérgicos y su disposición a respetar las distinciones artificiales—. Una no dudaría en recordar que en el propio tiempo de usted, cualquiera estúpida mujer cuyo marido fuese ennoblecido y honrado adquiriría al mismo tiempo respeto y envidia de las otras mujeres, aunque siguiese siendo la misma tonta de nacimiento; y también que cualquier reunión o sociedad de mujeres desocupadas, pronto se veía obsesivamente inmersa en la creación y preservación de las distinciones sociales. Aliado a esto está el alto valor que usualmente colocaban sobre un sentimiento de seguridad. Importante, también, es la capacidad para el autosacrificio consciente y la esclavitud de la conciencia dentro de los cánones de cualquier convención local. Naturalmente somos criaturas bastante pusilánimes. La mayor parte de nosotras es más feliz cuando seguimos el método ortodoxo, por muy raro que pueda parecer a nuestras costumbres para cualquier observador extraño; la dificultad en manejarnos hace principalmente establecer los niveles requeridos de ortodoxia.

»Evidentemente, el amplio esquema de un sistema que tuviese que soportar cualquier posibilidad de éxito, tendría que preocuparse de estos rasgos característicos y de otros no mencionados. Debía de ser un plan donde el entrelazo de fuerzas preservase el equilibrio y mantuviese un respeto por la autoridad. Los detalles de tal organización, sin embargo, eran menos fáciles de determinar.

»Un extenso estudio de las formas y órdenes sociales fue abordado, aunque durante varios años cada plan avanzado se rechazó al considerarlo en cierto modo como inconveniente. La arquitectura de aquel elegido finalmente, aunque no sé con cuánta verdad, se dijo que había sido inspirada por la Biblia —un libro en

aquel tiempo todavía prohibido y que resultó fuente de muchas inquietudes—. Se me dijo que allí decía algo así como: “Mira a la hormiga, tú, holgazán; considera sus caminos”.

»El Concejo pareció seguir su consejo, convenientemente modificado, de modo que condujese a un estado de negocios que demostraría cumplir con la mayor parte de los requisitos característicos.

»Un sistema de cuatro clases se eligió como base y gradualmente se introdujeron fuertes distinciones. Éstas, ahora que se han establecido bien, ayudan mucho a asegurar la estabilidad. —Hay fomento de la ambición dentro de una clase, pero es imposible pasar de un estado a otro—. Así tenemos el Doctorado, la clase gobernante educada, el cincuenta por cien de las cuales pertenecen en la actualidad a la profesión médica. Las Madres, cuyo título se explica por sí mismo. Las Servidoras, que son numerosas, y con razones psicológicas pequeñas. Las Trabajadoras, que son fuertes física y muscularmente, para poder realizar el trabajo más pesado. Todas las tres clases inferiores respetan la autoridad del Doctorado. Ambas clases trabajadoras reverencian a las Madres. Las Servidoras se consideran asimismo más favorecidas en sus trabajos que las Trabajadoras; y las Trabajadoras tienden a considerar la labor de las Servidoras con un desdén semiafeccionado.

»Así que se ha creado un equilibrio, y aunque trabaja en cierto modo de manera cruda todavía, no dudamos que mejorará. Parece probable, por ejemplo, que sería ventajoso introducir subdivisiones entre la clase Servidora antes de mucho, y los políticos han pensado castigar y poner en desventaja a alguien, dándole algo menos de educación que la distinga de una Trabajadora ordinaria...

Siguió explicando con crecientes detalles mientras la enormidad de todo el proceso crecía gradualmente dentro de mí.

—¡Hormigas! —estallé de pronto—. ¡El hormiguero! ¿Han tomado ustedes eso como modelo?

Pareció sorprendida, bien fuera por mi tono o por lo que acababa de decir, y parecía no entenderme.

—¿Y por qué no? —preguntó—. Seguramente es uno de los moldes o sistemas sociales más duraderos que haya logrado evolucionar dentro de la naturaleza... aunque necesita, claro, de un período de adaptación...

—¿Está usted... está usted diciéndome que sólo las Madres tienen hijos? —pregunté.

—Oh, las miembros del Doctorado también, cuando lo desean... —me aseguró.

—Pero... pero...

—El Concejo decide los cupos —siguió explicando—. Las médicos en la clínica examinan a los niños y los acondicionan convenientemente en las diferentes clases. Después de eso, claro, es sólo cuestión de procurar su alimentación especializada, el control glandular y el adiestramiento apropiado.

—Pero —objeté frenética—, ¿para qué? ¿Qué sentido hay? ¿Qué bien produce estar vivo, de esa manera?

—Bueno, ¿qué sentido hay en vivir? Dígamelo usted a mí —sugirió ella.

—Pero nosotros, en mi mundo, pensábamos amar y ser amadas, y tener hijos que amaríamos y a su vez nos amarían también.

—De nuevo aparece su acondicionamiento; glorificando y romantizando el animalismo primitivo. ¿Verdad que usted considera que somos superiores a los animales?

—Claro que sí, pero...

—Dice usted amor. ¿Pero qué sabe usted del amor que pueda haber entre madre e hija, cuando no hay hombres que introduzcan el elemento celos? ¿Conoce usted un sentimiento más puro que el amor de una muchacha a sus hermanas más pequeñas?

—Pero usted no comprende —protesté de nuevo—. ¿Cómo va usted a comprender un amor que colorea con alegría a todo el mundo? ¿Cómo va a darse cuenta de que ese sentimiento se adentre en el corazón y se extienda desde allí para inundar todo el ser propio, cómo puede afectar todo cuanto es una, lo que toca, lo que oye?... Sé, sin embargo, que puede doler terriblemente... Oh, lo sé, pero es capaz de circular como la luz del sol dentro de nuestras venas... Puede hacer de usted un jardín convirtiendo en florido lo que antes era yermo. Puede hacerse de trapos brocado; música de la voz hablada. Pueden mostrarle a usted el universo entero en los ojos de alguien. Oh, usted no lo comprende... usted no sabe... usted no puede... Oh, Donald, cariño, ¿cómo podría enseñarle a ella lo que jamás ha sido capaz de distinguir?

Hubo una pausa insegura, pero al poco dijo:

—Naturalmente, en su forma de sociedad era necesario para usted entregarse a tal reacción condicionada, pero apenas puede esperar que rindamos nuestra libertad, que nos resignemos a vernos reesclavizadas, trayendo a la existencia a nuestros opresores.

—Oh, usted *no quiere* comprender. Sólo las mujeres y los hombres más estúpidos estaban en guerra continua mutuamente. Enormes cantidades de nosotros éramos complementarios. Formábamos parejas que constituían en realidad unidades.

Ella sonrió.

—Querida mía, o está usted sorprendentemente mal informada acerca de su propio período, o quizá la estupidez de que usted habla fuese sorprendentemente dominante. Nadie como yo misma, como historiadora, es capaz de considerar que habría justificación en resucitar tal estado de asuntos. Una época primitiva de nuestro desarrollo ha dado paso a la era civilizada. La mujer, que es el bajel de la vida, tuvo la desgracia de encontrar, durante cierto tiempo, necesario al hombre, pero ahora ya no nos hace falta. ¿Sugiere usted que tal estorbo inútil y peligroso debiera ser conservado aunque sólo fuese por un tonto sentimentalismo? Admitiré que hemos perdido algunas ventajas de segunda clase... Se habrá dado cuenta, espero, que mecánicamente somos menos imaginativas y que tratamos de copiar los sistemas que heredamos; pero eso nos molesta bien poco; nuestros intereses yacen no en lo inorgánico, sino en lo orgánico y lo sensible. Quizá los hombres pudieron enseñarnos cómo viajar dos veces más a prisa, o cómo volar hasta la luna, o cómo matar a más gente con mayor rapidez; pero no nos parece que tal clase de conocimientos fuera un buen pago para volvernos a esclavizar. No, en nuestra especie de mundo nos conviene mucho más... a todas, excepto a las pocas Reaccionistas. Ya ha visto usted a nuestras Servidoras. Son de modales algo tímidos, quizá, pero ¿se las ve tristes u oprimidas? ¿No charlan entre sí tan brillantemente como los periquitos? ¿Y las Trabajadoras—éas que usted llama las Amazonas—, no le parecen fuertes, sanas y animosas?

—¡Pero ustedes les están robando todo... les roban cuanto les corresponde por el mero hecho de haber nacido!

—No me venga con esa cantinela, querida. ¿Acaso su sistema social no conspiraba para arrebatar a una mujer lo que le

correspondía por nacimiento, a menos que se casase? Ustedes no se lo dejaban saber, pero socialmente ahondaban en la herida. Aquí, nuestras Servidoras y Trabajadoras no lo conocen y no se encuentran preocupadas por un sentido de falta de educación. La Maternidad es función de las Madres y como tal, se comprende.

Yo no pude menos que replicar:

—Sin embargo, las están ustedes robando. Una mujer tiene derecho al amor...

Por una vez se mostró algo impaciente y me atajó con energía.

—Usted sigue repitiéndome la propaganda de su época. Del amor de que usted me habla, querida, existió en su pequeña y tranquila parte del mundo por una convención educada y beneficiosa. A ustedes apenas se les permitía ver su otra cara, no glorificada por el Romance. *Usted* jamás fue vendida o comprada abiertamente, como las cabezas de ganado; *usted* jamás tuvo que venderse a sí misma al primero que llegase con el fin de poder vivir; *usted* no fue una de esas mujeres que a través de los siglos gritaron con agonía y sufrieron y murieron bajo los invasores en una ciudad saqueada... y se lanzó a una hoguera para evitar caer en manos de sus saqueadores; *usted* nunca fue obligada a inmolarse en la pira mortal de su esposo cadáver; *usted* no tuvo que pasar toda su vida aprisionada en un harén; *usted* nunca formó parte del cargamento de un navío de esclavos; *usted* jamás retuvo su propia vida en bien del placer de su dueño y señor...

»Ese es el otro lado... el lado eterno. Ya no habrá cosas así. Han terminado ya por fin. ¿Acaso sugiere que deberíamos evocarlas, volverlas a traer y sufrirlas?

—Pero la mayor parte de las cosas se habían esfumado ya —protesté—. El mundo mejoraba...

—¿De veras? —dijo—. Me pregunto si así sintieron las mujeres de Berlín cuando la ciudad cayó. ¿De veras que mejoraba?... ¿O se estaba al borde de un nuevo barbarismo?

—Pero si ustedes sólo pueden desembarazarse del mal arrancando al mismo tiempo todo el bien, ¿qué es lo que va a quedar?

—Muchísimas cosas. El hombre era sólo un medio para llegar a un fin. Les necesitábamos para tener hijos. El resto de su vitalidad pagaba por toda la tristeza del mundo. Nosotras somos mucho

mejores sin él.

—¿Así que realmente consideran que han mejorado de naturaleza? —sugerí.

—¡Claro! —contestó ella impaciente por mi tono—. La civilización es mejorar la naturaleza. ¿Querría usted vivir en una cueva y que la mayor parte de sus hijos muriesen en la más temprana infancia?

—Hay unas cuantas cosas, que son fundamentales... —Comencé, pero ella me contuvo, levantando una mano y reclamando silencio.

Fuera, las largas sombras habían reptado a través del césped. Y en la quietud de la tarde pude oír un coro de mujeres cantando a poca distancia. Escuchamos durante algunos minutos hasta que terminó la canción.

—¡Hermoso! —exclamó la vieja dama—. ¡Ni los propios ángeles podrían cantar con tanta dulzura! Parecen muy felices, ¿verdad? Nuestros propios hijos adorados... dos de mis nietas están entre ellas. Son felices y tienen motivos para serlo: no crecerán en un mundo en donde tengan que jugar con la buena voluntad de algún hombre que las mantenga; jamás necesitarán ser serviles ante un señor y un amo; nunca estarán en peligro de ser raptadas y violadas, tampoco. ¡Escúchelas!

Otra canción empezó y les llegó ligeramente distante saliendo de la oscuridad más absoluta.

—¿Por qué llora? —me preguntó la vieja dama cuando la melodía terminó.

—Sé que es estúpido... yo realmente no creo que nada de esto sea lo que parece... así que supongo que lloro por todo lo que hubieron perdido ustedes, si estos momentos tuvieran realidad —contesté—. Ahí fuera, bajo los árboles, debería haber enamorados; estarían escuchando cogidos de la mano esa canción, mientras contemplaban salir la luna. Pero ya no hay enamorados, ya no los habrá más... —La miré.

—¿Ha leído jamás los versos: «¿para qué ha nacido una flor y florecido sin ser vista, y desperdiciado su dulzura en el aire del desierto?». ¿Es que no puede usted sentir la soledad de este mundo que han construido entre todas? ¿De veras que no lo comprende? —pregunté.

—Sé que ha visto muy poco de nosotras, y que es incapaz de

comprender qué tal puede ser cuando las mujeres ya no se ven obligadas a luchar una con otra por los favores de los hombres — me repuso.

Seguimos hablando mientras la oscuridad se hacía cada vez más densa y las luces de las otras casas comenzaron a parpadear a través de los árboles. Ella había leído mucho. Eso le hizo sentir cierto afecto por algunos períodos del pasado, pero seguía sin aprobarlos de corazón. No encontraba ninguna aridez. Siempre era «mi acondicionamiento» lo que me impedía ver lo que por fin había comenzado, la edad de oro de las mujeres.

—Ustedes estaban aferradas a muchísimos mitos —me dijo—. Usted habló de toda una vida completa y por ejemplo la suya hubiera sido la de una mujer desgraciada acariciando sus cadenas en una población suburbana. ¡Plena vida, tonterías! Pero era conveniente para los comerciantes que las mujeres pensaran así. Una vida plena y sincera sería sorprendentemente corta, en cualquier forma de sociedad.

Etc... etc...

Por último, la pequeña doncella reapareció para decir que mis asistentas estaban dispuestas para marchar cuando fuese conveniente. Pero había una cosa que yo deseaba mucho saber, antes de marcharse. Formulé la pregunta a la vieja dama.

—Por favor, dígame. ¿Cómo... cómo... ocurrió?

—Simplemente por accidente, querida mía... aunque fue la clase de accidente producto entero de su época. Una obra de investigación que ofreció resultados secundarios e insospechados, eso es todo.

—¿Pero cómo?

—Se podía decir que de manera bastante curiosa... casi irrelevante. ¿Oyó usted hablar de un hombre llamado Perrigan?

—¿Perrigan? —repetí—. No lo creo, es un nombre muy raro.

—Pues alcanzó muchísima fama —aseguró—. El doctor Perrigan era biólogo y su interés se centraba en la exterminación de las ratas... particularmente de la rata parda, que causaba una enorme cantidad de daños.

»Su modo de enfrentar el problema constituía la búsqueda de un modo de hallar una plaga que atacase fatalmente a los roedores. Para producirla, tomó como base una infección virulenta, a menudo

fatal para los conejos... O, mejor dicho, un grupo de infecciones por virus altamente selectivos y también inestables, puesto que eran capaces de sufrir rápidas mutaciones. En realidad, no había mucha variación entre los gérmenes que atacaron a los conejos de Australia, pero en la sexta intentona hubo éxito; todas las formas de enfermedad anteriores murieron mientras que los conejos desarrollaban una inmunidad. Se probó en otros sitios, también, aunque con diferentes clases de éxito, hasta que se inició una enfermedad epidémica y efectiva en Francia y recorrió a toda la población conejil de Europa.

»Bueno, tomando como base algunos de esos virus, Perrigan produjo nuevas mutaciones por irradiación y logró producir una variante que atacaría a las ratas. Eso no bastaba, sin embargo, y proseguía su trabajo hasta que tuvo un virus que poseía suficiente selectividad ancestral como para atacar sólo a la rata parda y con gran virulencia.

»De ese modo propuso el problema de una peste de larga duración, porque ya no hay ratas pardas ahora. Pero algo se le escurrió de entre los dedos. Queda todavía sin contestación al problema de si el virus volvió a mutar o si alguno de sus primeros virus experimentales fue accidentalmente liberado por ratas que escaparon y que lo portaban consigo. Pero la cosa está clara. Lo importante es que de algún modo, el virus capaz de atacar a los seres humanos quedó suelto y se diseminó ampliamente antes de poder ser localizado... y también que una vez fue libre su velocidad de expansión fue enorme; demasiado rápida para que se oyesen pasos efectivos que los reprimieran.

Se halló que la mayor parte de las mujeres resultaban inmunes, y el diez por ciento de las que resultaban atacadas aún se recuperaban en una proporción considerable. Entre los hombres, sin embargo, casi no hubo inmunidad, y los pocos que se recuperaron lo fueron de manera parcial. Unos cuantos hombres fueron preservados mediante las precauciones más esmeradas, pero no podían seguir confinados para toda la vida, y por último el virus, que tenía una notable capacidad para aletargarse, se apoderó de ellos también.

Inevitablemente, esas cuestiones de interés profesional se me ocurrieron, pero por toda respuesta ella sacudió la cabeza.

—Me temo que ahí no pueda ayudarla. Posiblemente las médicos se lo explicarán voluntariamente —dijo, pero su expresión era dudosa.

Maniobré para sentarme a un lado del diván.

—Comprendo —dije—. Sólo un accidente... Sí, supongo que algo tan espantoso no podía ocurrir de otro modo.

—A menos —observó ella—, a menos que una fuese a considerar que se produjo por intervención divina.

—¿No le parece eso un poco impío?

—Pensaba en la Muerte del Primer Nacido —dijo reflexivamente.

No parecía haber una respuesta inmediata a aquello. Por eso pregunté:

—¿Puede usted decirme con toda sinceridad que jamás experimentó el sentimiento de estar viviendo alguna clase de pesadillas?

—Nunca —contestó—. Hubo una pesadilla... pero ya ha pasado. ¡Escuche!

Las voces del coro, reforzadas ahora por una orquesta, nos llegaban distantes del oscuro jardín. No, no tenía nada de tenebroso. Incluso sonaban como exultantes... Pero, pobres criaturas, ¿cómo iban a comprender...?

Mis ayudantes llegaron para facilitar ponerme en pie. Di las gracias a la vieja dama por su paciencia y su amabilidad. Pero sacudió la cabeza.

—Querida mía, soy yo quien está en deuda con usted. En poco tiempo he aprendido más acerca de las condiciones de las mujeres en una sociedad promiscua, que con todos los libros leídos y por leer durante el resto de mi larga vida. Espero, querida, que las Doctoras encuentren un modo de permitirle olvidar y vivir aquí feliz con nosotras.

En la puerta me detuve y me volví, aún servicialmente sujeta por mis ayudantas.

—Laura —dije, llamándola por su nombre de pila por primera vez—. Reconozco que muchos de sus argumentos son ciertos... Sin embargo, por encima de todo, ustedes están, oh, tan *equivocadas*... ¿Jamás leyó cosas de enamorados? ¿Nunca, cuando niña, suspiró por un Romeo que le dijese: «¿¡Es levante aquello y Laura es el

sol!»?

—Creo que no. Sin embargo, leí la obra. Un cuento lindo, idealizado... Me pregunté cuántas desventuras causó a muchas posibles Julietas. Pero pondría yo una pregunta en contra de la suya, mi querida Jane. ¿Vio usted alguna vez el conjunto de pinturas de Goya llamado «Los Horrores de la Guerra»?

* * *

El coche rosado no me regresó a la «Casa». Nuestro destino resultó ser un edificio más austero y parecido a un hospital, en donde me metieron en la cama de una habitación, a solas. Por la mañana, después de mi copioso desayuno, tres nuevas Doctoras me visitaron. Sus modales eran más sociales que profesionales y charlamos amigablemente durante media hora. Con toda evidencia habían sido plenamente informadas de mi conversación con la vieja dama y no se mostraron reacias a responder a mis preguntas. Es más, encontraron divertidas muchas de ellas, cosa que a mí no me lo pareció, porque no había nada consoladoramente vago en lo que me dijeron... Todo me parecía demasiado conturbadoramente práctico, una vez que lo resolvió la técnica. Al fin sus modales cambiaron y una de ellas, con un aire meramente comercial, dijo:

—Comprenderá usted que su presencia con nosotras resulte un problema. Sus compañeras las Madres, claro, apenas son susceptibles al sentimiento Reaccionista... aunque usted, en breve tiempo, ha logrado disgustarlas y azorarlas de manera considerable... Pero en otras mujeres menos estables su influencia podría ser más grave. No sólo una cuestión de lo que usted pueda decir; su diferencia del resto es implícita en toda su actitud. Usted no puede evitarlo y, francamente, no vemos cómo usted, siendo una mujer educada, podría adaptarse a la plácida e impensada aceptación que se espera de las Madres. Usted rápidamente se sentiría frustrada más allá de todo lo soportable. Además, es evidente que el acondicionamiento que sufrió la tiene bajo un sistema elaborado que le impide sentir hacia nosotras la más simple buena voluntad.

Lo tomé al pie de la letra; simplemente como un juicio sin apelación. Además, no podía discutirlo. La perspectiva de pasarme

el resto de mi vida en una existencia rosada, perfumada, oyendo suaves músicas y viéndome sólo interrumpida por la producción de cuatrillizas a regulares intervalos, me hubiese vuelto loca en un brevísimo período de tiempo.

—Y entonces... ¿qué? —pregunté—. ¿Podrán ustedes reducir este corpachón a su forma y tamaño normales?

Sacudió la cabeza.

—Me imagino que no... aunque no sé si se ha intentado alguna vez. Pero incluso aun cuando fuese posible, usted sería una desplazada en el Doctorado... y un estorbo por su influencia Reaccionista.

Lo comprendí perfectamente también.

—¿Entonces, qué? —repetí.

Dudó, pero dijo con suavidad:

—La única proposición práctica que podemos hacerle es que debería estar usted de acuerdo y aceptar un tratamiento hipnótico que le borrase su memoria.

Cuando comprendí el significado de aquello, tuve que reprimir una oleada de pánico. Después de todo, me dije a mí misma, se mostraban razonables conmigo. Yo tenía que hacer cuanto pudiera por responder de manera sensata. No obstante, debieron pasar unos cuantos minutos antes que contestase con acento inseguro:

—Ustedes me piden que me suicide. Mi cerebro *son* mis recuerdos: forman parte consustancial conmigo. Si los pierdo, moriré, de manera tan segura como si ustedes matasen mi... este cuerpo.

No discutieron. ¿Cómo iban a discutir?

Hay sólo una cosa que hace que valga la pena vivir mi vida... saber que me quisiste, mi amado, mi amadísimo Donald. Estás solo en mi recuerdo y por eso tú ahora únicamente vives en él. Si abandonases mi memoria volverías a morir... y para siempre.

* * *

A intervalos, durante el día, pequeñas Servidoras entraron tambaleándose bajo el peso de mis comidas. Entre sus visitas sólo mis pensamientos me ocuparon, y no fueron muy buena compañía.

—Francamente —me dijo una de las Doctores no sin falta de

simpatía—, no vemos otra alternativa. Durante años después, ocurrió que las cifras anuales de fracasos mentales constituían nuestra mayor preocupación... aun cuando las mujeres estaban entonces plenamente ocupadas con la ingente cantidad de trabajo que tenía que hacerse, pero aun así, muchas de ellas no se podían ajustar. Ahora, en el caso suyo, ni siquiera nos queda el consuelo de ofrecerle un trabajo.

Me di cuenta de que era un noble aviso el que me estaba dando... y supe que, a menos que la alucinación que parecía cada vez hacerse más real lograra disolverse, estaba atrapada.

Durante el largo día y la siguiente noche, traté con el mayor ahínco de volver a la objetividad conseguida antes, pero fracasé. Todo el argumento era demasiado fuerte para mí ahora, mis sentidos tan conscientes de lo que me rodeaba, y la coherencia tan convincente y persistente...

Después de haber transcurrido el plazo de veinticuatro horas que me dieron para que me lo pensase, volvió a visitarme el mismo trío.

—Creo —les dije— que comprendo ahora mucho mejor. Lo que ustedes me ofrecen es el olvido, en lugar de un desmoronamiento seguido por dicho olvido... y no ven otra alternativa.

—No la vemos —admitió la que llevaba la voz cantante—. Pero, claro, para la hipnosis necesitaremos de su cooperación.

—Me doy cuenta —contesté—, y también comprendo ahora que en estas circunstancias sería una sutil obstinación no prestarla. Así que yo... yo... sí, voluntariamente la cedo... pero con una condición.

Me miraron interrogadoras.

—Se trata de esto —expliqué—. Que ustedes prueben otra cosa primero. Quiero que me den una inyección de chinjuatin. Deseo, que sea de la misma dosis que la que recibí antes... Yo se la precisaré exactamente.

»Miren, o esto es una alucinación intensa, o alguna clase de proyección que se aproxima bastante, y entonces debe tener algo que ver con la droga. Estoy seguro que eso puede, aunque remotamente, estar relacionado con lo que me ocurrió con anterioridad. Así que he pensado que si repitiera la condición o creyese que repetía la condición, podría decir: ¿puede haber una posibilidad? No lo sé. Quizá sea una simple tontería... pero si nada

sucede, las cosas no podrán empeorar de ninguna manera, ¿verdad? Así que, ¿me dejarán ustedes intentarlo...?

Las tres pensaron durante algunos momentos.

—No veo ninguna razón que lo impida... —dijo una.

La que llevaba la voz cantante asintió.

—Me parece que no hay dificultad en autorizar ese experimento dadas las circunstancias —asintió—. Si usted quiere probar, es noble permitírselo, pero... yo no confiaría demasiado...

Por la tarde llegaron media docena de pequeñas senadoras, empinándose a mi alrededor, preparándose a mí y a la habitación, con ansiosa actividad. Al poco se acercó más personal, portando en un carrito frascos, bandejas y redomas y ampollas de inyecciones que colocaron junto a la cabecera de mi cama.

Las tres Doctoras irrumpieron juntas. Una de las pequeñas Servidoras comenzó a descubrirme el brazo. La Doctora que llevaba la voz cantante me miró con amabilidad pero muy seria.

—Estamos con un juego muy arriesgado, ¿se da cuenta? —dijo.

—Lo sé. Pero es mi única posibilidad. Voluntariamente acepto el riesgo.

Asintió, cogió una jeringa y la cargó mientras la pequeña servidora lavaba con alcohol una zona de mi monstruoso brazo. La Doctora se acercó al lecho y dudó.

—Adelante —le dije—. ¿De todas maneras, qué hay aquí que me importe?

Asintió y apretó la aguja...

* * *

Ahora, he escrito lo anterior con un propósito. Lo depositaré en mi banco, donde permanecerá sin que nadie lo lea a menos que sea necesario.

No se lo he contado a nadie. El informe sobre el efecto del chinjuatin —el que hice al doctor Hellyer donde describía mi sensación como una clase tan sencilla como flotar en el espacio— era falso. Lo anterior constituye mi verdadera experiencia.

Lo oculté porque después de haber vuelto en mí, cuando

descubrí que había regresado mi propio cuerpo en mi mundo normal, la experiencia me acosó tan vívidamente como si hubiese sido algo de actualidad.

Los detalles se perfilaban demasiado agudos, demasiado reales, para que los pudiera arrancar de mi mente. Pendió sobre mí todo el tiempo, como una amenaza. Nunca me dejará en paz...

No me atrevo ni me atreví a decirle al doctor Hellyer cómo eso me preocupaba... Me hubiera puesto en tratamiento. Si mis otros amigos no lo tomaban lo bastante en serio para recomendar tratamiento, también entonces es que se habrían reído de mi relato y harían chistes entre sí a mis expensas interpretando los símbolos. Así que me lo he reservado para mí.

Cuando recuerdo una y otra vez partes de mi pesadilla con detalle, me enfado conmigo misma por no haber preguntado a la vieja dama más detalles, más hechos, fechas, algo que pudiese ser comprobado. Si, por ejemplo, la cosa debió, según sus cálculos, iniciarse hace dos o tres años, entonces todo el sentido de la amenaza ise desmoronaría: quedaría en descrédito. Pero no se me ocurrió preguntar esa cuestión crucial... y entonces, mientras seguí pensando en ello, recordé que había uno, solamente uno que tuvo un detalle que servía de información y que yo podía comprobar. Y efectué mis investigaciones. Desearía ahora no haberlo hecho, pero me vi obligada...

Así que he descubierto:

Hay un doctor Perrigan, es biólogo, trabaja con conejos y ratas...

Es muy conocido en su campo. Ha publicado artículos sobre el control de la peste en un buen número de periódicos. No es secreto que está cultivando nuevas formas de virus de la mixomatosis con la intención de atacar las ratas; es más, ya ha desarrollado un grupo de estos virus a los que llama mucosimorbus, aunque no ha logrado todavía hacerlos estables o selectivos, lo bastante para su uso general...

Pero yo no había oído hablar de este hombre o su trabajo hasta que fue mencionado por la vieja dama en mi

«alucinación»... Esto tiene las trazas de una revelación del subconsciente.

He pensado muchísimo en este asunto. ¿Qué clase de experiencia es la que yo he escrito antes? Si fuese una especie de previsión de un futuro inevitable predestinado, entonces nada ni nadie podría cambiarlo.

Pero eso no parece tener sentido: es lo que ha ocurrido y lo que está ocurriendo ahora lo que determina el futuro. Por tanto, debe haber un gran número de futuros *posibles*, cada uno consecuencia posible de lo que se hace ahora.

Me parece que bajo la chinjuatín vi *uno* de esos futuros...

Era, creo, un aviso de lo que *podía* ocurrir, a menos que se evitara.

La idea en general es tan repulsiva, tan mal concebida, comporta una tan monstruosa aberración del curso normal, que el fracaso en captar el aviso sería como descuidar el deber de una persona para los de su raza.

Por tanto, bajo mi propia responsabilidad y sin extender mi confianza en ninguna otra persona, haré lo que pretendo y este documento será mi defensa. Por eso lo he escrito.

Es mi decisión, únicamente mía, que el doctor Perrigan no continúe su trabajo.

(Firmado). JANE WATERLEIGH.

* * *

El abogado miró la firma durante algunos momentos; luego asintió.

—Y así —dijo—, cogió su coche y fue a casa del doctor Perrigan... con este trágico resultado.

—Por lo poco que sé de ella, yo diría que probablemente hizo cuanto pudo para convencerle de que abandonara su trabajo... aunque no creo que esperase obtener ningún éxito con eso. Es difícil imaginar a un hombre que accediese voluntariamente a abandonar el trabajo de años, por lo que le vería aparecer como una especie de maldición gitana. Así que, con toda claridad, fue preparada para entrar, si era preciso, en acción directa. Parece como si la policía

tenga razón cuando supone que le disparó con deliberación; pero no tanta al suponer que ella quemó la casa para esconder las pruebas de su crimen. Esta declaración hace muy evidente que su declaración principal fue barrer de la faz del mundo todo el trabajo de Perrigan.

Sacudió la cabeza.

—¡Pobre chica! Hay una clara convicción acerca del deber en la última o el par de últimas páginas; la clase de simple claridad impulsa a los mártires, sin tener en cuenta las consecuencias. Ella no ha negado jamás que lo hiciese. ¿Por qué no quiso decir a la policía la *razón* de haberlo hecho?

Se detuvo de nuevo antes de añadir:

—De todas maneras, doy gracias al cielo por este documento. Por lo menos debería servir para salvar su vida. Dudo que una petición de locura fracasase, respaldada por estos papeles —señaló con los dedos la pila de manuscritos a su diestra—. Es una suerte que ella aplazase su propósito de llevar su declaración al banco.

El rostro del doctor Hellyer estaba arrugado por, la preocupación.

—Me culpo a mí de todo esto —dijo—. Jamás debí permitirle probar esa maldita droga, en primer lugar, pero pensé que aún no estaba repuesta de la sorpresa de la muerte de su marido. Trataba de mantenerse ocupada todas las horas del día y se presentó voluntaria para el experimento con sincera ansia. Ya la conocen lo bastante para saber lo decidida que puede resultar esta muchacha. Vio en ello una oportunidad de contribuir en algo a la mejora de los conocimientos de medicina..., lo que era verdad claro. Pero yo también por mi parte, debí tener más cuidado y examinar después si se había producido algo equívoco. La verdadera responsabilidad de esto recae directamente sobre mí.

—Hummm —dijo el abogado—. Colocar eso como primera línea de la defensa no va a hacerle a usted mucho bien profesionalmente, ya lo sabe, Hallyer.

—Posiblemente no. Yo puedo cuidarme de mí cuando todo haya acabado. La cuestión es que soy el responsable de ella como miembro de mi personal, aunque no hubiese otro motivo. No se puede negar que si hubiese rechazado su oferta de tomar parte en el experimento, esto no habría sucedido jamás. Por tanto, me parece

que deberíamos discutir esa petición de locura temporal; que el equilibrio de su cerebro quedó conturbado por los efectos de la droga que yo le administré. Y si podemos lograr un veredicto a favor, quedará detenida en un hospital mental para observación y tratamiento... quizás un tratamiento muy breve.

—No sé qué decirle. Quizá pudiésemos celebrar una consulta con el juez y ver qué piensa de todo.

—Resulta válido también —insistió Hellyer—. Las personas como Jane no asesinan si no han perdido la razón, a menos que se vean acorraladas, pero entonces cometen el delito con mayor listeza. Con toda seguridad no asesinan a perfectos desconocidos. Claramente, la droga causó una alucinación lo suficientemente vivida para confundirla hasta un punto en donde se vio incapaz de hacer una distinción adecuada entre lo actual y lo hipotético. Cayó en un estado en el que se creía que el espejismo era real y actuó en consecuencia.

—Sí. Sí. Supongo que se podría establecer así —asintió el abogado. Volvió a mirar la pila de papel que tenía delante—. Todo el asunto es, claro, irrazonable —dijo—, sin embargo, tiene una aura en sí de tanta razonabilidad. Me pregunto... —Se detuvo pensativo para luego seguir—: esa posible vida prescindiendo del macho, Hellyer, a ella no le parece demasiado increíble pero sí indeseable. Eso tiene un aspecto raro en sí para un abogado que da por sentado el orden natural, ¿pero usted, como científico de la medicina, diría que era... bueno..., no del todo imposible, en teoría?

El doctor Hallyer frunció el ceño.

—Esa es la clase de preguntas que uno quiere contestar. Sería difícil proclamarlo *imposible*. Considerándolo como un problema abstracto, veo dos o tres formas de solucionarlo... Claro, si una situación tan improbable se produjese reclamando una investigación intensiva... investigación, es decir, en la misma escala en la que se abordó el problema del átomo... bueno, ¿quién podría decirlo...? —Se encogió de hombros.

El abogado volvió a asentir.

—Ahí es donde yo quería ir a parar —observó. Y añadió—: Básicamente es sólo una cosa no del todo irrealizable; lo bastante cerca de la posibilidad para conturbar en sobremanera.

»Fíjese bien, en cuanto concierne a la defensa, su aire, me refiero a la expresión de Jane, de absoluta convicción, conjuntándose con la casi plausibilidad de la cosa, probablemente ayudaría.

»Pero, por mi parte, es precisamente que la proximidad basta para ponerme algo intranquilo».

El doctor le miró con agudeza.

—¡Oh, vamos! ¡Vamos! ¡También un experimentado abogado! No me diga usted que es capaz de creer en fantasías. De todas maneras, si lo es, tendrá que conjurar una tras otra.

»Si Jane, pobre chica, ha resuelto una de las cosas fundamentales, es que en el futuro ya no cabe la posibilidad de esta fantasía en particular.

»Perrigan ha terminado todo su trabajo. Ha desaparecido entre el humo y el fuego».

—Hummm —volvió a decir el abogado—. Lo mismo da, sería más satisfactorio si supiésemos que hay otro medio mejor que este... —Tocó la pila de papeles—, algún otro remedio por el que ella probablemente adquiriese un conocimiento de Perrigan y su trabajo.

»No hay, en lo que respecta a lo que sabe uno, otro modo por el que él pueda haber entrado en la órbita de ella... a menos, quizá, que ella se interesase en veterinaria, ¿verdad?».

—No se interesaba.

—Estoy seguro de eso —le contestó Hallyer, sacudiendo la cabeza.

—Bueno, entonces, queda un aspecto algo conturbador.

»Y hay otro de más.

»Usted creerá que me engaña, que me hace ver visiones, estoy seguro... y sin duda el tiempo demostrará que la razón estaba de su parte... pero tengo que admitir que me estoy sintiendo algo intranquilo mentalmente, por si Jane ha sido o no concienzuda en sus investigaciones antes de entrar en acción».

—¿Qué quiere decir? —preguntó el doctor Hallyer con expresión turbada.

—Pues que hay una cosa que parece que Jane no ha descubierto... se trata del hijo del profesor. Y lo tiene. Parece que se ha interesado mucho por el trabajo de su padre y está decidido a

que no se haya perdido del todo. En realidad, ya ha anunciado que hará cuanto pueda para seguir adelante con los pocos especímenes que se salvaron del fuego...

»Laudable cariño filial, sin duda. Por eso mismo me preocupaba un poco descubrir que él, también, es doctor en ciencias, bioquímico y que, naturalmente, su apellido es también Perrigan...».

UNA

Lo primero que supe del asunto Dickson fue cuando llegó una delegación del pueblo de Membury a preguntarnos si podíamos investigar los supuestos extraños hechos que allí sucedían.

Pero quizá sea mejor que antes explique quienes somos nosotros.

Resulta que tengo el cargo de Inspector en la S.S.M.T.A., o sea, la Sociedad para la Supresión de los Malos Tratos a los Animales, en el distrito que incluye a Membury. Ahora, les ruego que no crean que soy un chiflado por los animalitos. Necesitaba un empleo. Un amigo mío que tiene influencias dentro de la Sociedad me lo consiguió; y llevo a cabo mi trabajo conscientemente. En cuanto a los animales, bueno, me pasa como a los humanos: algunos me gustan. En esto, difiero del otro Inspector, Alfred Weston; le gustan... ¿o le gustaban?, todos; por principio, e indiscriminadamente.

Podía ser que, dados los salarios que paga, la S.S.M.T.A. tuviera dudas acerca de su personal... aunque quizá solo sea que, cuando se va a presentar una demanda judicial, es aconsejable tener dos testigos presentes; pero, sea cual sea la razón, lo usual es contar con una pareja de inspectores por distrito; y uno de los resultados de esta política fue mi estrecha y diaria asociación con Alfred.

Bueno, uno podría describir a Alfred como el amante de los animales por excelencia. Entre él y todos los animales había una afinidad completa... al menos, eso era cierto por parte de Alfred. No era culpa suya el que los animales no lo vieran así; él hacía lo que podía. La sola consideración de que un ser tenía cuatro patas o plumas parecía calarle muy hondo. Los quería a todos y a cada uno, y acostumbraba a hablar de ellos y a hablar con ellos, como si fueran sus amigos más íntimos que, temporalmente, tuvieran que

afrontar la desgracia de contar con un cociente de inteligencia disminuido.

Alfred era un hombre de buen aspecto, aunque no demasiado alto, que contemplaba el mundo a través de unas gafas de gruesas monturas con una intensidad que muy pocas veces disminuía. La diferencia entre nosotros era que, mientras yo llevaba a cabo un trabajo, él seguía una vocación, de todo corazón, y con una poderosa imaginación que lo movía.

Esto hacía que no fuera un compañero calmoso. Bajo la potente lupa de la imaginación de Alfred, lo común se convertía en inusitado. Ante la habitual queja de que alguien maltrataba a un caballo, frases tales como salvajes, bárbaros y bestias con forma humana pasaban por su mente con tal viveza, que se sentía amargamente desengañado cuando descubría, como sucedía inevitablemente, que a), la cosa había sido exagerada sobremanera o b), que el perpetrador había bebido mucho o bien perdido momentáneamente su control.

Así que sucedió que estábamos juntos en la oficina aquella mañana cuando llegó la delegación de Membury. Eran un grupo mucho más numeroso de lo que habitualmente recibíamos, y a medida que iban entrando pude ver como los ojos de Alfred comenzaban a dilatarse ante la expectación de algo realmente bueno... u horrible, según como se mire. Hasta yo mismo comencé a pensar que esto sería algo distinto de las habituales latas atadas a las colas de los gatos y demás cosas así.

Nuestras premoniciones resultaron ser ciertas. Había una cierta confusión en el relato, pero cuando hubimos logrado hacerlo coherente pareció ser más o menos esto:

A primera hora de la mañana anterior, un tal Tim Darrell, mientras llevaba a cabo su habitual tarea de transportar la leche a la estación, se había encontrado con un fenómeno en la calle del poblado. La visión lo había sorprendido tanto que, mientras pisaba el freno, había lanzado un grito que hizo que todo el mundo saliera a ventanas y balcones. Los hombres se habían quedado con la boca abierta y la mayor parte de las mujeres habían comenzado a lanzar alaridos al ver el par de seres que se alzaban en el centro de su calle.

La mejor imagen que se podía dar de aquellos seres era la

sugerida por nuestros visitantes de que a lo que más se parecían era a tortugas... aunque una especie bastante rara de tortugas que caminasen erectas sobre sus patas traseras.

La altura de aquellas apariciones parecía ser de un metro sesenta y cinco. Sus cuerpos estaban cubiertos por caparazones ovalados, no solo por detrás, sino también por delante. Las cabezas tenían más o menos el tamaño de cabezas humanas normales, pero sin cabello, y con una superficie que parecía córnea. Sus grandes ojos, muy negros, estaban situados sobre una proyección dura y brillante, que podía ser tanto una nariz como un pico.

Pero esta descripción, aunque ya era bastante rara, no cubría las características más perturbadoras: y sobre todo una en la que todos estaban de acuerdo, a pesar de sus diversos puntos de vista. Y era que de los bordes de los costados, allá donde se unían los caparazones anteriores y posteriores, surgían, a unos dos tercios de la altura total, un par de brazos y manos humanos.

Bueno, fue más o menos en este punto cuando yo sugerí lo que cualquier otro hubiera pensado: que era un broma, un par de tipos disfrazados para dar un buen susto a alguien.

La delegación se mostró indignada. Por una parte, dijo convincentemente, nadie iba a mantener una tal broma frente a una ración de disparos, que es lo que el viejo Halliday, el guarnicionero, les propinó. Les había disparado una docena de veces con su escopeta de caza; y no les había molestado en lo más mínimo, y las postas habían rebotado en ellos.

Pero cuando la gente había empezado a salir cautamente de sus puertas para echarles una mirada más de cerca, habían parecido sobresaltarse. Se habían graznado secamente el uno al otro, y luego corrido calle abajo de una forma extraña. Medio poblado, sintiéndose ahora más valiente, les había seguido. Los seres no habían parecido tener ni idea de hacia dónde iban, y se habían metido en el pantano de Baker. Pronto habían caído en uno de los puntos de arenas movedizas, y finalmente se habían hundido en él, con muchos forcejeos y graznidos.

La gente del poblado, tras hablar de todo ello, había decidido venir a vernos a nosotros en lugar de a la policía. Sin duda habían obrado de buena fe, pero tuve que decirles:

—Realmente, no sé qué esperan de nosotros, si esos seres han

desaparecido sin dejar rastro.

—Además —intervino Alfred, que nunca se mostraba muy diplomático—, me parece que deberíamos informar que los habitantes de Membury acosaron a esas criaturas, fueran lo que fuesen, hasta causarles la muerte, no haciendo ningún intento por salvarlas.

Parecieron algo ofendidos ante aquello, pero resultó que aún no habían acabado. Habían seguido las huellas de las criaturas tan hacia su origen como les fue posible, y el consenso era de que únicamente podían haber salido de la granja Membury.

—¿Quién vive ahí? —pregunté.

—Un tal doctor Dickson —me dijeron. Llevaba allí tres o cuatro años.

Y esto nos condujo a la declaración de Bill Parsons. Al principio, se mostró un tanto dubitativo sobre si debía hacerla.

—Todo esto, ¿será confidencial? —preguntó.

Todo el mundo, en muchos kilómetros a la redonda, sabe que lo que más le interesa a Bill es husmear en los asuntos ajenos. Le di mi palabra.

—Bueno, esto es lo que pasó —dijo—. Hace más o menos unos tres meses...

Eliminando los detalles circunstanciales, se puede decir que la historia de Bill era en resumen: que, hallándose, por así decirlo, en los terrenos de la granja una noche, le había venido la idea de investigar la naturaleza de la nueva ala del edificio que el doctor Dickson había ordenado construir poco después de llegar. Se habían producido numerosos comentarios locales acerca de ella y, viendo una rendija de luz entre las cortinas de la misma, Bill había aprovechado su oportunidad.

—Les digo que allí hay cosas que no están bien —explicó—. Lo primero que vi, en la pared opuesta, fue una hilera de jaulas, con gruesos barrotes... Por la forma en que colgaba la luz, no podía ver lo que había dentro, pero ¿para qué iba nadie a quererlas tener en su casa?

»Y, cuando me subí más alto para ver mejor, allí, en el centro de la habitación, vi algo horrible... ¡Desde luego era horrible! —hizo una pausa para conseguir un efecto dramático.

—Bien, ¿qué era? —le pregunté pacientemente.

—Era... bueno, es difícil explicarlo. Estaba sobre una mesa. A lo más que se parecía era a un gran almohadón blanco... solo que se movía un poco. Parecía reptar, como estremeciéndose... espero que me comprendan.

Yo, desde luego, no. Le dije:

—¿Eso es todo?

—No, no es todo —me dijo Bill, aproximándose con delectación al climax—. La mayor parte de aquello no tenía una forma definida, pero había algo que sí la tenía: un par de manos, manos humanas, que le salían de los costados...

Al final me libré de aquella delegación asegurándoles que tomaría cartas en el asunto. Cuando regresé de acompañarlos hasta la puerta, me di cuenta de que algo no iba bien con Alfred. Sus ojos brillaban desorbitados tras sus gafas, y estaba temblando.

—Siéntate —le aconsejé—. De lo contrario, se te van a ir cayendo a pedazos.

Podía ver que se aproximaba una perorata: probablemente algo más disparatado que lo que acabábamos de oír. Pero, cosa rara, aquella vez quiso saber antes cual era mi opinión, mientras heroicamente lograba contener la suya durante un tiempo. Lo complací:

—Resultará ser algo más simple de lo que parece —le dije—. O bien alguien estaba bromeando con la gente del pueblo... o bien fueron algunos animales raros que ellos aún han hecho más raros con sus exageraciones.

—Se mostraron unánimes acerca de los caparazones y de los brazos... dos características realmente incompatibles —dijo Alfred.

Tuve que aceptar eso. Y unos brazos, o al menos manos, habían sido el único rasgo descriptible del objeto parecido a un almohadón que Bill había visto en la granja...

Alfred me dio varias otras razones según las cuales estaba equivocado, y luego hizo una pausa.

—Yo también he oído rumores acerca de la granja Membury —me dijo al fin.

—¿Qué rumores? —le pregunté.

—Nada muy definido —admitió—. Pero cuando uno los va juntando... Después de todo, por el humo se sabe...

—De acuerdo, veamos esos rumores —le animé.

—Pienso —dijo, con impresionante convicción—, pienso que estamos tras la pista de algo realmente *grande*. Probablemente algo que al fin hará recapacitar a la gente acerca de las iniquidades que se practican bajo el nombre de investigación científica. ¿Sabes lo que creo que está sucediendo muy cerca de nosotros?

—No, pero tú me lo vas a decir —le contesté pacientemente.

—¡Creo que tendremos que vérnosla con un superviviseccionador! —dijo, agitando dramáticamente un dedo frente a mí.

Fruncí el ceño.

—No comprendo eso —le dije—. Uno es vivi o no lo es. Pero supervivi no significa...

—¡Cha! —dijo Alfred. O al menos, el sonido se oyó así—. Lo que quiero decir es que estamos enfrentados con un hombre que está ultrajando a la naturaleza, abusando de las criaturillas de Dios, distorsionando salvajemente las formas de los animales hasta que ya no son reconocibles, o lo son solo en parte, hasta que ya no se parecen a lo que eran antes de que empezasen a distorsionarlas —anunció, muy emocionado.

En este punto, comencé a captar la teoría Alfrediana que estaba en boga en aquel momento. Su imaginación se había pasado en esta ocasión. Y, aunque los acontecimientos posteriores iban a demostrar que no había llegado ni a imaginarse la verdad, me ref:

—Ya veo —dije—. Yo también he leído *La Isla del doctor Moreau*. Esperas ir a la granja y ser recibido por un caballo caminando sobre sus patas traseras y hablando del tiempo; ¿o quizá crees que te abrirá la puerta un superperro que te pregunte tu nombre?

»Es una idea emocionante, Alfred, pero ¿sabes?, esto es la vida real. Dado que ha habido una queja, debemos tratar de investigarla, pero me temo, mi viejo, que te vas a quedar muy desilusionado, si es que esperas ir a una casa repleta con los mareantes vapores del éter y estremecida por los alaridos de animales torturados. Desciende, Alfred. Baja al suelo.

Pero Alfred no iba a ser desanimado tan fácilmente. Sus fantasías eran una parte importante en su vida y, aunque se sintió un tanto irritado por el que yo hubiera acertado con la fuente de su inspiración, no se sintió derrotado. En lugar de ello, prosiguió dándole vueltas al asunto en su cabeza, y añadiendo algún toque

extra aquí y allí.

—¿Por qué tortugas? —le oí murmurar—. El escoger reptiles solo parece hacer las cosas más complicadas.

Siguió pensando durante algunos momentos, y luego añadió:

—Brazos. ¡Brazos y manos! ¿Dónde infiernos habrá podido conseguir un par de brazos?

Sus ojos se desorbitaron aún más, parecieron más excitados al pensar en ello.

—¡Vamos, vamos! ¡No te vayas tan lejos! —le aconsejé.

De todas maneras, era una pregunta difícil de contestar y un tanto inquietante...

A la siguiente tarde, Alfred y yo nos presentamos en la casita del guarda de la granja Membury y le dimos nuestros nombres al hombre de aspecto suspicaz que vigilaba la entrada. Agitó la cabeza como para indicar que no había ni posibilidad de que lográsemos nuestro objetivo, pero tomó el teléfono.

Yo tenía la esperanza bastante inconfesable de que su descorazonadora actitud fuera confirmada por los acontecimientos. Naturalmente, tendríamos que haber seguido con el asunto, aunque solo fuera para calmar a los habitantes del pueblo, pero me hubiera gustado que Alfred hubiera tenido más tiempo para serenarse. En aquel momento, su agitación y expectación estaban, si ello era posible, en aumento. Las fantasías de Poe y Zola no son nada comparadas con los productos de la imaginación de Alfred, cuando dispone de un combustible adecuado. Según parecía, durante toda la noche las pesadillas más horribles habían galopado por sus sueños, y ahora estaba en un momento en que frases tales como «el despiadado torturar de nuestros amigos irracionales» por las «malévolas manos armadas con bisturíes» y «los estremecidos gritos de un millón de víctimas temblorosas que claman a los cielos» surgían automáticamente de su boca. Era molesto. Si no hubiera aceptado acompañarle, desde luego hubiera ido solo, en cuyo caso posiblemente se hubiera metido en un buen lío a causa de las acusaciones generalizadas de matanza, mutilación y sadismo con que indudablemente hubiera iniciado la conversación.

Al fin, le persuadí de que su papel debía ser el de mantener los

ojos muy abiertos en busca de nuevas pruebas, mientras yo realizaba la entrevista. Luego, si no estaba satisfecho, siempre podría hablar él.

A mí solo me cabía esperar que lograra enfrentarse con su presión interna.

El guarda regresó del teléfono con expresión sorprendida.

—¡Dice que los recibirá! —nos explicó, aunque no parecía estar muy seguro de haber oído bien—. Lo encontrarán en el ala nueva del edificio... esa parte de ladrillo rojo de allí.

El ala nueva, que era la que el entrometido de Bill había espiado, resultó ser mucho mayor de lo que yo me había imaginado. Cubría un área casi tan grande como la de la casa original, pero solo tenía un piso de altura. Mientras nos acercábamos, se abrió una puerta en su extremo y una alta silueta, vestida con ropas holgadas, que llevaba una barba desaliñada, apareció en ella, esperándonos.

—¡Buen Dios! —dije mientras nos aproximábamos—. ¡Así que es por eso por lo que entramos tan fácilmente! No tenía ni idea de que *tú* fueras ese Dickson.

¿Quién lo iba a pensar?

—Si hablamos de esas cosas —me retrucó—, parece estar ocupándote de una profesión bien rara para un hombre de tu inteligencia.

Recordé a mi compañero.

—Alfred —dije—, me gustaría presentarte al doctor Dickson... En una ocasión, un pobre ayudante de cátedra que intentó enseñarme algo acerca de biología, pero que luego, según se dice, se convirtió en el heredero de muchos millones.

Alfred parecía suspicaz. Obviamente, aquello estaba mal: un intento de fraternización con el enemigo desde el mismo principio. Hizo un gesto desabrido, y no extendió la mano.

—¡Entrad! —invitó Dickson.

Nos hizo pasar a un confortable estudio oficina que parecía confirmar los rumores de su herencia. Me senté en un magnífico sillón.

—Posiblemente te habrás enterado por tu guarda de que estamos aquí por asuntos oficiales —le dije—. Así que quizá sería mejor hablar de negocios antes de celebrar nuestra reunión. Sería realmente amable el aliviar la tensión de mi amigo Alfred.

El doctor Dickson asintió y lanzó una mirada especulativa a Alfred, que no tenía ninguna intención de comprometerse sentándose.

—Te daré la información que se nos comunicó —le dije, y pasé a hacerlo. Cuando llegué a la descripción de los seres parecidos a tortugas, pareció algo tranquilizado.

—Oh, así que es eso lo que les sucedió.

—¡Ah! —gritó Alfred, con su voz hecha un graznido por la excitación—. ¡Así que lo admite! ¡Admite que es usted responsable de esas dos infelices criaturas!

Dickson lo miró, asombrado.

—Yo *era* responsable de ellas... pero nunca supe que fueran infelices. ¿Cómo lo ha sabido usted?

Alfred no contestó a esta pregunta.

—Eso es lo que queríamos —graznó—. Admite que...

—Alfred —le dije fríamente—, cállate y deja de dar saltos. Déjame que siga yo.

Logré decir unas cuantas frases más, pero Alfred tenía ya demasiada presión interna para poderlo soportar. Me interrumpió de nuevo:

—¿Dónde... dónde consiguió los brazos? Dígame: ¿de dónde salieron? —preguntó, con una intención ominosa.

—Tu amigo parece un poco sobre... bueno, un tanto dramático —señaló el doctor Dickson.

—Mira, Alfred —le dije severamente—, déjame que acabe, ¿quieres hacerme el favor? Luego podrás hablarnos de tus robos de cadáveres.

Cuando terminé, lo hice con una excusa que me parecía necesaria. Le dije a Dickson:

—Lamento tener que venir a molestarte con todo esto, pero ya ves con lo que nos hallamos. Cuando se nos presenta una queja, no nos queda otra solución que investigar. Obviamente, esto es algo fuera de lo habitual, pero estoy seguro de que podrás explicárnoslo satisfactoriamente. Y ahora, Alfred —añadí, volviéndome hacia él—, creo que tienes que hacer una o dos preguntas, pero trata de recordar que el nombre de nuestro anfitrión es Dickson, y no Moreau.

Alfred saltó, como si le hubiesen soltado la correa.

—Lo que quiero saber es el significado, la razón y el método de esos ultrajes contra la naturaleza. Pido que se me explique con qué derecho este hombre se considera justificado a convertir seres normales en burlas antinaturales de las formas naturales.

El doctor Dickson asintió suavemente.

—Una indagación muy comprehensiva... aunque expresada muy poco comprehensivamente —dijo—. Deploro el repetido y no muy adecuado uso de la palabra «naturaleza», y desearía señalar que la palabra «antinatural» es un vulgarismo que ni siquiera tiene sentido. Obviamente, si se ha hecho una cosa, es porque alguien creía que era natural hacerla, y estaba en la naturaleza del material aceptar lo que le fue hecho. Uno actúa únicamente dentro de los límites de la naturaleza propia: esto es un axioma...

—Toda esa palabrería no va a servirle para... —comenzó a decir Alfred, pero Dickson continuó suavemente:

—Sin embargo, creo que he podido entender que usted quería decir que mi naturaleza me ha llevado a usar cierto material en una forma que sus prejuicios no aprueban. ¿Es eso cierto?

—Quizá haya montones de formas en qué decirlo, pero yo lo llamo vivisección... ¡vivisección! —dijo Alfred, disfrutando de la palabra como si fuera una buena palabrota—. Quizá obtenga usted una autorización, pero aquí se han estado produciendo cosas que tendrá que explicarnos muy bien para convencernos de que no llevemos este asunto a la policía.

El doctor Dickson asintió.

—Me pareció que esta era su idea, y preferiría que no lo hiciese. Dentro de poco voy a anunciarlo todo yo mismo, y pasará al dominio público. Mientras tanto, deseo al menos dos, y posiblemente tres meses, para ordenar mis descubrimientos antes de publicarlos. Cuando me haya explicado, creo que podrán comprender mejor mi postura.

Hizo una pausa, mirando pensativo a Alfred, que no parecía ser un hombre que fuera a comprender nada. Prosiguió:

—El meollo del asunto es que no he, como usted sospecha, ni trasplantado ni modificado, ni en ninguna manera distorsionado, las formas vivas. Lo que he hecho ha sido *construir* algunas.

Durante un momento, ninguno de nosotros captó el significado de aquello... aunque Alfred pensó haberlo entendido.

—¡Ah!, puede usted decir lo que quiera —exclamó—. Pero tiene que haber tenido una base. Debe haber partido de algún tipo de animal vivo... al que habrá mutilado malévolamente para producir esos horrores.

Pero Dickson negó con la cabeza.

—No. Es tal como les he dicho. He *construido*, y luego he dado una especie de vida a lo que he construido.

Nos quedamos boquiabiertos. Yo dije, incierto:

—¿Estás diciendo en realidad que puedes crear un ser vivo?

—¡Puah! —exclamó—. Claro que puedo. Y tú también. Hasta el señor Alfred podría hacerlo, con la ayuda de una hembra de nuestra especie. Lo que os estoy diciendo es que puedo animar la materia inerte porque he hallado una forma en que inducir la fuerza vital, o al menos algún tipo de fuerza vital.

La larga pausa que siguió fue rota finalmente por Alfred.

—No lo creo —dijo en voz alta—. No es posible que usted, aquí en este poblacho perdido, haya resuelto el misterio de la vida. Solo está tratando de engañarnos porque tiene miedo de lo que podamos hacer.

Dickson sonrió con calma.

—He dicho que he hallado *una* fuerza vital. Quizá haya docenas de otros tipos. Comprendo que les resulte difícil creerlo; pero, después de todo, ¿por qué no? Alguien tenía que hallarlo, más pronto o más tarde. Lo que a mí me sorprende es que esta no fuera descubierta antes.

Pero Alfred no quedaba convencido tan fácilmente.

—No me lo creo —repitió—. Ni nadie lo creará, a menos que muestre pruebas... si le es posible.

—Naturalmente —aceptó Dickson—. ¿Quién se iba a fiar simplemente de mi palabra? Aunque me temo que cuando examinen mis actuales especímenes crean que su construcción es un tanto burda. Su amiga la naturaleza lleva a cabo unos trabajos innecesarios, que pueden ser simplificados.

»Por supuesto, en el asunto de los brazos, que parece preocuparle tanto, si pudiera haber obtenido verdaderos brazos inmediatamente después de la muerte de sus propietarios, quizá los hubiera usado. Pero no sé si esto me hubiera representado más problemas. Sin embargo, esas cosas no se encuentran

habitualmente. Y la construcción de piezas simplificadas no es demasiado difícil: solo se necesita una mezcla de ingeniería, química y sentido común. En realidad, ha sido posible desde hace un cierto tiempo, pero, sin los medios con que animarlos, no valía la pena hacerlos. Algún día se podrán hacer con la precisión necesaria para reemplazar algún miembro perdido pero, antes de que esto sea posible, se deberá desarrollar una técnica muy complicada.

»En cuanto a sus sospechas de que mis especímenes sufren, señor Weston, le aseguro que los trato bien. Me han costado una buena cantidad de dinero y trabajo. Y, en cualquier caso, le iba a ser realmente difícil el enjuiciarme por crueldad hacia un animal hasta ahora desconocido, cuyas costumbres no se saben.

—No estoy convencido —dijo Alfred tercamente.

Creo que el pobre tipo estaba demasiado preocupado por la amenaza a su teoría para que la verdadera magnitud de la afirmación de Dickson llegase a calarle.

—Entonces, quizá una demostración —sugirió Dickson—. Me harán el favor de seguirme...

La curiosidad de Bill nos había preparado para la visión de las jaulas con barrotes de acero en el laboratorio, pero no para muchas de las otras cosas que hallamos allí... una de ellas fue el hedor.

El doctor Dickson se excusó mientras nos atragantábamos y carraspeábamos.

—Me olvidé de advertirles acerca de los líquidos preservativos.

—Es confortador saber que solo se trata de eso —dije, entre toses.

La habitación debía tener unos treinta metros de largo por diez de alto. Bill había visto bien poco a través de la rendija de las cortinas, y yo miré asombrado la cantidad de instrumental que había allí reunido. Más o menos había una cierta división por secciones: química en un rincón, mesa y herramientas en otro, aparatos eléctricos agrupados en un extremo, etcétera. En uno de varios estrados se hallaba una mesa de operaciones, con mesillas repletas de instrumental quirúrgico. Los ojos de Alfred se agrandaron al verla, y una expresión de triunfo comenzó a iluminar

su rostro. En otro estrado había algo que parecía más un estudio de escultor, con moldes y matrices yaciendo sobre mesas. Más allá había grandes prensas, y hornos eléctricos de buen tamaño, pero la mayor parte de los aparatos, excepto los más simples, me decían bien poco.

—No hay ni ciclotrón ni microscopio electrónico. Aparte esto, hay un poco de todo —comenté.

—Te equivocas. Ahí está el microscopio... ¡Hey, tu amigo se va!

Alfred se había ido en línea recta hacia la mesa de operaciones. Estaba mirando fijamente a su alrededor y por debajo de ella, presumiblemente esperando hallar manchas de sangre. Fuimos tras de él.

—Aquí está uno de los principales acicates de esa febril imaginación suya —dijo Dickson. Abrió un cajón, sacó un brazo y lo dejó sobre la mesa de operaciones—. Échenle una mirada a esto.

La cosa era de un amarillo cerúleo, sin ninguna otra coloración. Su forma era bastante aproximada a la de un brazo humano, pero cuando miré de cerca la mano, vi que era suave y no estaba marcada por líneas ni arrugas, ni tampoco tenía uñas.

—No valía la pena preocuparse de esto, en este estadio —dijo Dickson, contemplándome.

Ni tampoco era un brazo completo: se acababa en seco a medio antebrazo.

—¿Qué es eso? —inquirió Alfred, señalando un espigón de acero que surgía.

—Acero inoxidable —le dijo Dickson—. Mucho más rápido y menos caro que el preparar matrices para fabricar huesos. Cuando estandarice el equipo, probablemente pasaré a huesos de plástico; así podré evitar algo de peso.

Alfred parecía muy preocupado y desalentado; aquel brazo era convincentemente no viviseccional.

—Pero ¿por qué un brazo? ¿Por qué todo esto? —preguntó, con un gesto que incluía a toda la sala.

—Le contestaré por orden: un brazo... o mejor, una mano, porque es la herramienta más útil jamás producida. Y ciertamente, a mí no se me ocurrió nada mejor. Y «todo esto» porque, una vez descubrí el secreto básico, me vino el deseo de construir como prueba una criatura perfecta... o lo más perfecta que se le podía

ocurrir a la mente finita de uno.

»Los seres similares a tortugas fueron un paso primitivo. Tenían el bastante cerebro como para vivir y tener reflejos, pero no lo bastante para un pensamiento constructivo. Y era necesario.

—¿Quieres decir que tu... criatura perfecta, puede pensar constructivamente? —le pregunté.

—Tiene un cerebro tan bueno como el nuestro, y algo mayor —dijo—. No obstante, lo que le falta es experiencia... educación. De todas maneras, como su cerebro está totalmente desarrollado, aprende mucho más rápido de lo que lo hace un niño.

—¿Podemos verla? —pregunté.

Suspiró con pesar.

—Todo el mundo quiere siempre pasar directamente al producto terminado. De acuerdo. Pero primero os haré una pequeña demostración... me temo que tu amigo sigue sin estar convencido.

Se dirigió hacia las mesillas de instrumentos quirúrgicos y abrió una caja de preservación. De su interior sacó una masa blanca e informe que dejó sobre la mesa de operaciones. Luego, llevó la mesa hacia un aparato eléctrico situado algo más hacia allá en la sala. Bajo el pálido y estremecido objeto vi que surgía una mano.

—¡Santo cielo! —exclamé—. ¡El «almohadón con manos» de Bill!

—Sí... no se equivocaba del todo, aunque según me habéis contado exageró un tanto. Este muchachito es en realidad mi principal asistente. Tiene todas las partes esenciales: digestiva, vascular, nerviosa, respiratoria. De hecho, puede vivir. Pero la suya no es una existencia demasiado excitante... es una especie de motor de pruebas sobre el que comprobar los apéndices recién contruidos.

Mientras se atareaba con algunas conexiones eléctricas, añadió:

—Si quisiera usted, señor Weston, tomarse la molestia de examinar el espécimen en cualquier forma que se le ocurra mientras no lo dañe, para convencerse de que no está vivo en este momento, se lo agradecería.

Alfred se aproximó a la masa blanca. La observó de cerca a través de sus gafas, con un cierto disgusto. La hurgó con un índice tanteante.

—¿Así que la base es eléctrica? —le dije a Dickson.

Tomó una botella de algún líquido gris y echó una cierta cantidad en una probeta.

—Quizá, Por otra parte, tal vez sea química. No creerás que te voy a contar *todos* mis secretos, ¿no?

Cuando hubo terminado con sus preparativos, dijo:

—¿Satisfecho, señor Weston? No me gustaría que luego me acusase de haberle hecho un truco de prestidigitador.

—No parece estar con vida —admitió Alfred, cautamente.

Contemplamos como Dickson le colocaba varios electrodos. Luego, eligió cuidadosamente tres puntos de la superficie e inyectó en cada uno de ellos el contenido de una jeringa llena de un líquido azul pálido. Después, roció por dos veces toda la masa con diferentes nebulizadores. Finalmente, cerró cuatro o cinco clavijas eléctricas en rápida sucesión.

—Ahora —dijo con una suave sonrisa— esperaremos durante cinco minutos... que pueden pasar, si lo desean, tratando de decidir cuales, o cuantas de mis acciones han sido realmente decisivas.

Al cabo de tres minutos, la flácida masa comenzó a pulsar débilmente. Poco a poco, el movimiento se incrementó, hasta que suaves y rítmicas ondulaciones estuvieron recorriéndola. Entonces, rodó hacia un lado o se dio media vuelta, mostrando la mano que había estado oculta bajo ello. Vi como los dedos de esa mano se tensaban y trataban de aferrarse a la lisa superficie de la mesa.

Creo que grité. Hasta que sucedió en realidad, no me había sido posible creer que fuera a pasar. Ahora, parte del significado de todo aquello me inundó. Aferré a Dickson por el brazo.

—¡Muchacho! —le dije—. Si hicieras eso con un cadáver...

Pero él negó con la cabeza.

—No. No funciona. Lo he intentado. Uno tiene una cierta justificación para llamar a esto vida... creo. Pero de alguna manera es una vida de un tipo distinto. No logro comprender por qué...

Distinta o no, sabía que estaba mirando a la semilla de una revolución, con potencialidades que sobrepasaban lo imaginable.

Y durante todo ese tiempo, Alfred hurgaba en la cosa, como si fuera un fenómeno de circo, tratando de asegurarse que nadie iba a engañarle con espejos, o estaba moviéndola con cables.

Se tuvo merecido el par de centenares de voltios que le pasaron por los dedos.

—Y ahora —dijo Alfred, cuando estuvo satisfecho de que cabía eliminar al menos las formas más burdas de engaño—, ahora, nos gustaría ver esa «criatura perfecta» de la que nos ha hablado.

Parecía tan poco dispuesto como siempre a aceptar la maravilla que había contemplado. Estaba convencido de que se había cometido algún tipo de delito, y estaba dispuesto a hallar una evidencia, que pudiera permitirle clasificarlo en su adecuada categoría.

—Muy bien —aceptó Dickson—. Por cierto, la llamo Una. Ningún otro nombre en el que pudiera pensar parecía adecuado, pero como se trata de la primera de su especie, creo que le va bien el nombre de Una.

Nos llevó a lo largo de la habitación hasta la última y mayor de las jaulas de la hilera. Apartándose un poco de las barras, llamó a su ocupante.

No sé lo que yo esperaba ver... ni tampoco lo que esperaba ver Alfred. Pero ninguno de nosotros tuvo aliento para comentar lo que vimos cuando se aproximó hacia nosotros.

La «criatura perfecta» de Dickson era una burla grotesca mucho más horrible de lo que jamás me hubiera imaginado despierto o en sueños.

Imagínense, si pueden, un caparazón oscuro y cónico de un material algo brillante. El vértice redondeado del cono se alzaba a un metro ochenta del suelo: la base era de un metro treinta o más de diámetro, y todo ello estaba soportado por tres patas cortas y cilíndricas. Tenía cuatro brazos, parodias de brazos humanos, que se proyectaban de junturas situadas a una distancia media de su altura total. Unos ojos, situados a unos quince centímetros por debajo del vértice, nos miraban fijamente bajo párpados de tejido córneo. Por un instante estuve a punto de caer en la histeria.

Dickson contempló la cosa con orgullo.

—Tienes visita, Una —dijo.

Los ojos se volvieron hacia mí, y luego a Alfred. Uno de ellos hizo un guiño, con un clic de su párpado al cerrarse. Una voz profunda y reverberante surgió no se sabía de dónde.

—¡Al fin! Ya me estaba cansando de pedírtelo —dijo.

—¡Buen Dios! —dijo Alfred—. ¿Esa cosa horrenda puede hablar? La fija mirada se clavó en él.

—Este me servirá. Me gustan sus ojos de cristal —retumbó la voz.

—Tranquila, Una. No es lo que te supones —se interpuso Dickson—. Debo pedirles —nos dijo a ambos, pero mirando a Alfred — que tengan cuidado con sus comentarios. Naturalmente, a Una le falta la experiencia ordinaria, pero se da cuenta de que es distinta... y de sus diversas superioridades físicas. Tiene un temperamento bastante irritable, y no vamos a obtener nada ofendiéndola. Es natural que, en principio, les parezca algo sorprendente su apariencia, pero eso se puede explicar.

Adoptó el tono de un conferenciante:

—Una vez hube descubierto mi método de animación, mi primera inclinación fue construir una forma aproximadamente antroipoide para que sirviera de demostración convincente. No obstante, pensándolo mejor, decidí no realizar una simple imitación. Resolví proceder de una forma funcional y lógica, alterando ciertos aspectos que me parecían mal diseñados o poco eficaces en el hombre y otros seres vivos. Igualmente, más tarde me resultó necesario efectuar algunas modificaciones debido a motivos técnicos y de construcción. Sin embargo, en general, Una es el resultado de mi decisión —hizo una pausa, mirando cariñosamente a la monstruosidad.

—Esto... ¿dijiste *lógicamente*? —inquirí.

Alfred hizo una pausa antes de comentar. Siguió mirando a la criatura, que mantenía sus ojos fijos en él. Uno casi podía verle haciendo que lo que él llama su naturaleza buena sobrepasase el simple prejuicio. Ahora, se alzó noblemente sobre su anterior comentario que había demostrado poca simpatía.

—No considero adecuado el confinar a un animal tan grande en un recinto tan pequeño —anunció.

Uno de los párpados córneos cliqueteó de nuevo al hacer un guiño.

—Me gusta. Tiene buenos sentimientos. Servirá —resonó la gran voz.

Alfred se encorvó un poco. Tras una larga experiencia en mostrarse paternal hacia los animales desprovistos de inteligencia, encontraba desconcertante el hallarse frente a una criatura que no solo hablaba sino que se mostraba paternalista hacia él. Le devolvió

la mirada inquieto.

Dickson, sin hacer caso de la interrupción, prosiguió:

—Probablemente la primera cosa que les llamará la atención es el que Una no tenga una cabeza definida. Esa fue una de mis primeras modificaciones; la cabeza normal está demasiado expuesta y es demasiado vulnerable. Naturalmente, los ojos tienen que estar colocados en lo alto, pero no hay ninguna necesidad de una cabeza casi seccionada.

»Pero, al eliminar la cabeza, tenía que tener presente el problema de la visión. Por consiguiente, le di tres ojos, dos de los cuales pueden vernos ahora, y otro que tiene en la espalda, aunque, hablando con corrección, no se puede decir que tenga espalda. De esta manera, puede mirar y enfocar fácilmente en cualquier dirección sin la complicación de una cabeza semirotativa.

»Su forma general también logra que cualquier objeto que caiga o le sea lanzado resbale sobre el caparazón de plástico reforzado, pero me pareció adecuado, para aislar al cerebro lo más posible de todo golpe, el situarlo allá donde uno esperaría que se hallase el estómago. De esta manera, pude colocar el estómago más alto, y permitir una disposición más conveniente de los intestinos.

—¿Cómo come? —intervine.

—Tiene la boca en el otro lado —dijo secamente—. Bueno, debo admitir que, a primera vista, el que tenga cuatro brazos puede dar una impresión de frivolidad. Sin embargo, como he dicho antes, la mano es la herramienta perfecta... *si* tiene el tamaño adecuado. Así que podrán ver que el par superior de Una son delicadas y finamente moldeadas, mientras que las más bajas son poderosamente musculosas.

»También puede interesarles su respiración. He usado un principio de flujo, inhala por aquí, exhala por allí. Deben admitir que es una mejora sobre nuestro propio sistema, bastante repugnante.

»En lo que respecta al diseño general, desafortunadamente resultó ser considerablemente más pesada de lo que yo había esperado... de hecho, sobrepasa algo la tonelada, y, para soportar este peso, tuve que modificar algo mis planes originales. Rediseñé las patas y pies pensando en las de un elefante, para así distribuir el peso, pero me temo que el resultado no es totalmente satisfactorio;

tendría que hacerse algo con los modelos más avanzados para reducir el peso total.

»El principio de las tres patas fue adoptado porque resulta obvio que el bípedo debe emplear una gran cantidad de energía muscular simplemente en mantener su equilibrio, y un trípode es no solo eficiente, sino más fácilmente adaptable a las superficies irregulares que un sistema de cuatro patas.

»En lo referente al sistema reproductivo...

—Perdóname si te interrumpo —le dije—, pero con un caparazón de plástico y mucho acero inoxidable no... esto... logro ver...

—Es un asunto de equilibrio glandular: regulación de la personalidad. Algo tenía que hacerse al respecto, aunque admito que no estoy muy satisfecho con lo que he logrado. Sospecho que una solución siguiendo la línea partenogenética hubiera sido... De todas maneras, ahí está. Y le he prometido un compañero. Debo admitir que creo que es fascinante especular...

—Él servirá —interrumpió la voz retumbante, mientras el ser continuaba mirando fijamente a Alfred.

—Naturalmente —prosiguió diciéndonos Dickson, algo apresuradamente—. Una nunca se ha visto a sí misma, así que no sabe qué aspecto tiene. Probablemente cree...

—Sé lo que quiero —dijo la voz profunda, con firmeza y en tono muy alto—. Quiero...

—Sí, sí —se interpuso Dickson, también con voz muy alta—. Ya te explicaré luego.

—Pero quiero... —repitió la voz.

—¡Querrás callarte! —gritó fieramente Dickson.

El ser emitió un débil sonido de protesta, pero desistió.

Alfred se irguió con el aire de alguien que, tras estar reprimiendo severamente sus impulsos, se ve obligado a hablar.

—No puedo aprobar esto —anunció—. Concedo que quizá esta criatura sea creación suya... No obstante, una vez creada, se convierte, en mi opinión, en merecedora de las mismas protecciones que cualquier otro animalillo... es decir, que cualquier otro ser vivo.

»No diré nada acerca de la aplicación que ha dado a su descubrimiento... excepto que me parece que se ha comportado

usted como un niño irresponsable al que hayan dejado suelto sin vigilancia entre un montón de arcilla de modelar, y que usted ha producido un lío verdaderamente blasfemo, y uso la palabra blasfemo perfectamente consciente de lo que significa; un monstruo, una perversión. Sin embargo, no diré nada al respecto.

»Lo que digo es que, según la ley, esta criatura puede ser considerada simplemente como una especie de animal desconocido. Pienso informar que, según mi opinión profesional, está siendo confinada en una jaula demasiado pequeña, y claramente sin la adecuada oportunidad para hacer ejercicio. No soy capaz de juzgar si está siendo alimentada adecuadamente o no, pero es fácil darse cuenta de que tiene necesidades que no están siendo satisfechas. En dos ocasiones ya ha intentado expresárnoslas, y usted lo ha impedido, intimidándola.

—Alfred —intervine—, ¿no crees que quizá...? —Pero fui interrumpido por el ser, trompeteando como un trombón:

—¡Creo que es maravilloso! ¡Esa forma en que destellan sus ojos! ¡Lo quiero! —suspiró, con una especie de profunda vibración que hizo estremecerse el suelo. Evidentemente, aquel sonido era tremendamente melancólico, y a la mente monomaniaca de Alfred solo sirvió para ofrecerle una evidencia adicional.

—Si esa no es la queja de un ser desdichado —dijo, acercándose más a la jaula—, entonces es que nunca he...

—¡Cuidado! —gritó Dickson, saltando hacia adelante.

Una de las manos del ser salió como un relámpago por entre los barrotes. Simultáneamente, Dickson aferró a Alfred por los hombros y tiró de él hacia atrás. Se oyó un desgarrar de ropa, y tres botones cayeron sobre el linóleo.

—¡Fiu! —Hizo Dickson.

Por primera vez, Alfred pareció algo alarmado.

—¿Qué...? —comenzó a decir.

Un profundo y amenazador sonido surgido de la jaula apagó el resto de la frase:

—¡Dádmelo! ¡Lo quiero! —rugió la voz, irritada.

Las cuatro manos se aferraron a los barrotes. Dos de ellas hicieron traquetear violentamente la puerta. Los dos ojos visibles estaban clavados fijamente en Alfred. Este comenzó a mostrar signos de empezar a comprender la situación. Sus propios ojos se

abrieron algo más tras sus gafas.

—Esto... ¿No... no querrá decir...? —comenzó, incrédulo.

—¡Dádmelo! —aulló Una, saltando alternativamente sobre sus patas y haciendo estremecerse al edificio.

Dickson estaba contemplando con cierta preocupación su obra.

—Me pregunto... me pregunto, ¿acaso me habré pasado de rosca en lo de las hormonas? —Especuló, pensativo.

Alfred había comenzado a formarse una idea. Se apartó algo más de la jaula. Este movimiento no le causó buen efecto a Una.

—¡Dádmelo! —gritó, como una especie de sepulcral sistema de altavoces—. ¡Dádmelo! ¡Dádmelo!

Era un sonido que intimidaba.

—¿No sería mejor que...? —insinuó.

—Quizá, dadas las circunstancias... —Estuvo de acuerdo Dickson.

—¡Sí! —dijo Alfred, decididamente.

El timbre de voz con el que operaba Una hacía difícil el estar muy seguro de lo más intrincado de sus sentimientos; el sonido que se oía tras de nosotros y que hacía estremecerse las ventanas mientras nos alejábamos, podría haber expresado ira, angustia o ambas cosas. Incrementamos algo la velocidad de nuestros pasos.

—¡Alfred! —gritaba una voz similar a la de una sirena antiaérea desconsolada—. ¡Quiero a Alfred!

Alfred lanzó una mirada hacia atrás, y caminó algo más aprisa.

Se oyó un estruendo que hizo resonar los barrotes y estremecerse al edificio.

Miré hacia atrás, para ver a Una en el acto de retirarse hacia atrás en su jaula con la evidente intención de abalanzarse de nuevo contra la puerta. Corrimos a escape hacia la salida. Alfred fue el primero en atravesarla.

Un sonido estruendoso estalló al otro extremo de la habitación. Mientras Dickson cerraba la puerta tras nosotros, pude dar una ojeada a Una, que se llevaba por delante barrotes y mobiliario, como si fuera un autobús que hubiera perdido la dirección.

—Creo que necesitaremos alguna ayuda para enfrentarnos a ella —dijo a Dickson.

Pequeñas gotitas de sudor estaban formándose en la frente de Alfred.

—¿No... no cree que sería mejor que...? —comenzó a decir.

—No —dijo Dickson—. Lo vería a través de las ventanas.

—Oh —dijo desconsolado Alfred.

Dickson abrió camino hacia un gran cuarto de estar, y fue hacia el teléfono. Lanzó mensajes urgentes a la policía y los bomberos.

—Creo que ya no queda nada más que hacer, hasta que lleguen aquí —dijo, mientras colgaba el receptor—. Probablemente se quedará en el laboratorio, a menos que se la excite más.

—¡Excitarla! Me gustaría... —comenzó a protestar Alfred, pero Dickson prosiguió:

—Por suerte, estando donde estaba, no podía ver la puerta, así que existen muchas posibilidades de que no sepa para qué sirven las puertas. Lo que me preocupa más son los daños que debe estar causando ahí dentro. ¡Escuchen!

Escuchamos durante algunos momentos los apagados sonidos de aplastamiento, roturas y rasgaduras. Entre ellos se escuchaba ocasionalmente un quejumbroso retumbar bisilábico que podría haber sido, o quizá no, la palabra «Alfred».

La expresión de Dickson se fue haciendo más angustiada mientras continuaban irrefrenables los sonidos.

—¡Todos mis archivos! ¡Todo el trabajo de muchos años está ahí dentro! —dijo amargamente—. Su Sociedad va a tener que pagarme mucho por esto, se lo advierto... Pero esto no me devolverá mis archivos. Se mostró perfectamente dócil hasta que usted la excitó. Nunca tuve ningún problema con ella.

Alfred comenzó a protestar de nuevo, pero fue interrumpido por el sonido de algo muy pesado que era derribado con un tremendo ruido, seguido por un sonido que parecía una catarata de cristales rotos.

—¡Dadme a Alfred! ¡Quiero a Alfred! —clamaba la estentórea voz.

Alfred se medio alzó, y luego se sentó agitadamente al borde de su silla. Sus ojos corrían nerviosos de aquí para allá. Mostró una tendencia a morderse las uñas.

—¡Ah! —dijo Dickson, tan de repente que nos asustó a ambos—. ¡Ah, eso debe ser! Debo haber calculado la necesidad de hormonas basándome en el peso total... *incluyendo* el caparazón. ¡Naturalmente! ¡Qué ridículo error! ¡Vaya, vaya! Hubiera sido

mejor si hubiese seguido con la idea original de la partenogénesis. ¡Santo cielo!

El estruendo que causó esta exclamación nos hizo ponernos a todos en pie y correr hacia la puerta.

Una había descubierto la forma de salir del laboratorio, simplemente utilizando el método de las terraplenadoras. La puerta, el marco de la misma, y parte de los ladrillos, habían salido con ella. En aquel momento estaba tambaleándose entre el montón de cascotes resultante.

Dickson no lo dudó.

—¡Rápido! Arriba... eso no lo podrá hacer —dijo.

En el mismo instante, Una nos descubrió. Lanzó un rugido. Corrimos a lo largo del pasillo hacia la escalera. Teníamos la ventaja de nuestra movilidad inicial, pues un peso como el de Una tarda un cierto tiempo en ponerse en marcha. Corrí escaleras arriba, con Dickson delante mío y, me imaginé, Alfred detrás. No obstante, eso no era totalmente cierto. No sé si Alfred se había quedado momentáneamente helado, o había fallado en su carrera inicial, pero cuando me encontré en lo alto de las escaleras, miré hacia atrás y lo vi a solamente unos escalones del piso bajo, con Una atronando en su persecución como una visión del Apocalipsis impulsada por cohetes.

Sin embargo, Alfred siguió subiendo. Pero Una no se quedó atrás. Quizá no se hallase familiarizada con las escaleras ni diseñada para utilizarlas, pero tampoco lo necesitó, pues lo agarró como si fuera un jugador de rugby. Hasta logró subir cinco o seis de los escalones antes de que se hundieran bajo su peso. Alfred, que para entonces se hallaba a mitad de la escalera, notó como se hundía bajo sus pies. Dio un grito al perder el equilibrio. Luego, arañando locamente el aire, cayó hacia atrás.

Una lo agarró con una presa a cuatro brazos tan limpia como pudiera imaginarse.

—¡Qué coordinación! —murmuró admirado Dickson tras de mí.

—¡Socorro! —Trompeteo Alfred—. ¡Socorro! ¡Socorro!

—¡Ah! —retumbó Una, en una especie de profundo diapasón de alegría. Se echó un poco hacia atrás, con un chirriar de madera.

—¡Mantenga la calma! —le aconsejó Dickson a Alfred—. No haga nada que pueda asustarla.

Alfred, abrazado por tres brazos y afectuosamente palmeado por el cuarto, no dio ninguna réplica inmediata.

Hubo una pausa para reconsiderar la situación.

—Bueno —dije—, deberíamos hacer algo. ¿No podríamos distraerla de alguna manera?

—Es difícil saber qué es lo que puede distraer a una hembra triunfadora en el momento de su éxito —observó Dickson.

Una emitió una especie de... de... bueno, si pueden ustedes imaginarse a un elefante arrullando contento...

—¡Socorro! —Trompeteó de nuevo Alfred—. Va a... ¡Ay!

—¡Calma, calma! —dijo Dickson—. Probablemente no haya ningún peligro. Después de todo es un mamífero... en su mayor parte. En cambio, si fuera otro tipo de animal, digamos una araña hembra...

—No creo que sea un buen momento para explicarle a Una las costumbres de las arañas hembras —sugerí—. ¿No hay una comida favorita, o algo así, con lo que podamos tentarla?

Una estaba meciendo a Alfred con tres brazos, y tanteándolo inquisitivamente con un dedo del cuarto. Alfred se debatía.

—Maldita sea, ¿no pueden *hacer* algo? —preguntó.

—¡Oh, Alfred! ¡Alfred! —le regañó ella, en una especie de cariñoso estruendo.

—Bueno —dijo dubitativamente Dickson—, quizá si tuviéramos algo de helado...

Se oyó un sonido de frenos y de vehículos que se detenían fuera. Dickson corrió rápidamente por el descansillo, y lo escuché tratando de explicar la situación, por la ventana, a los hombres que había en el exterior. Luego regresó, acompañado de un bombero y del jefe de bomberos. Cuando miraron abajo, al pasillo, sus ojos se desorbitaron.

—Lo que tenemos que hacer es rodearla sin asustarla —estaba explicándole Dickson.

—¿Rodear eso? —dijo dubitativo el jefe—. ¿Y qué infiernos es?

—No se preocupe por eso en este momento —le dijo impaciente Dickson—. Si podemos lanzarle unas cuerdas desde distintas direcciones...

—¡Socorro! —gritó de nuevo Alfred. Se debatió violentamente. Una lo apretó con más fuerza contra su caparazón y se rió amorosa.

Pensé que era un sonido especialmente aterrador; también hizo estremecerse a los bomberos.

—¡Por Cristo...! —exclamó uno de ellos.

—Apresúrense —les dijo Dickson—. Podemos echarle la primera cuerda desde aquí arriba.

Ambos regresaron a la ventana. El jefe comenzó a gritar instrucciones a los que estaban abajo; parecía tener dificultades para hacerse entender. Sin embargo, ambos regresaron al poco con una cuerda. Y aquel bombero era realmente experto; hizo girar suavemente el lazo, y lo dejó caer con una habilidad increíble. Cuando tiró de la cuerda, estaba rodeando el caparazón, por debajo de los brazos, de forma que no podía soltarse. Ató el otro extremo al soporte de la barandilla en la parte alta de la escalera.

Una seguía aún demasiado interesada en Alfred como para fijarse en lo que pasaba a su alrededor. Si un hipopótamo pudiera ronronear, con una especie de acompañamiento amoroso, supongo que ese sería el sonido que produciría.

La puerta frontal se abrió silenciosamente, y aparecieron los rostros de un cierto número de bomberos y policías, todos ellos con las bocas muy abiertas y los ojos desorbitados. Un momento más tarde se vio a otro grupo que miraba asombrado al pasillo desde la puerta de la sala de estar. Un bombero se adelantó nervioso, y comenzó a hacer girar su lazo. Desafortunadamente, al lanzarlo tocó a una lámpara, y cayó corto.

En aquel momento, Una se dio cuenta repentinamente de lo que estaba sucediendo.

—¡No! —atronó—. ¡Es mío! ¡Lo quiero!

El aterrorizado bombero se abalanzó a través de la puerta, cayendo sobre sus compañeros y cerrándola tras de sí. Sin darse la vuelta, Una comenzó a correr en la misma dirección. Nuestra cuerda se tensó, y saltamos hacia atrás. El soporte fue arrancado como si fuera un palillo, y se lo llevó colgando de la cuerda. Se oyó un grito desamparado de Alfred, que aún seguía firmemente aferrado, aunque, por fortuna para él, se hallase en el lado opuesto a la línea de avance. Una derribó la puerta delantera como si fuera un tanque. Se oyó un estruendo ensordecedor, saltó una lluvia de madera y yeso, y luego se vio una nube de polvo por entre la cual surgieron sonidos de consternación, superados por una voz que

rugía:

—¡Es mío! ¡No os lo llevaréis! ¡Es mío!

Para cuando logramos alcanzar las ventanas delanteras, Una ya había rebasado toda obstrucción. Tuvimos una excelente visión de su galope camino abajo, a unos quince kilómetro por hora, arrastrando, sin molestias aparentes, a media docena o más de policías y bomberos que se agarraban tercamente a la cuerda que colgaba de ella.

En la cerca, el guarda tuvo la presencia de ánimo de cerrar las puertas. Se zambulló en busca de refugio entre los matorrales cuando Una todavía se hallaba a algunos metros de distancia. Pero, no obstante, las puertas no significaban nada para ella: siguió adelante. Es cierto que se estremeció un tanto al impacto, pero cayeron desplomadas ante ella. Alfred agitaba los brazos y pataleaba locamente; hasta nosotros llegaba un lejano gemido pidiendo ayuda. El grupo de policías y bomberos fue arrastrado hasta los retorcidos hierros de la verja, y se quedó detenido allí. Cuando hubo desaparecido de nuestra vista, en la curva del camino, solo quedaban dos figuras agarradas heroicamente a la cuerda que colgaba de ella.

Se oyó un sonido de motores que arrancaban abajo. Y Dickson gritó que esperaran. Descendimos por las escaleras de atrás, y logramos subir al coche de bomberos cuando este arrancaba.

Hubo una pausa para apartar la verja que nos obstruía el paso en el camino, y luego salimos en persecución de la fugitiva.

Al cabo de algo más de medio kilómetro, el camino llevaba hacia un sendero muy inclinado y aún más estrecho. Tuvimos que abandonar el coche de bomberos y seguir a pie.

Al fondo, hay... había... un viejo puente para caballerías, que cruzaba el río. Supongo que debió servir durante muchos siglos para las caballerías, pero en los cálculos de sus constructores nunca debió entrar nada como Una a todo galope. Cuando llegamos a él, faltaba el trozo central, y un bombero estaba ayudando a un empapado policía a llevar la inerte figura de Alfred a la orilla.

—¿Dónde está? —inquirió ansioso Dickson.

El bombero lo miró, y luego señaló silenciosamente al centro del río.

—Una grúa. ¡Envíen inmediatamente a por una grúa! —pidió

Dickson. Pero todo el mundo estaba más interesado en sacar el agua del interior de Alfred y revivirlo.

Me temo que esta experiencia ha alterado permanentemente ese aire de compañerismo que existía entre Alfred y todos los animalillos. En la próxima avalancha de demandas, contrademandas, contracontrademandas y acusaciones de actos malvados y criminales de todo tipo, yo intervendré solamente como testigo. Pero Alfred, que naturalmente aparecerá por diversos motivos, dice que cuando las acusaciones de seducción de menores, intento de secuestro... bueno, y todo lo demás, cuando todo ello haya sido solucionado, piensa cambiar de profesión, pues le resulta ahora difícil mirar a una vaca o a cualquier animal hembra, sin una cierta prevención que tiende a no dejar que su juicio sea imparcial.

SUMMA ROBOTICAE

El Decreto del 6 de octubre del año 3209 era tajante y no permitía la menor escapatoria. Quedaban terminantemente prohibidas todas las obras escritas antes del siglo XXXIII y todos los ciudadanos que hubieran leído alguno de los libros comprendidos en ese período deberían presentarse irremisiblemente en el Centro de Salud Mental más próximo a su residencia, para que sus cerebros fueran «lavados» de todo recuerdo concerniente a tales escritos, y se les expidiera el certificado correspondiente de salubridad individual con el que reintegrarse a sus ocupaciones u ocios.

Esa medida, injusta a todas luces, vino a ponerme fuera de la ley. Me convirtió en un proscrito. Porque yo no estaba dispuesto a obedecer y renunciar para siempre a lo que fue mi vida, es decir, a mis profundos estudios acerca de la literatura en los siete mil años transcurridos desde el principio de la civilización egipcia hasta el fin de la era atómica.

Ni que decir tiene que, sin perder un instante, apenas la TV Corpórea acabó de difundir el texto íntegro del Decreto, consulté con mi abogado acerca de la posibilidad de presentar un recurso solicitando se me declarase exento del cumplimiento de la orden.

—Humm... Puede intentarse, aunque no sé qué resultado práctico se obtendrá —me respondió sentándose en imagen en uno de los sillones-cámara de mi salita de estar.

—¡Pero es que yo no puedo acceder a que por un capricho del Super Computador Máximo se me borre de un plumazo todo el trabajo de una vida! —respondí descompuesto—. Creo que los especialistas en estas cuestiones deberían ser salvaguardados para conservar de ese modo los tesoros de una cultura que es la base de nuestra civilización...

Hommer Guild, L. A. hizo un gesto vago con la mano y cortó en seco mi argumentación.

—Piensa, Thomas, que el Super Computador Máximo puede alegar, no sin falta de razón, que para esos menesteres están ya los Archivos de la Humanidad, servidos por robots, y donde se conservarán esos que tú llamas tesoros de la cultura y que a mí personalmente sólo me parecen balbuceos inseguros del infantilismo del hombre...

Me levanté indignado. ¿Cómo podría, aquel amigo mío, culto e inteligente, hablar con tanto desprecio de lo que constituía el máximo valor de toda una raza? ¿Acaso no eran joyas más quepreciadas las obras del griego Sófocles, del inglés Shakespeare, del español Cervantes, del francés Voltaire, del ruso Dostoyevski, del americano

O'Neil,

del japonés Hayaka, del panameño Sonora y de tantos miles de célebres escritores que con sus libros forjaron poco a poco la mentalidad de su época, labrando los escalones intelectuales que nos han colocado a nosotros, los contemporáneos, en esta cima inigualable?

Di media vuelta y salí de la habitación sin hacer caso al zumbido insistente de mi aparato de TV Corpórea desde el que Hommer me llamaba, seguramente con el propósito de excusarse.

Odiseo R., mi robot personal, salió a mi encuentro y me habló con la engolación que yo le había hecho adoptar para que se pareciera más al rey de Itaca con cuyo nombre le bauticé. (A propósito, tengo la curiosa costumbre de bautizar a mis robots con nombres extraídos de los personajes de la literatura clásica universal; así tengo mi robot guardaespaldas Mercurio; mi robot experto en modas Petronio; mi robot piloto de aeronaves Icaro, etc.).

—Thomas, mi amigo —me dijo. (Como muchos de mi siglo, trato a mis robots y hago que ellos me traten a mí, de manera circunspecta y deferente, como si todos fuéramos personas. Es esto una especie de homenaje a quienes construyeron máquinas tan perfectas)—. ¿Qué le ocurre? Le veo preocupado.

—Lo estoy, Odiseo. Lo estoy —contesté—. Se trata del endiablado decreto ordenando la desaparición total de todo

conocimiento acerca de la cultura tradicional y pasada. ¡No puedo acatarlo! ¡Es imposible para mí renunciar a lo que ha sido objeto de mis máximos esfuerzos durante toda mi vida! Además, según el Acta Constitucional promulgada por Feyenhord, tenemos el derecho de no obedecer las órdenes que vayan en contra del bien común y me parece que éste es el caso más flagrante de decretos anticivilizados...

Odiseo R. sacudió la cabeza.

—Creo que está usted ofuscado, amigo Thomas —dijo—. Debe ser el apasionamiento hacia su vocación lo que le nubla la razón...

—¿Qué quieres decir? —interrumpí furioso—. ¿Acaso juzgas justa y adecuada la medida gubernamental?

Su respuesta me llenó de sorpresa.

Los Thompson, que han transformado su casa en una reproducción del Imperio Inca y que hasta efectúan sacrificios de robots a los falsos dioses...

Tuve que reconocer interiormente que, en efecto, de entre las familias conocidas había muchas cuyas extravagantes actitudes carnavalescas habían dejado de hacerme gracia para inspirarme el más profundo de los respetos. Sin ir más lejos, Rivels Gaspar, envió durante dos meses a mi casa a su robot Gillespie R., para que yo le instruyera acerca de las particularidades del imperio otomano. Lo hice halagado por el profundo interés histórico que suponía en Rivels apasionarse por una época tan lejana de la civilización. Pero cuál no sería mi sorpresa cuando al visitarle en su hacienda encontré que sus ubérrimos jardines sintéticos se habían convertido en un inmenso arenal por el que cruzaban caravanas de antiestéticos animales que más tarde pude identificar como camellos.

Me adentré en sus tierras desérticas, creyendo que todo se debería a una excentricidad cometida con motivo de alguna fiesta, pero de pronto media docena de robots vestidos con chilabas azules y disparando inseguras espingardas, me atacó y tuve que volar de allí a toda la velocidad que permitía mi vehículo.

—Está bien, Odiseo —admití—. Reconozco que hay una serie de mentes enfermizas que se han pasado de la raya en su constante ocio y han creído poder huir de la monotonía de su existencia adoptando personalidades pasadas o de alguna otra manera

esquizofrénica. Pero yo no soy así. ¡Yo soy un ser equilibrado y razonable! ¡Me intereso por la cultura, por la verdadera cultura! ¡Conmigo tendría que hacerse una excepción!

Odiseo R. me miró con sus ojos expresivos y casi humanos.

—No es a mí a quien tiene que convencer, amigo Thomas —dijo—, sino a la comisión.

—Pero ¿cómo? ¡Ya sabes que no admitirán excepciones, como han hecho siempre! ¡En eso se muestran adamantes!

Odiseo R. meditó unos instantes. Luego dijo:

—Tengo una idea. Creo que dará resultado y usted podrá salvar sus recuerdos.

—¿Cuál? —pregunté ansioso.

—Tenemos a Thomas R. —me contestó—. Es el doble suyo en versión robot. Usted mismo lo ha enviado a sustituirle en diversos actos oficiales. Recuerde que lo hizo fabricar en secreto dándole la misma apariencia física que tiene usted...

—Sí, en efecto..., pero ¿qué quieres decir con eso? No te entiendo...

—Es muy sencillo, amigo Thomas. ¡Envíelo a él al Centro de Salud Mental para que le hagan el lavado de recuerdos creyendo que se trata de usted mismo!

Yo me entusiasmé:

—¡Fantástico, Odiseo! ¡Eres genial! ¡En buena hora te bauticé con el nombre del más astuto de todos los personajes literarios!

La idea me pareció perfecta y así la puse en práctica. A la mañana siguiente envié a Thomas R., mi robot duplicado, a que le efectuaran el lavado de recuerdos. Cuando regresó...

—¡Oh, Thomas R.! ¿Cómo te ha ido? —le pregunté corriendo ansiosamente a su encuentro.

Me miró con una extraña y distante frialdad.

—¿Cómo te atreves a posponer a mi nombre la R. de robot? —exclamó ceñudo—. ¿Desde cuándo un robot tutea a su señor?

—¡Pero yo no soy un robot, soy un humano! —exclamé con ojos desorbitados—. ¡Tú eres el robot! ¡Tú!

Thomas R., mi doble robótico, pareció descomponerse. Gritó una orden y acudieron obedientes los demás robots de la casa, entre ellos Odiseo R. Él fue quien me dijo:

—Para adquirir una cosa, sea material o inmaterial, se necesita

pagar un precio. Tú has querido conservar tus recuerdos saliéndote de la ley. Tú y muchos otros... ¿O es que crees haber sido el único que se hizo fabricar un duplicado robótico de sí mismo?... Ahora todos los humanos a quienes no se ha borrado el recuerdo están desplazados por sus dobles de mi raza. El mundo ha cambiado de manos. Los robots acabamos de reemplazar a los humanos en las tareas de gobierno. ¿Comprendes?

Asentí con ojos desorbitados y no me quedó más remedio que aceptar la situación. He pasado una temporada dedicado a las faenas más duras de una casa. Ahora, mi señor Thomas, me ha ascendido a bibliotecario y puedo pasarme horas y horas con mis viejos libros. En ellos he recordado que hubo un Julio César R., un Gengis Khan R., un Napoleón R., un Hitler R., que soñaron dominar el mundo y establecer un imperio en el que quedasen comprendidos todos los ciudadanos R. de la Tierra.

TIEMPO EXTRA

I

Una persona, al despertar, debería en mi opinión volver solamente a la coordinación, de otro modo nota como si hubiese alguna parte de él que no hubiera regresado a tiempo.

Y también hay otra cosa que me disgusta: se trata del brusco golpear del codo de una mujer —bueno, es decir, del codo de cualquier persona— entre mis costillas, y más particularmente si ocurre que esa mujer es mi esposa. Después de todo, aprender a no obrar de ese modo es parte de las obligaciones de una cónyuge.

En aquellas circunstancias mi respuesta salió bien clara de lo más hondo de mi subconsciente.

—¡Bueno, no es para tanto! —exclamó Sylvia—. Sé que soy sólo tu mujer, George, pero... ¡bueno, no es para tanto!

El espacio de tiempo entre causa y efecto se puso al corriente dentro de mi ser.

—Lo siento —dije—. Pero, santo cielo, de todas maneras, ¿qué es lo que pasa?

—No lo sé —reconoció Sylvia—. Pero tengo el presentimiento de que algo va mal.

—¡Oh, diablos! —exclamé, y encendí la luz.

Naturalmente, todo tenía el aspecto normal de costumbre.

—¿Intuición? —sugerí.

—No es necesario que te burles de mí, George. ¿No te acuerdas de aquel domingo en que supe que íbamos a tener un accidente con el coche?

—¿Qué domingo? Han habido tantos... —respondí.

—Oh, el domingo en que lo *tuvimos*, claro. Sentí lo mismo exactamente que estoy sintiendo ahora.

Me senté en la cama. El reloj de pared era también un regalo de

bodas. Al cabo de un rato calculé que trataba de señalar las 3.15 de la madrugada. Me puse a escuchar. Por ninguna parte se oía nada. Sin embargo, ya saben ustedes lo que es la intuición.

—Supongo que será mejor que eche un vistazo. ¿Dónde creíste que ocurría? —le pregunté.

—¿Que ocurrió el qué? —contestó ella.

—Lo que has oído.

—Pero yo no oí nada. Te dije... presiento que algo va mal... o que ocurre algo malo.

Me relajé y me arrellané en la almohada.

—¿Debería hacer algo acerca de eso? —pregunté.

—¿Qué puedes hacer? Es sólo un presentimiento.

—¿Entonces por qué diablos...? —empecé.

En aquel momento la luz se apagó.

—¡Mira! —exclamó Sylvia triunfante—. Lo sabía.

—Bueno. Bien, eso era entonces —dije, y me volví a tapar con el embozo.

—¿Es que no vas a echar un vistazo? —preguntó ella.

—Un posible fundido puede esperar hasta mañana... aun cuando tú hubieses guardado mi linterna eléctrica en el sitio —contesté.

—Pero puede que no sea un fusible —dijo ella.

—Al infierno con todo —murmuré, volviéndome a poner cómodo.

—Yo creí que te gustaría *averiguar*... —sugirió ella.

—No me gusta. Sólo quiero dormir —dije.

II

Cuando volví a despertar la mañana era hermosa y brillante. El sol entraba a raudales transformando el color de parte de la pared opuesta en un tono de oro pálido. Me desperecé un poco dentro de aquel cálido confort y extendí la mano en busca de un cigarrillo. Mientras lo encendía me acordé de la luz. Di al interruptor una y otra vez sin resultado. Aquel gracioso reloj eléctrico de pared aún parecía marcar las 3.15. Mi reloj de pulsera marcaba las siete de la mañana. Permanecí boca arriba, disfrutando las primeras bocanadas de humo del cigarrillo.

Sylvia seguía durmiendo. Tuve la tentación de darle un codazo en *sus* costillas para variar. Pero ella mientras duerme forma una figura decorativa y llena de paz y tranquilidad. Precisamente entonces, ella dijo:

—Ugh —y se subió las sábanas hasta los oídos—. Mi mujer no es de las que saludan el alba con un grito de alegría.

En aquel mismo instante se me ocurrió a mí, que algo raro había aquella mañana... una especie de ambiente de fiesta general. De ordinario se oyen una serie de sonidos como fondo, el tráfico de la calle principal, un coche que pasa ocasionalmente por delante de nuestra casa, las botellas de leche al sonar unas con otras y un sentido general de actividad. Esta mañana todo eso faltaba... incluso el canto de los pájaros. Un conturbador aire de paz se extendía por toda la vecindad. Cuando más escuchaba, más antinatural parecía. Por último me vi obligado a levantarme y acercarme a la ventana. Tras de mí Sylvia murmuró y se tapó más todavía con las sábanas.

Creo que permanecí mirando por la ventana varios minutos antes de volverme. Entonces dije:

—Sylvia. Ocurre algo muy raro.

—Ugh —contestó ella.

Dejando caer la afirmación, le dije:

—Ven y echa un vistazo. Si tú no te das cuenta también, es que yo debo de estar volviéndome loco.

El tono de mi voz penetró en ella y abrió los ojos.

—¿Qué es?

—Ven y lo verás —repetí.

Bostezó, se destapó y salió de la cama. Calzóse unas zapatillas decoradas con plumas por alguna incomprensible razón femenina y envolviéndose en una bata caminó vacilante cruzando la habitación.

—¿Qué...? —comenzó. Luego de pronto se quedó muda y estática, con la vista fija.

Vivimos en una urbanización. Es hermosa, con gente agradable. Las casas son parecidísimas, todas con sus garajes y jardines. No son grandes, como tampoco lo son los jardines, aunque sí lo bastante para que los maridos tengan trabajo ocupándose de arreglarlos. Nuestro edificio se alza en una ladera y desde la ventana del dormitorio podemos ver la parte posterior de una fila similar de casas cuya fachada principal da a una calle paralela a la nuestra, con jardines posteriores que suben ascendentes hacia nosotros. El extremo de nuestro jardín queda separado del final del opuesto por una alta cerca de madera que va continuando a lo largo de las demás propiedades. A través de los tejados de las casas opuestas, podemos ver la masa apiñada de las zonas industriales lejanas. En los días despejados vemos hasta muy lejos, hasta las bajas colinas donde casas similares a las nuestras se alzan entre árboles y jardines; pero más a menudo, las dos áreas residenciales están ocultas una de otra por la espesa bruma producida por el humo que se les interpone. No es, quizás, un panorama inspirador el de las altas chimeneas, las torres municipales y las panzudas partes posteriores de los cines, pero nos da una sensación de espacio y nos hace poseer una amplia zona de cielo. Lo malo en aquella mañana era que nos proporcionaba muy poquita cosa más.

Por debajo de nosotros se veía nuestro jardín y los macizos florales. Luego la cerca que separa el huerto del jardín. Allí las filas de judías, guisantes y coles, deberían haber seguido bajando hasta pasar un peral a la izquierda y un ciruelo a la derecha y llegar hasta

el departamento de las frambuesas y demás. Pero no era así. Comenzaban... pero a mitad de camino había un borde de tierra arenosa y parda en la que una hierba áspera crecía alta en retazos pequeños y en grupitos solitarios. Era como una tierra de dimas excepto que carecía de ondulaciones perceptibles y se extendía largamente, ondeando en la lejanía hasta que se encontraba con las colinas verdes y parduscas.

Miramos hacia allá en silencio durante un ratito. Luego Sylvia dijo con voz sofocada:

—¿Se trata de alguna especie de broma, George?

Sylvia tiene dos reacciones tipo ante cualquier clase de sorpresa desagradable. Una es, que si esta sorpresa fracasa en el intento de divertirla debe ser un chiste de cualquier especie. Y la otra, en lo que a ella concierne, yo debo de ser el responsable de tal acto. Yo no pretendo saber que ella pensase qué es lo que pude realizar con el fin de evaporar todo un panorama, pero fui capaz de replicar con la verdad, diciendo que no podía haber nadie más sorprendido que yo.

Entonces ella emitió una especie de respingo y salió corriendo de la habitación.

Permanecí donde me hallaba, mirando hacia fuera. A la izquierda se veía el jardín de los Saggitts, paralelo al nuestro, e interrumpido de la misma manera peculiar. Más allá estaba el de los Drury... por lo menos parte de él, porque no sólo estaba interrumpido en la línea con el nuestro, sino que no se veía más que una franja de unos dos metros de ancho; más allá estaba el suelo arenoso.

Sylvia volvió con expresión asustada.

—Ocurre lo mismo delante —dijo—. Está allí el jardín y la mitad de lo ancho de la acera... luego el mismo terreno y la mitad del garaje ha desaparecido.

Alcé la persiana y miré hacia la derecha.

Desde aquel ángulo podía mirar hacia el techo del garaje.

Parecía bastante normal.

Entonces vi lo que ella quería decir.

—Lo que ha desaparecido es la mitad del garaje de los Gunners... —dije.

Y era verdad.

El techo de su garaje trepaba hasta un par de dedos o tres sobre el borde y luego se detenía como si lo hubiesen cortado como si fuera una rebanada de queso. Donde el resto de la construcción debía haber estado... y donde también debía haber estado la casa de los Gunners, briznas de hierba se mecían bajo la suave brisa.

—Gracias al cielo —exclamó Sylvia. No de manera poco caritativa, comprendan, sino que, después de todo, agradecía que no nos hubiese pasado a nosotros, ya que hacía muy pocas semanas que teníamos el nuevo coche descapotable.

—Debemos de estar soñando —dije, un poco tembloroso.

—No puede ser que soñemos los dos a la vez —objetó ella.

Eso, claro, era discutible, pero no valía la pena hacerlo por el momento, así que contesté:

—Bueno, yo sueño contigo, ¿o eres tú quien sueña conmigo?

Me puse algo de ropa apresuradamente y salí para ver lo que podía averiguar.

La parte delantera estaba como Sylvia dijo. Caminé por el sendero, abrí la puerta y salí a la acera reducida a la mitad.

El borde donde empezaba el suelo arenoso parecía como si hubiese sido cortado con un cuchillo afilado. Me incliné para mirarlo más estrechamente... y recibí un fuerte golpe en la cabeza. Recibí o me di un fuerte golpe en la cabeza.

Fue tan inesperado que retrocedí ligeramente. Entonces extendí la mano para ver lo que me había golpeado. Mis dedos hallaron una superficie lisa que ni era caliente ni fría y parecía tan sólida como la roca.

Levanté la otra mano y palpé otros cuantos palmos cuadrados de aquello. Me asustó un poco porque, aunque era poco familiar, tenía un parentesco muy próximo con lo conocido. No tenía uno más que imaginarse una lámina de vidrio con una superficie perfecta reflexiva...

No pude tocar el suelo arenoso y la hierba de más allá. La pared transparente se alzaba desde la mismísima línea en donde terminaban las cosas normales. Mientras permanecía allí agachado mirando a través del cristal, advertí una cosa rara... la hierba de más allá oscilaba; sin embargo, no notaba ni la menor agitación en el aire que me rodeaba.

Al cabo de un momento me dirigí al garaje.

Allí tomé el más pesado de mis martillos y encontré una vieja lata medio llena de sucia gasolina.

Otra vez fuera, arrojé el contenido de la lata a la pared transparente. Fue muy raro el modo en que el líquido salpicó de repente en medio del aire y comenzó a caer formando regueros.

Entonces así con fuerza el martillo y pegué duro.

El martillo rebotó y vibró en mis dedos con tal fuerza que lo dejé caer. No hubo otro resultado perceptible.

Cuando investigaba en la parte trasera de la casa, descubrí que en la misma barrera invisible terminaba lo que quedaba de jardín... y con un efecto extraño, porque allí parecía cortar por la mitad un ciruelo, de modo que, visto lo más cerca que pude, todo el tronco y la copa tenían un dorso plano como si fuese un pedazo de decorado teatral. Deseé poder dar la vuelta para ver qué aspecto tenía desde la parte de atrás, pero el muro transparente me lo impidió.

En una burda inspección calculé que la zona de normalidad encerrada por aquellas paredes sería un cuadrado aproximado de setenta metros. Más allá de esto, en todas direcciones, se extendían las dunas informes... imprecisas, es decir, excepto las colinas distantes que ocupaban precisamente la misma posición que en nuestro panorama. No mucho más enterado, regresó a la casa.

Sylvia, que se siente capaz de enfrentarse a cualquier cosa después de haber tomado una taza de café, maldecía la cocina porque no funcionaba.

—Oh, eres tú. ¿Puedes arreglar ese plomo, el fusible? —me pidió.

—Bueno... —Comencé a responder dudoso. Luego fui y miré la caja de los fusibles. Como me había esperado, estaba todo en perfecto orden. Así lo dije.

—No digas tonterías —contestó Sylvia—. No hay nada que funcione.

—Al contrario, todo funciona —dije—. Aunque sólo... De todas maneras, la cuestión es, ¿de dónde va a venir la energía eléctrica?

—¿Cómo voy a saberlo yo...? —respondió. Entones captó el concepto. Volvió a abir la boca, pero fracasó al intentar buscar algo que decir y se quedó plantada mirándome.

Sacudí la cabeza.

—Iré a ver a los Saggitts —dije.

No es que yo esperase que los Saggitts fuesen de mucha ayuda, pero uno comenzaba a tener la sensación de que la compañía de cualquiera sería cosa conveniente.

Doug Saggitts es un poco más viejo que yo... cuarenta y siete años, quizás cuarenta y ocho. Excesivamente gordo. Es difícil deducir por qué Rose se casó con él, teniendo únicamente veintiún años y siendo un apetecible bombón. En la vida suceden cosas así cada día.

Me parece que algunas chicas, quizás cuando están medio despiertas por la mañana, dan alguna especie de codazo a la fuerza vital. «¿Eh?», dice la fuerza vital. «Ya es hora de que te cases». «¿Quién, yo?», dice la muchacha. «Claro, tú... y alguna otra persona, naturalmente», contesta la fuerza vital. «Pero yo quiero divertirme mucho antes», responde la muchacha. «Quizás sí... pero quizás no», dice ominosamente la fuerza vital. «Pudiera ser que mañana perdieses el juicio, o una pierna en un accidente de coche, o...». Después se sigue de esa manera durante un rato hasta que la muchacha queda paralizada de miedo, echa a volar frenética y se casa con un Doug Saggitt. Al cabo de una temporada ella descubre que ella no ha perdido el juicio y sigue teniendo dos piernas, que no se ha divertido y que además posee a Doug Saggitt, y empieza a preguntarse si Doug Saggitt era después de todo lo que tenía en su mente la fuerza vital. Es sólo una teoría, pero me hace decir: «Ahora me doy cuenta por qué se casó ella con él».

De todas maneras, me fui hasta su casa y oprimí el botón del timbre de llamada.

Parecía como, fuese lo que fuese aquello, nosotros y los Saggitts estuviésemos en ello juntos... y a solas, porque la barrera transparente del costado de ellos, pasaba a través de la casa de los Drury, incluyendo nuestra zona. Mirando aquello un ratito mientras esperaba, calculé que, como el ciruelo y las otras cosas que cortaba la barrera, debía quedar pegado a la superficie invisible por una especie de magnetismo.

Volví a llamar, tirando por segunda vez de la campanilla. Al poco oí sonido de pisadas en la escalera y se abrió la puerta. Una mano sacó unas cuantas monedas envueltas en un pedazo de papel escrito. Se movió impaciente cuando rehusé la oferta.

La puerta se abrió algo más y apareció la cabeza de Rose.

—Oh —exclamó—. Creí que usted era el lechero. ¿Qué diablos es? —se interrumpió bruscamente. Se le desorbitaron los ojos cuando vio el panorama que había detrás de mí.

—¿Qué... qué ha ocurrido? —balbuceó.

—Por eso es por lo que yo quería ver a Doug —le dije.

—Todavía duerme —contestó con vaguedad, aún mirando con fijeza hacia donde debería de estar el otro lado de la calle.

—Bueno... —Comencé. Entonces Sylvia cruzó corriendo.

—George —dijo, con una nota acusadora—. El gas tampoco funciona.

—¿Te sorprende? Mira hacia donde debería estar el gasógeno —contesté señalando en dirección a las dunas.

—¿Pero cómo vamos a poder preparar el desayuno?

—No se puede —reconocí.

—Parece ridículo. Tienes que hacer algo, George.

—¿Y qué diablos supones que puedo hacer ahora?

Sylvia me miró y luego se volvió a Rose con una expresión de profundo sentimiento.

—¿Verdad que los hombres son inútiles? —preguntó con una voz que no necesitaba respuesta.

Rose todavía estaba mirando en su tomo con un azoramiento resentido.

—Si usted despierta a Doug, quizás podamos celebrar una especie de conferencia referente a esto —dije.

Sylvia y yo quedamos esperando en la sala de estar.

No fue una espera cómoda, Sylvia estaba representando su numerito de la gallina clueca... esa clase de papelitos que consiste en sumirse en un silencio redondo, manteniendo extendidas todas las plumas como si fuesen las espinas de un puerco espín. En aquel juego yo solía ser el estúpido perrito foxterrier, pero ahora no quise.

Ignoro lo que la irritó más.

Doug apareció en bata, con la barbilla temblorosa y su cabello en el otro extremo de la cabeza... bueno, el cabello que le quedaba.

Rose le seguía. Por alguna oculta razón, había elegido ponerse la más bonita bata de cuantas tenía.

—¿Qué diablos ocurre? —preguntó Doug.

—Escuche —dije—. Antes de que vayamos más lejos, quiero que todo el mundo deje de ladrarme como si yo fuese culpable. Usted

verá lo que ha pasado y una vez lo haya visto sabrá tanto como yo.

—No hay energía eléctrica, ni gas —murmuraba Sylvia, con aire de agravio.

—Y el lechero se ha retrasado —añadió Rose.

—¡Retrasado! —repetí impotente, y me senté.

—Hoy nos quedamos sin leche —dijo Doug.

—Bueno, si ustedes los hombres no hacen nada... —dijo Sylvia descolgando el teléfono.

La miré, fascinado.

¿Han visto ustedes alguna vez a una mujer gravemente insultada por un instrumento en perfecto silencio? Resulta bueno. Crispó la boca y salió de la habitación con una especie de decisión de amazona capaz de luchar contra cualquier cosa.

Hubo una pausa mientras miré a Doug y él a su vez me miraba a mí. Por último:

—¿Qué ocurre? —dijo con aire divertido. Señaló con la mano la ventana—. ¿Qué es esto, George? ¿Dónde está...?

Le interrumpió el regreso de Sylvia. Sus ojos estaban ligeramente húmedos y sujetaba un pañuelito apretándolo contra su nariz. La cólera había dado paso a su azoramiento. Incluso se le veía un poco asustada.

—Hay ahí una pared... sólo que no se ve —dijo ella.

—¿Pared? ¡Cáscaras! —exclamó Doug.

—¿Cómo se atreve? —saltó Sylvia, recobrándose con rapidez.

Doug salió para ver por sí mismo.

—Ahora —dije cuando volvió—, ya sabe usted tanto como yo. ¿Qué vamos a hacer?

Hubo una pausa.

—No tengo pan y supongo que el panadero tampoco vendrá —dijo Rose con tristeza.

—Creo que nosotros sí que tenemos una barra extra, querida —le contestó Sylvia consoladora.

—Es usted muy amable, Sylvia... ¿pero está segura que podrá desprenderse de...?

—¡Por todos los cielos! —exclamé casi gritando—. Estamos aquí, ocurriendo a nuestro alrededor la cosa más monstruosa y sorprendente que pueda suceder, y de todo lo que ustedes se preocupan es del pan y del gas.

Los ojos de Sylvia se contrajeron un poco. Entonces recordó que no estábamos solos.

—No es preciso que me grites. ¿Qué sugieres que *hagamos*? —dijo con tono impertinente.

—Esa es la cuestión... todavía no —dije—. Lo primero es descubrir lo que ha ocurrido. Entonces quizá podamos comenzar a hacer algo. ¿Tiene alguno de ustedes alguna idea aproximada?

En apariencia nadie la tenía. Doug se acercó a la ventana y permaneció allí mudo, sin inspiración, mirando las millas vacías de dunas. Sylvia y Rose se sentaron con femenina subordinación.

—Tengo una teoría —sugerí.

—Que sea buena —dijo Doug con tristeza—. De todos modos, explíquela.

—Me parece que somos sujetos involuntarios de algún ensayo o experimento —sugerí.

Doug sacudió la cabeza.

—Si «involuntariamente» significa lo que me parece, no es la palabra adecuada. Me doy perfecta cuenta de todo esto.

—Lo que quiero decir es que alguien intentó su experimento, y ocurrió que nosotros estábamos aquí cuando se efectuó el ensayo.

—¿Experimento? Se refiere usted a dejar caer una bomba atómica o cosa por el estilo que terminó con todo excepto con nosotros, ¿no? Porque...

—No —contesté con sequedad.

Proseguí explicando mis puntos de vista. Aunque todo rastro de edificios se había desvanecido, la configuración del suelo era prácticamente la misma. Parecíamos hallarnos dentro de una especie de caja invisible de vidrio. Con certeza había paredes a todo nuestro alrededor y probablemente, puesto que el aire estaba tan en calma, también un tejado... Eso lo podríamos comprobar más tarde.

Todo, dentro del área circunscrita, no había sufrido el menor cambio... todo lo exterior, excepto la disposición general de la tierra había sido alterada. Oh, podía ser al contrario. Ahora los contenidos de la caja invisible eran perfectamente extraños a sus alrededores; de eso se deducía que debían haber sido trasladados de alguna parte hasta otro lugar. Pero la evidencia era que permanecían quietos en el mismo sitio aunque no tuviesen un aspecto familiar. Por tanto, puesto que ellos no habían sido trasladados en el espacio, el único

medio del que podían haberse movido era en el tiempo.

Esta maravilla de razonamiento tranquilo y lógico, me di cuenta, fue recibida con un silencio que duró algunos instantes. Entonces Doug dijo:

—Si una bomba atómica, o varias, hubiesen sido disparadas y nosotros estuviéramos protegidos por esta capa de vidrio o lo que sea...

—Entonces ahí fuera no habría hierba crecida —terminé por él—. No. Lo que debe haber pasado es que en cierto modo esta zona circunscrita fue arrancada a través de otra dimensión y llevada a otro sector del tiempo... probablemente lo que podríamos llamar el futuro. No veo otra cosa que pueda explicar la situación.

—Humm —exclamó Doug—. ¿Y usted piensa que eso lo explica?

Hubo una pausa. Sylvia dijo en tono conversacional a Rose:

—Mi marido lee las publicaciones más atractivas, querida.

Se refieren a chicas que cruzan las profundidades del espacio... sea lo que sea este espacio... sólo con braguitas y sostén. Y de galaxias buenas que luchan contra seres de galaxias malas y esas cosas tan chocantes llamadas mutantes o robots o algo por el estilo, y de hombres guapísimos que salen en patrullas espaciales para hacer un viaje de unos cuantos años de luz. Muy interesante. Y los títulos también son interesantísimos. Tenemos *Relatos Impresionantes*, *Historias Científicas*, *Narraciones asombrosas*. *Ciencia ficción maravillosa, terrible...*

—Escuchen —dije con frialdad—. Quizás a ustedes dos les guste explicar lo que pasa aquí basándose en las pistas que hayan recogido *La revista de la mujer*, *Confesiones íntimas*, *Amor, siempre amor*, *Aventuras de Don Juan*. *Oh, Revista del desengaño*, ¿verdad?

—Por lo menos en esas publicaciones hay historias de cosas que *Pueden ocurrir* —dijo Sylvia con tono igualmente impertinente.

—Euclides dijo ya todo lo necesario acerca de triángulos en su primer libro... y llegó a algunas conclusiones.

—Bueno. ¿Dónde colocas tus revistas de historias sobre cosas que *nunca pueden ocurrir*? —me respondió Sylvia.

—No lo sé. Lo que sí sé es que una de esas cosas que «nunca pueden ocurrir» nos está pasando ahora. ¡Mira! Y cuando yo trato de comprender las cosas, tú te muestras burlona...

—¡Burlona! —exclamó Sylvia—. Me gusta. Me estaba explicando

Rose. Oh, si alguien se burlaba...

—Sí —asintió Rose, como si respondiese a una pregunta.

Nos retiramos de momento a nuestros rincones en espera de otro asalto. Doug intervino:

—¿De veras cree usted realmente que aquí puede haber sucedido alguna clase de retorcimiento tetra-dimensional?

Asentí, contento de volver a la cuestión que debatíamos.

—Bueno, una especie de retorcimiento en *otra* dimensión —asentí—. Tiene que haber sido eso.

—¿Qué es una cuarta dimensión? —preguntó Rose.

Traté de explicárselo:

—Es... bueno, una especie de extensión en una dirección que no podemos percibir. Supóngase que usted vive en un mundo de dos dimensiones; sólo se dará cuenta de lo ancho y de lo largo. Y supóngase que usted se encuentra en un plano país, un, cuadrado.

—¿El qué?

—Nada. Sólo un cuadrado.

—Oh —exclamó Rose, con algunas reservas.

—Bueno, el cuadrado puede ser en realidad la superficie base de un cubo... sólo que usted no será capaz de percibir el resto del cubo. Ahora, si alguien del exterior coge el cubo, lo levanta y lo baja de algún lugar distinto a aquél, en lo que a usted respectase sería como si ese cubo se hubiese desvanecido de repente y luego reapareciese en un lugar distinto. Se encontrará usted perdida e incapaz de comprender las cosas.

—Bueno, eso me pasa. ¿Y qué? —asintió Rose.

Me pregunté con excitación por qué los hombres se casan con mujeres tan tontas.

—¿No lo ven ustedes...? —empecé pacientemente. Pero Sylvia interrumpió:

—No lo vemos. Lo que es más, no percibo que el comprenderlo hiciese las cosas distintas.

—Bueno, prácticamente, con exactitud, no —reconocí.

—Bien, entonces —ella se volvió a Rose—. ¿No tiene usted cocina de petróleo, querida? —inquirió. Rose asintió y siguieron hablando juntas.

Miré a Doug y sacudí la cabeza.

—Lo malo son las mujeres... —Comencé.

—Sí, sí —dijo Doug apresuradamente—. Pero esa teoría suya... ¿lo dice usted en serio?

—Claro. ¿Qué otra cosa podría ser? Calculo que esta sección con nosotros dentro, de algún modo ha sido alzada... transportada quizá hacía varios años dentro del futuro. Tiene que ser el futuro, porque este aspecto no pudo haberlo tenido el pasado.

—Es difícil de tragar —dijo Doug—. ¿Acaso dice usted que las cosas son como en esas revistas de las que hablaba Sylvia?

—Es posible —contesté con irritación—. La cosa es que algo, en algún lugar, alguien está inevitablemente tratando de captar un pedazo del pasado. Admito que uno de esos ensayistas ha tenido éxito... y ocurrió que nosotros estábamos en el tiempo y lugar que él captó.

Volvió a musitar acerca de lo difícil que era detallar todo aquello, luego añadió:

—¿Qué ocurrirá ahora?

—Me imagino que vendrá alguien comprobando qué tal ha ido el experimento. Lo más probable es que no seamos capaces de aprender mucho... Ellos estarán adelantadísimos. Querrán saber todo acerca de nosotros y nuestros tiempos, claro, pero puede que no sea tan fácil. Me parece que el idioma habrá cambiado muchísimo.

—¿Tendremos que dibujar diagramas del sistema solar y todo eso?

—¿Por qué? —dije algo sorprendido.

—Bueno, porque... oh, no, claro, eso es cuando se llega a otros planetas, ¿no?

Al cabo de poco tiempo Sylvia y Rose volvieron trayendo café. El aroma y el calor aumentaron la amabilidad del medio ambiente. Doug, sorbiendo el contenido de su taza, dijo:

—George cree que vamos a tener visitantes.

—¿De dónde? —preguntó Rose interesada.

Aquella chica tenía el don endiablado de hacer las preguntas más idiotas.

—¿Cómo...? —Comencé. Entonces me detuve. Estaba sentado ante la ventana y capté algo que se movía en uno de los valles poco profundos. No pude distinguir la causa, pero era evidente que algo alzaba una movible nube de polvo.

—Podría estar en camino ahora mismo —dije.

Todos nos apiñamos en la ventana para mirar. La cosa, cualquiera que fuese, no iba a gran velocidad, pero se encaminaba hacia nosotros.

—En los libros de George estos seres tienen siempre cabezas enormes sin pelo —dijo Sylvia reflexivamente.

—Oh, qué horrible —exclamó Rose, y yo pensé que Doug parecía algo dolido.

—Me pregunto qué clase de cosas querrán saber —dijo—. Será como una especie de examen para el que no nos hemos preparado.

—Es preferible que nos pongamos más más adecuado —dijo Sylvia.

—Santo cielo, es verdad —asintió Rose—. Y tú, Doug, tienes que peinarte y afeitarte.

—Tampoco te afeitaste tú, George —me dijo Sylvia intencionadamente.

—Miren ustedes —dije—. Estamos al borde de uno de los encuentros más asombrosos de toda la historia del mundo y sólo piensan en... ¡Oh, de acuerdo, pues...!

III

El objeto en movimiento estaba todavía a varias millas de distancia cuando hube terminado en el cuarto de baño. Pero ahora lo podía ver con más claridad: era una especie de caja larga aplastada con una cubierta transparente que reflejaba la luz de cuando en cuando.

No se movía a más de treinta y cinco o cuarenta kilómetros por hora, estimé, pero viajaba con mucha suavidad sobre un terreno tan accidentado.

De su parte inferior salía demasiado polvo para que pudiese apreciar cuáles eran sus medios de sustentación.

Me reuní con Sylvia. Se había puesto un vestido azul de lana suave que le sentaba perfectamente bien. Su expresión de satisfacción, sin embargo, estaba algo modificada al verme.

—¡Bueno, George! No puedes ir por ahí de esa manera.

—¿Y para qué diablos utilizaste la hoja de afeitar de mi maquinilla, contéstame? —pregunté.

Ella pensó un rato.

Luego contestó:

—¿Y qué otra cosa podía hacer? No hay electricidad. Agua fría, jabón corriente. De todas maneras, fue idea tuya.

Sylvia aspiró una bocanada de aire, pero en aquel momento la voz de Doug llegó desde el exterior:

—¡Eh! Están a punto de llegar aquí, George.

Bajé y me uní a él. Caminamos ascendiendo por lo que quedaba de mi jardín, con Sylvia y Rose a nuestros talones. Donde todo terminaba permanecemos apretados contra la pared invisible, mirando la aproximación del vehículo.

Parecía viajar en alguna especie de dispositivo centrípoda que compensaba automáticamente las desigualdades del terreno.

Se detuvo a unos quince metros de nosotros. Todo un costado, con goznes en la base, se abrió en nuestra dirección, bajándose para formar una especie de rampa. Cuatro hombres dentro se levantaron de sus asientos y bajaron por la rampa formada en el costado, y al descender se nos quedaron mirando. Me di cuenta de que todos nosotros conteníamos la respiración.

—¡Cielos! ¡Lo que tú decías! —murmuró la voz de Sylvia.

—¡Oooh! —dijo Rose, como si alguien la hubiera obsequiado con una caja enorme de bombones.

En cuanto a mí mismo, no sé... bueno, juguemos limpio. Los cuatro individuos eran magníficos en su físico, eso lo admito. Altos, amplios hombros, pechos desarrollados, caderas estrechas y todo lo demás... pero es que en nuestro mundo también así era Tarzán y algunos otros individuos más. Se requieren otras cosas de un hombre más allá de su hermosura aparente. De hecho, algunos de los hombres más guapos que he conocido... De todas maneras, no me interesa mucho tampoco el cómo iban vestidos.

Llevaban unas túnicas amplias y amarillas, con cenefas en tomo a los bordes de un tono marrón, y cinturón. Las piernas las llevaban enfundadas en estrechos pantalones de un material también pardo y las sandalias de largas ataduras eran amarillas. No llevaban sombreros y su cabello rubio tenía un ligero efecto reluciente que destacaba por encima de sus tostados rostros. Cada uno de ellos tenía más de un metro noventa. El efecto total me impresionó hasta casi hacerme tambalear.

Por el modo en que nos miraban, comprendimos claramente que se encontraban asombrados. Conferenciaron y luego volvieron a mirarnos. Hubo unas risas, que consideré de mala educación dadas las circunstancias. Con la pared entre nosotros, no podíamos oír el más leve sonido de sus voces. Una vez más conferenciaron. Luego debieron llegar a un acuerdo. Uno regresó al vehículo y salió con un instrumento que parecía algo así como un teodolito. Lo instaló sobre un trípode, lo apuntó y oprimió un interruptor. Inmediatamente el aire en torno nuestro comenzó a agitarse como si el viento soprase a través de una brecha en la pared. Entonces, dejando donde estaba el instrumento, los cuatro iniciaron su aproximación definitiva hacia nosotros.

Yo mantuve la mano extendida y abierta para mostrar que

teníamos intenciones pacíficas. Ellos parecían turbados.

Hubo un momento de silencio. Luego...

Uno dijo a otro:

—Tiene gracia la cosa... me refiero a eso. Yo creí que Hitler murió en mil novecientos cuarenta y cinco.

Bajé la mano.

—¡Oh! ¡Usted habla inglés! —exclamé.

—Pues claro —dijo el hombre más próximo—. ¿Por qué no?

—Bueno... ejem... yo creí... —Comencé, pero opté por dejar las cosas como estaban—. Me llamo George Possing —le dije, presentándome.

Frunció el ceño ligeramente.

—Debiera ser Julián Speckleton —dijo.

Le miré.

—¡Vaya! —dije con frialdad—. Pues no lo es... mi nombre es George Possing.

—No entiendo —murmuró, reflexionando.

—Es muy fácil. Soy Possing... jamás oí nombrar a nadie llamado Speckleton —le dije.

—¿Y usted no está en el impulsor subatómico?

Supongo que mi aspecto y expresión eran inexpresivos.

—El impulsor subatómico que Cohetes Solares están perfeccionando —dijo, con una pizca de impaciencia.

—Jamás oí hablar de eso... ni de los cohetes —contesté.

—Humm —observó—. Algo ha funcionado mal. Paladanov se va a poner furioso cuando se entere.

Se me ocurrió que debería presentar a los demás. Pero cuando alcé la vista descubrí que era inútil. Ya estaban hablando todos juntos. El hombre junto a mí me preguntó quién era Doug. Se lo dije. Me preguntó:

—¿Cuál es la fecha de hoy?

Cuando la vio, soltó un silbido.

—Nos hemos desviado treinta y cinco años. Alguien va a recibir una buena bronca. ¡Eh, amigos!

No le hicieron caso. Uno había llevado a Doug hasta la brecha en la pared invisible y le estaba enseñando algo allí. Los otros dos charlaban con Sylvia y Rose. Muy animadamente, además. Los ojos de Sylvia brillaban en demasía. Siguieron parpadeando y

recorriendo el rostro del hombre que le hablaba, sin perderse el menor movimiento de sus músculos.

Y mi mujer se ruborizaba un poco. Jamás la había visto ruborizarse de aquel modo antes... o casi de aquel modo. En verdad, tampoco me importó muchísimo.

—¡Eh! —dijo mi hombre, en voz más alta. Los otros interrumpieron y vinieron a rodearle. Por el rabillo del ojo vi a Sylvia y a Rose volverse una a otra. Soltaron una risita como un par de colegialas y luego empezaron a susurrar.

—Escuchad —dijo el hombre junto a mí—. Algo ha ido mal aquí. Ninguno de estos individuos es Speckleton.

Todos nos miramos durante un momento.

—Bueno, yo no sé que me importe mucho —dijo uno volviéndose para mirar a Rose, que se ruborizó.

—Ni a mí —asintió el otro—. Me gusta el ambiente —y Sylvia se ruborizó todavía más que Rose.

—Quizá —dijo mi hombre—. Pero la cuestión es que aquí nada tenemos que hacer. Nuestro Speckleton... no hay dibujos. Estos individuos vienen de treinta y cinco años antes.

—Eso no me preocupa ni pizca —le aseguró uno de los demás—. Gente buena —añadió. Y las chicas soltaron su femenina risita.

—Lo mismo. Todo está estropeado. ¿Qué hacemos?

—Esperar instrucciones —contestó uno con premura.

—Eso mismo. Entonces estaremos a mano cuando corrijan el error —añadió el otro.

—Está bien. Entonces enviaré un informe —el hombre se volvió y regresó al vehículo. El que había estado hablando con Doug se fue con él. Rose, aún un poco acalorada y con un toque de aquella indolencia que no significa engaño para nadie, dijo en plan de anfitriona:

—Estoy segura que deben ustedes tener una sed terrible después de toda esta polvareda. ¿No quieren tomar algo de café?

No dudaron en aceptar la oferta. Doug y yo nos quedamos para verles cruzar el seto que separaba nuestros jardines y subir los escalones, riendo, hasta la casa de ella. Nos miramos uno a otro.

—¡Bueno...! —dije.

Quizá los años de Doug habían mejorado su filosófica perspectiva de las cosas. Me contestó, calmoso:

—Tendré que felicitarte, George. Tus deducciones eran correctas.

—Ajá —exclamé, viendo cómo los demás entraban en la casa.

—Sí. De algún modo ha ocurrido el transporte en el tiempo. Y aparentemente algún error... así que en eso también tenías razón, en el que accidentalmente nos encontrásemos aquí.

—Ajá —volví a repetir—. Serviría de ayuda si yo pudiese comprender qué diablos ocurre cuando no hay error.

—No es tan difícil. Aquel tipo me dio una idea general. Mira, dentro de pocos años las oficinas de la Compañía de Cohetes Solares, S. A. se alzarán en este lugar... con un hombre llamado Julián Speckleton encargado del departamento de proyección. ¿De acuerdo? Bueno, los individuos que operan este chisme o máquina del tiempo, arrancaron este bloque para... ejem... llevárselo al tiempo que sea el de ellos. De ese modo nos arrancaron también a nosotros.

—¿Pero para qué?

—Ah, ahí es donde intervienen esos tipos. Llegan y fotografían los dibujos y documentos de interés.

—No veo la razón. De todas maneras, tienen que estar con muchos siglos de adelanto con respecto a nosotros.

—Claro. Pero según su modo de trabajar tienen otra segunda máquina del tiempo funcionando en algún lugar. Ahora eso trae a algún tipo llamado Paladanov. A él le dan las copias fotográficas. Entonces invierten el sentido de la máquina y devuelven los objetos.

Pensé en aquello.

—No comprendo... —Comencé.

—Hay ahí una sutilidad —dijo Doug—. El bloque entero de las oficinas regresa al punto de partida en una fracción de segundo, así que nada parece haber ocurrido. Pero el tal Paladanov y su lugar no lo hacen... no del todo. Ha tenido que faltarle su lugar adecuado durante unos cuantos minutos... lo bastante para que pueda recoger las fotografías necesarias, y por tanto los otros tipos han de estar en la casa cuando él vuelva.

Yo exclamé:

—Eso es horriblemente odioso.

—Bueno, si el tipo Paladanov regresase en la misma fracción de segundo en que partió, no tendrían las fotografías... estarían en su

casa en aquel mismo segundo, comprenda.

—Me parece que no. Pero dejémoslo. ¿Por qué no traen a Paladanov aquí y le dicen imas cuantas cosas que le coloquen años o generaciones delante de sus competidores, de todas maneras? ¿No sería eso mucho más fácil?

—Lo sería. ¿Pero acaso estos tipos sacarían algo? En alguna forma aquí hay una especie de consorcio. Siempre lo hubo. Podía ser que los empleados de Paladanov invirtiesen dinero en depósitos bancarios y dejaran que se acumulase el capital, ¿no? En ese caso, cuanta menor cantidad de información se filtrase, más duraría el consorcio. O igualmente podría ser que trabajasen el asunto dando otro circunloquio también y mantuviesen ambos lados marchando cuello con cuello y transmitiéndose mutuos secretos. Eso sería un trabajo muy fino y bonito —se detuvo para contemplar la idea con admiración—. Sólo una cosa —añadió—. Si volvemos alguna vez a nuestra época lo primero que haré será comprar mi casa y mis jardines.

—Pero, mire —dije—. Es una locura... no es patriótico.

—¿Cómo? No comprendo que una oficina de información en el tiempo... si es que uno puede moverse a través del tiempo... sea más estúpida que otra en el espacio. Adecuadamente operada, podría proporcionar dinero en grande. En cuanto lo de ser antipatriota, eso depende de la distancia, ¿no? Tal y como lo veo, entregar a los alemanes el radar hacia 1938 hubiese sido malo, pero dejar que los troyanos cayesen en el truco del caballo de madera no hubiera importado muchísimo para la historia.

—La ética y la moral no admiten diferencias —dije con frialdad.

—Quizás ellos desconozcan esas cosas, de todas maneras —sugirió Doug.

—De eso me ha estado haciendo preguntas —admití intranquilo, mirando hacia su casa. Escuché los sonidos que venían de allí. Me parecía que había una cantidad antinatural de risitas femeninas.

—¿No cree usted que será mejor que...? —pregunté, señalando con la cabeza en dirección a la casa. Doug también escuchó durante un momento.

—Quizá sí —asintió. Dimos media vuelta y caminamos por el jardín. En la puerta se detuvo.

—Ejem... ¿verdad que son tipos guapos... fuertes? —sugirió.

Tuve que asentir, a mi pesar.

Me temo que tendría que correr un tupido velo sobre la mayor parte de los tres días siguientes. Jamás hubiera creído que dos muchachas honestamente educadas... y también respetablemente casadas...

Si no les importa, lo dejaré estar. Ya le dije a Sylyia lo que pensaba de ello una vez que logré quedarme con ella a solas. Su respuesta no fue nada amable:

—¿Quieres hacer el favor de dejar de meterte en mis asuntos? —me dijo.

—Pero es precisamente de tus asuntos de lo que me quejo —apunté razonablemente.

—Si no te gusta que Alaric sea amigo mío, será mejor que vayas y se lo digas... Ya veremos lo que hace él —contestó.

Alaric era, me parece, ligeramente el más alto de los cuatro.

—No me importa que él sea amigo de quien sea —dije—. A lo que yo me refería es...

—Bueno, ¿a qué te referías? —preguntó ella peligrosamente—. ¿Le estás acusando de algo? Porque quizá sea mejor que te oiga.

—No estoy hablando de él. Estoy hablando de ti.

—¿Y bien?

—Cuando una mujer casada se arroja a sí misma a los brazos de otro hombre... —Comencé.

—¿No acabas de decir que no estabas hablando de él?

—Diablos, no. Es sólo destacando...

—Escucha un momento —dijo ella—. Tú te estás divirtiendo horrores al ver que se convierte en realidad una de las historias de tus malditas revistas. ¿Así que con qué derecho te metes con mis cosas y en mis diversiones?

—Es que no es lo mismo —dije lacónico—. De todas maneras yo no pedí que ocurriese esto. Sucedió, simplemente...

Sylvia se ablandó de manera inesperada.

—Sí —dijo—. Así ocurre con el amor con las mujeres... Sucede, simplemente —añadió con suavidad.

—Eso queda bien en esas historias estúpidas... —empecé.

Su blandura se desvaneció de súbito.

—Historias estúpidas —exclamó ella—. ¡Y lo dices tú! —soltó una risa perfectamente artificiosa.

—Por lo menos mis historias, las que yo leo, son inofensivas y puras —repliqué.

—Bueno, las mías siempre acaban también de la manera más moral —me repuso ella.

—Es que lo que a mí me preocupa no es el final, de momento...

—Estaba yo destacando, cuando ella me contestó rápida:

—¿Qué vais a hacer acerca de ello?

Sylvia no parecía comprender de ninguna manera que toda la conversación *era* la expresión de lo que yo pensaba o hacía. Doug, tengo que reconocer, fue más directo en su método de objeción... aunque no más decisivo. Como yo lo entendí, se llevó a Rose a su cuarto, la puso atravesada sobre sus rodillas boca abajo y con una zapatilla le dio una buena zurra quitándole toda serie de humos y pretensiones. Todo el asunto transcurría perfectamente cuando su amigo Damon entró, atraído por los gritos de Rose. Con tranquilidad cogió a Doug por el cuello y por el fondillo de los pantalones y lo tiró por la ventana. Entonces, claro, Rose necesitó consuelo, así que todo el asunto se inflamó un poquito.

Después de aquello, Doug dedicó la mayor parte de su atención a decidir cuánta tierra en tomo nuestro sería (o había sido, depende de cómo ustedes lo miren) ocupada por la empresa de Cohetes Solares.

Fue en la tarde del tercer día, que el hombre que me había hablado en primer lugar se acercó al jardín desde su vehículo con expresión satisfecha.

—Han localizado el error —dijo—. Había un pequeño atasco en cierto calculador, que hizo que el proceso perdiera el control normal una y otra vez. Ahora ya está arreglado.

—Me alegro de que piense usted así —dije—. Nunca creí que un calculador recompuesto sirviera para reajustar mi trastornada vida conyugal.

—Claro que lo hará —asintió—. Le mandarán de vuelta allá a su lugar de procedencia y luego meterán a Speckleton en las oficinas de la Solar. Presumo que Paladanov ha estado poniendo el grito en el cielo. Como si eso importara. Ese pobre chiflado nunca logrará comprender perfectamente lo que es para él este tiempo extra. Sin embargo, mientras que él tenga que estar aquí se le puede reintegrar al interior a pocos minutos de su extracción. Ustedes,

claro, serán devueltos a su época con un margen de una milésima de segundo... la mínima e insignificante tolerancia permitida.

—Supongo que sí —contesté sin la menor complacencia—. De todas maneras, llevamos aquí tres días y durante ese tiempo mi esposa...

—Oh, ustedes tendrán que contar ese período como tiempo extra —dijo con la mayor tranquilidad.

—Eso es lo que usted piensa —observé.

Me di cuenta que quizá sería mejor dejar aquella conversación. Paseé la mirada por el desierto próximo, circundante.

—Sería una amabilidad por su parte hacemos saber dónde y cuándo pasamos nosotros ese tiempo extra —sugerí—. ¿De qué manera se convirtió en esto el lugar que nosotros conocimos de manera distinta?

—¿Eso? —repuso—. No se lo puedo decir con exactitud. Seguro que pasó algo ¿no? Probablemente sería durante la Segunda Guerra Atómica, me imagino. Bueno, tengo que decirles a los muchachos que nos tenemos que ir. ¿Dónde están?

—No lo sé a ciencia cierta, pero me lo imagino —dije con amargura.

Doug y yo permanecemos plantados en el estrecho caminito junto a su casa. La escena al final de mi desmochado jardín no tenía nada de edificante. Más allá de la invisible pared los cuatro hombres subían ahora en su vehículo. A este lado de la pared Sylvja y Rose estaban abrazadas, aparentemente consolándose una a otra. En sus manos blanqueaban sus pañuelitos. Algunas veces los agitaban en dirección al vehículo, otras los empleaban para secarse los ojos. Contemplamos la representación tristes y en silencio. Uno y otro nos habíamos hecho los comentarios acerca del problema docenas de veces.

—Bueno, por fin se van —dijo Doug—. Ya había empezado a creer que se quedarían con nosotros.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —le pregunté.

Miró su reloj de pulsera.

—Unos cinco minutos —respondió.

Yo insistí:

—¿Tenemos que hacer algo en particular?

—No. Según ellos, la cosa sucede sin sentirse.

El vehículo se alejaba ya. Sylvia y Rose siguieron agitando sus pañuelos y los hombres del coche agitando sus brazos dando el adiós. Al poco, a unos doscientos metros de distancia, el chisme aquel se detuvo. En apariencia se hallaba a distancia segura. Pudimos ver las cuatro cabezas dentro de la capota transparente, vueltas para mirarnos. Las chicas seguían abrazadas y moviendo sus pañuelos.

—Escuche —le dije a Doug—. No lo entiendo del todo. Si este conjunto retrocede hasta a una milésima de segundo de donde partimos, ¿cómo vamos a poder recordarlo cuando...?

Me quedé con la frase sin terminar y encontré la respuesta al mismo tiempo. Me vi sentado en la rama. La luz encendida y el reloj marcando las tres quince. Junto a mí, Sylvia sollozaba con la cara apretada contra la almohada.

Me puse en pie de un salto y me precipité a la ventana. La noche estaba en calma y lucía una lima casi llena. Capas de aire humoso parecían estratificadas sobre el valle. De trecho en trecho lucían unas pocas lámparas. Jamás me había alegrado tanto contemplar aquel nuestro no demasiado pintoresco panorama.

—Hemos vuelto —dije.

Sylvia no me hizo caso. Siguió llorando en la almohada como si no me hubiese oído.

Decidí instalarme en el cuarto de los huéspedes para acabar de pasar la noche.

—Iré esta tarde a ver a Grooves —anuncié durante el desayuno.

Sylvia alzó la vista. No estaba en su mejor aspecto. Profundas ojeras y expresión algo desolada... Pero yo estaba decidido.

—Le veré para que haga los preparativos para el divorcio —amplié.

Me miró con fijeza. Recobró sus ánimos y volvió por entero al presente.

—¿Es alguna clase de broma? —preguntó.

—¡Broma! ¿Así llamas tú a tu comportamiento?

—No sé de qué me hablas —exclamó.

La miré con dureza. Ni siquiera parpadeó.

—Fíjate bien —dije—, ¿vas a tratar de fingir que no te acuerdas para nada de tu desgraciada e impúdica conducta?

—¿Me estás insultando? —preguntó con frialdad.

—Recuerda que tengo testigos. Los Saggitt confirmarán cuanto diga.

—Qué interesante, George. ¿Confirmarán el qué... el dónde... el cuándo?

—Bueno, hay que ver el cinismo... —Comencé.

Sylvia sacudió la cabeza reprobadoramente.

—Quizá debiera ponerme furiosa, pero te perdono, George.

—¿Que *tú* me perdonas?

—Bueno, no es justo hacer a una persona responsable de lo que sueña, ¿verdad? Creo que debe tener algo que ver con todas esas historias absurdas que lees antes de dormirte. Si en cambio leyeras cosas que pudieran suceder realmente, George...

Cuando salí hacia la oficina todo parecía perfectamente normal. Nadie hubiera sido capaz de decir que algo extraordinario había sucedido en aquel lugar. Al mirar con atención la acera me pareció advertir un ligero rastro de grieta, pero no estoy siquiera muy seguro de que no fuese una ilusión de mi imaginación.

Doug salió de su casa cuando yo pasaba por delante.

—Hola, George —miró a la familiar escena en su torno—. Estamos a miércoles —observó—. Lo comprobé por teléfono... y ayer fue martes. Y, sin embargo, hemos tenido tres días entre medio. Extraño, ¿verdad?

—Me alegro de que lo diga —repuse—. Ya empezaba a preocuparme si es que comenzaba a volverme *loco*.

Me guiñó el ojo.

—Vaya, de modo que eso es lo que ella le ha estado diciendo. Tiene gracia, mi mujer ha dicho lo mismo.

Nos miramos.

—Es... es confabulación o conspiración o algo por el estilo —dije.

—Posiblemente —asintió Doug—. Pero me parece que no podemos hacer nada. Le recomiendo una buena azotaina... pero de modo que nadie pueda interrumpirla esta vez.

—Ejem... no creo que Sylvia... —Comencé.

—Vale la pena probar. Obra maravillas —me aconsejó Doug. Con diferente tono de voz prosiguió—: Voy a comenzar una serie de sondeos acerca de esta propiedad. ¿Quiere participar?

Para mí al recordarlo todo parecía tener más y más el aspecto de

sueño que afirmó Sylvia que era, pero para Doug evidentemente eso significaba un posible gran negocio.

—Deme unos cuantos días —sugerí.

—De acuerdo. No hay prisa —asintió mientras nos separábamos.

Estuve a punto de dejarlo estar todo. Había una fuerte solidaridad de opiniones entre Sylvia y Rose... y el completo incidente parecía cada vez más fantástico al recapacitar en sus detalles...

Pero, por fortuna, una gacetilla en el periódico local me llamó la atención cosa de una semana más tarde. Decía:

«Emmeline, esposa de Alfred Speckleton, ha dado a luz un hermoso niño al que se le ha impuesto el nombre de Julián».

Ahora Doug y yo hemos comprado en sociedad buena parte de nuestro barrio. Creo que hemos hecho un gran negocio. Ya hay una compañía en formación que se ha interesado por los terrenos...